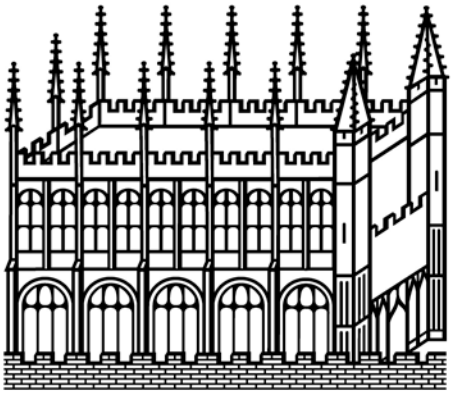


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

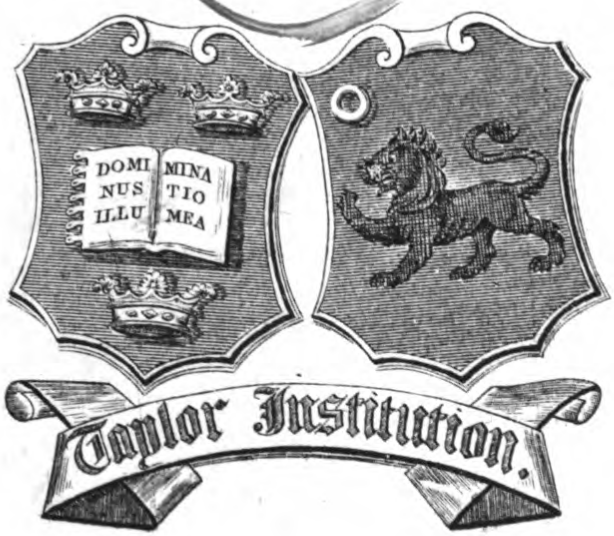
http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

274. dd. 76.

√

M
1895



Vet. Span. III. B. 32

274. a. 30.

LA
CONQUISTA
DEL
MEGICO

POR

HERNAN CORTÈS.

Poema Epico

DE D. PEDRO MONTENGON.

NAPOLI
PRESSO GIO: BATTISTA SETTEMBRE
1820.

THE TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
23 MAR. 1939
OF OXFORD

AL EXCMO SEÑOR

DUQUE DE BERVIC, Y DE ALVA

CONDE DE MODICA

GRANDE DE ESPAÑA

de I. Clase ec. ec. ec.

A ti, Señor, y a tu adorable Genio,
Que anima a tu caracter dela excelsa
Grandeza, que te ilustra, y que heredaste
De Reyes tus abuelos, te destinan
Las Musas en el Pindo la guirnalda
Enlazada de titulos, y timbres,
Que ensalzan la nobleza de tu sangre,
I de tu ilustre nombre, a fin que sea
El mas glorioso adorno a la memoria
Del heroe invicto, que al ibero trono
Adquirio un nuevo imperio, que el Destino,
En un mundo ignorado, reservaba

A su valor, e incomparable esfuerzo.
Cuya gloriosa empresa, retratada
En paginas meonias, por mi mano
Ya trèmula, y caduca, lograr puede
El merito talvez de ser mirada
En fuerza de tu nombre esclarecido,
Que corona su frente desgreñada.
Mas no ès el solo nombre, y la nobleza
Los que, como el lucero, que precede
A la brillante aurora, te distinguen
Entre los demas astros, que relucen
En el ibero cielo. No solemos
Reputar nuestro aquello, que no hicimos
Nosotros mismos; ni se tiene en cuenta
De algun merito proprio lo heredado;
Es deuda contraida con la sangre.
Son los sabios, y nobles sentimientos
De un alma superior a la riqueza,
I a la heredada gloria, que hermanados
Al decoro mayor dela modestia
De tu afabilidad, y a la entereza
Dela moderacion en sus afectos,
La admiracion te adquieren delos pueblos
A quienes apareces, como numen
Acatable, y benigno, que sobre ellos,
Difunde, como el sol sns resplandores,

Los destellos de su munificencia.
Son las luces dela sabiduria,
Que adquirio tu talento en los asomos
De tu florida mocedad, los que ahora
Tu patria embidia, en parte resentida
Por tu agraviada ausencia. Ella tu vista
Luminosa hccha menos en su gremio
Despues, que renacida a nueva vida
Por la gloriosa libertad, por esta
Se vè elevada al grado esplendoroso
De gloria, y de grandeza, en que recibe,
Delas damas naciones dela tierra,
El tributo de sus admiraciones.

Canto 1.°

La gloriosa conquista de un imperio,
Que tenian oculto a la Codicia
De los antiguos pueblos del Oriente,
Mil trasandados siglos, en un nuevo
No conocido, ni creido mundo,
Ensalzarè con Heliconio canto,
Si el Dios del Pindo infunde igual aliento
A mi incitado pecho, al que Destino
Jnspirò al Heroe ilustre, que seguido
De pocos esforzados compañeros,
Lo sometiò al poder del trono Ibero.
La cana Antiguedad, casi ofuscada
Del resplandor de tan gloriosa empresa,
Iba a cubrir de un velo la memoria
De los osados Minias, y al arrivo
En Colchos de Jason; pero contuvo
A su tremula mano, asida al velo
El padre alado delos canos siglos,
Queriendo que la empresa fabulosa
Delos primeros heroes dela Grecia,
Realzàra al esfuerzo, y valentia
Del ibero Jason, que despreciando

Otros mares, y escollos Cianeos,
Sin los encantamientos de Medea,
Triumfò de un pueblo belicoso, y grande,
I de tantos obstaculos, y riesgos
Insuperables al humano esfuerzo.
Havia ya arrancado dela frente
De su atonito siglo, la audaz mano
Del admirable Savonès el velo,
Que encubria a sus ojos la existencia
De otro nuevo emisferio, a que arriesgando
Su despreciada vida, se abrio el vado,
Que el terror, y el espanto defendian,
A otras nuevas regiones, a otros pueblos,
Los que como a Deidad aparecida,
De su pasmo rindieronle el tributo.
No dejò de otra suerte consternados
A los celestes signos Prometeo,
Quando para dar vida a los mortales,
Informes toda via, en el abismo
Sè lanzò delos cielos, por la senda,
Que trazò al sol la mano omnipotente,
I acometiendo alli al leon furioso
La llama le robò, con que la vida
Jnfundiò en las entrañas delos hombres.
Emulo de la gloria conseguida,
Por Colon, grangearse meditaba

Otra iqual en el mundo descubierto,
El grande Hernan Cortès, con la conquista
De las muchas naciones, que devian
Poblar al dilatado continente,
Mas allà de las huellas, que gravadas
Dejò Colon en las isleñas playas.
Mas no basta, que el animo conciba
Un ilustre designio, si le faltan
Medios para tentarlo, y conseguirlo,
Y no se los combina su destino.
En el vigor de sus mas verdes años
Cortes se hallaba en Medellin su patria,
Corta esfera a sus altos pensamientos
J militar talento, limitado
A remedar el arte dala guerra,
Tras las fugaces fieras por las selvas,
I montes estremeños. Alli acaso
Un dia desviado, en el alcance
De una perdida corza, sorprendido
En un espeso bosque, por la noche,
Sin techo, y sin abrigo, en que acogerse,
Servir hace de lecho de descanso
El tronco de una encina, a la que arrima
Sus fatigados mienbros, que no suelen
Necesitar de plumas escogidas,
Para reconciliar al blando sueño.

A este se entrega el cazador cansado.
Era la noche placida, y serena,
En que se le presenta, ya dormido,
La celestial imagen del Destino,
Ceñida de esplendor, en forma augusta
De un venerable anciano. Excelsas nubes
Del sol arreboladas le servian
De trono inmenso. Blanco a par de nieve,
Que descansa del Ubeda en las cumbres,
Era su augusto manto, y los vellones
De la barba, que en ondas le caian
Sobre el pecho. Tenia enagenadas
Esta admerable vista al alma, y mente
De Cortes, y dormido qual lo estaba,
Oir le paracio, que le decia
Desplegando sus labios el Destino;
Hernando, està para llegar el tiempo,
En que tuve prescrito aca en el cielo
Someter a los Reyes dela Iberia,
En el nuevo Emisferio descubierto,
Un dilatado inperio, cnyos pueblos
Jacen en las tinieblas de una tosca
Supersticion, y ruda idolatria.
Esta empresa te tengo reservada,
Porque tu solo puedes conseguirla.
El favor delos cielos no dispensa

Al mortal del trabajo, y del empeño
De hallar medios al fin, que le prescribe,
No *sin* su auxilio, y patrocinio, el cielo.
Este encargo te dejo, como prenda
Dela futura gloria, que te espera.
Como niebla, auyentada por el viento,
Desaparece la vision, y deja
La mente de Cortes enagenada
De su gloriosa vista; y aunque siente,
Bien que dormido todavia, el ansia
Que le aviva el discurso del Destino,
Y que le rompe el sueño, mas dispierto,
Se reconoce semejante al pobre,
Que abarca en sueños un tesoro ansiado,
Cuyo gozo en tristeza se convierte,
Al dispertarse, viendose en el seno
Dela odiosa miseria, en que yacia,
Con las manos vacias. Los albores
Del dia, solo ofrecen a sus ojos
Los silenciosos troncos dela selva,
I junto asi tendido, que dormia
Su leal Nape, mientras su caballo
Alli cerca pacia pcr el bosque.
Persuadido entonces, ser un sueño
De los que forja el alma comunmente,
La vision padecida, su caballo

Recobra, y buelve en busca de su amigo,
I compañero Sandoval, que en busca
Iba tambien del mismo por el bosque,
Donde les separò la andada noche.
Apenas incontrado le confiia
El padecido sueño. Hallana a veces,
I facilita la amistad los medios,
Que no alcanzan talvez nuestros deseos.
De casi igual edad, estado y genio,
Desde sus tiernos años le tenia
Empeñado su afecto el noble joven
Sandoval, el que oyendo, aquella estraña
Vision en sueños, como fiel anuncio
De una empresa asequible, le hecha al cuello
Los brazos, y se ofrece acompañarle.
I aunque a entrambos los medios les faltaban
Para lograrlos, Santoval le exorta
Recurrir al Monarca, y proponerle
El ventajoso intento para el mismo.
Cortès abraza la amigable instancia
De Sandoval, y conseguida audiencia
Del Soberano, asi a decirle empieza.
Devo temer, Señor, no sin motivo,
Que pueda pareceros temeraria
No menos mi venida, que el intento,
Que la ocasiona. Suele grangearse

Todo proyecto esta aparente tachia,
Asta, que no la borran los efectos.
Permitidme, que os traiga por egemplo
La empresa de Colon, que deshechada
Del trono lusitano, en el abismo
De los entes posibles quedaria
El hecho mas glorioso, y admirable
De quantos cuentan los pasados siglos,
Ni contaràn jamas los venideros,
Si de vuestra real munificencia,
I magnanimidad, patrocinado,
Colon no consiguiera los auxilios
Para verificarlo. Asi la gloria,
Que le tributa el descubierto mundo,
La devide con vos, como omenage,
Que os grangeò vuestra potente mano,
Que le hallanò las sendas a un intento,
Reputado imposible, y temerario.
I si èl logrò su fin con gloria vuestra,
Podra lograr el suyo, con lisonja
Mas segura, el que aspira ala conquista
De los pueblos, y reinos dilatados,
Que deven ocupar forzosamente
Las barbaras naciones, que alli vagan.
Por lo mismo, Señor, temer no devo,
Halleis extraño, que un vasallo vuestro,

Se ofrezca a someter a vuestro cetro
Aquellos pueblos, y extender la gloria
De vuestro nombre al descubierto mundo.
Mas exige esta empresa gente, y naves
Para poder con ellas conseguirla.
Estas, señor, os pido: por mi parte
Solo puedo ofreceros vida, y sangre,
Con el presentimiento de obtenerlo.
Lo que la humana mente no concibe
De antemano, tener no puede efecto.
Asi dijo Cortès. El soberano
Mostrò apreciar aquel glorioso intento
Y con agrado, dicele; No estraño
Que el grande egemplo de Colon os haya
Jnfundido un aliento, y osadia
Digna de un español, y dela gloria,
Que os llama a tal empresa. Por mi parte
La facilitarè; mas no movido
Del resplandor del oro, que promete
La rica adquisicion de aquellos reinos,
Preñados de tesoros, de que colma
La fama al nuevo mundo. Me interesa
Mucho mas el bien proprio delos pueblos,
Que deseo eximir delas tinieblas
De sus barbaros cultos por tu medio.
Esta sera Cortes mi mayor gloria,

Si el cielo favorece a tus designios.
Satisfecho Cortès de una acogida
Tan benigna, y propicia del Monarca,
No duda, que le tenga reservada
El Destino la empresa, y que le fuese
Anuncio de ella la vision en sueños.
Ni hai esposo, que anhele con mas vivos
Deseos el momento de enlazarse
Con el obgeto de su amor ardiente,
Ni triste navegante combatido
Delas furiosas olas entre escollos,
En deshecha borrasca, que suspire
Por el refugio del ansiado puerto,
Quanto Cortès por ver verificados
Los favores del Rei. Pero tan faustos
I felices principios, como antorcha
Encendida, apagada por un soplo,
En humo desvanecen, con la muerte
Del Soberano, sin lisonja alguna,
De verlos en su ser restablecidos.
La succesion al trono, las discordias
De las comunidades delos pueblos,
Un invencible obstaculo oponian
A las lisonjas antes concebidas
Como seguras, de Cortes, y al suelo
Derriban sin recurso sus intentos.

Mas el Destino, que servirse suele
Delos mismos obstaculos, y travas,
Para llegar a los prescritos fines
De sus designios, en la Havana inspira
A su gobernador Diego Velazquez
Disponer una armada a sus expensas,
Para pasar al nuevo continente,
I estallablecer colonias en las playas,
Avistadas poco antes por Grijalva.
Jncitado Cortès de tales voces,
Pasar resuelve a Cuba, y alistarse,
No pudiendo ser gefe, qual soldado
De aquella expedicion, y comunica
A Sandoval su resoluto intento,
Diciendole; No siempre, amigo, surten
Los lances encontrados dela vida,
A la satisfacion, y a la medida
De nuestras vanas ansias, y designios,
I puesto, que no acierta siempre el hombre
En lo que mas al mismo le conviene,
Abandonarme a ciegas he resuelto
En brazos dela Suerte. Si no puedo
Ser adalid dela ideada empresa,
En qualquier grado puede el hombre fuerte
Hacerse distinguir; y segun pienso,
No andarà la conquista tan escasa

De tales ocasiones. Si con migo
Las quereis encarar, este consuelo,
Que ès el mayor, tuviera en mi partida.
Alivia la amistad nuestros trabajos
I son menos sensibles los peligros,
Divididos con ella. Nadie medra
En el ocio, y descanso de su patria,
Buscar conviene allende la fortuna.
Tocado Sandoval de este discurso
De Cortès le responde, Basta, amigo,
Vuertra resolucion insinuada
Para que yo la abrace de contado.
Nada conserva mas las amistades,
Que la conformidad de sentimientos;
Como supuesto gefe dela empresa,
Poco antes os seguia; como amigo,
Y compañero, os seguirè igualmente,
Dò quiera que la Suerte os encamine.
Sigo a Cortès, no sigo a su fortuna.
Cortès en el transporte de su gozo
Abraza a Sandoval, y determinan
Partir para la Havana, a donde llegan,
Al tiempo que Velazquez, ya tenia
Dispuesta, y pronta para dar al viento
Las velas de su armada. Mas se hallaba
Dudoso el mismo, a quien entregaria

Da aquella expedicion el arduo mando ,
Entre los muchos , que lo pretendian ;
Quando apenas llegado , se presenta
Cortès , para ofrecerle sus servicios ,
Como particular en la conquista .
Velazquez le recibe con aprecio ,
Y siente la impresion , que en el hacia
Su gallarda presencia . I como suelen
Reproducirse en sueños las ideas ,
Que reciben dispiertos los sentidos ,
Se le presenta en sueños a Velazquez
La imagen de Cortès , acompañada
De asomo de prodigio ; pues brillaba
Sobre sus sienes una viva llama ,
Semejante a los fuegos , que a las veces ,
Por la noche a las naves acompañan
En su placido curso . Se dispierta
Velazquez a tal vista , y arrojando
Las dudas de su pecho , determina
Nombrar Cortès por gefe dela armada ;
I haciendolc llamar , asi le dice ;
Tengo prontas las naves , destinadas
Para el descubrimiento de las tierras ,
Donde no han penetrado nuestras armas .
Muchos pretenden su deficil mando ,
Que requiere consejo consumado ,

I superior esfuerzo. Por lo mismo,
Cortès, os lo confiero, en preferencia,
De todos los demas. Id pues; tomadlo,
I partid al instante. Agradecido
Hernan Cortès, no menos, que admirado
De aquel inopinado ofrecimiento,
Reconoce la mano del Destino,
I responde a Velazquez; Si no viera,
Que vuestra voluntad, y el favor vuestro,
Tan apreciables para mi, confirman
Con admiracion mia los anuncios,
Que no puedo dudar haver tenido
De antemano dal cielo, dudaria
Admitir yo un encargo, que aunque ilustre,
Y apetecible en apariencia, exige,
Como lo conoceis, un alma fuerte,
Superior a los riesgos, y trabajos,
I a tantos, y a tan varios accidentes,
Que es forzoso acompañen tal empresa.
Ni sè alguno que pueda prometerse
De si mismo, Señor, esta ventaja.
Yo a lo menos confieso, que no siento
En mi pecho asomar tal confianza,
Si no me la dà el cielo, con su auxilio,
Por quien no dudo aventurar mi vida,
Como por el Monarca, a quien servimos,

Y por el sacro culto, y por la gloria
Del Dios cuya fè santa profesamos.
Asi dijo Cortès. Mui complacido
De su eleccion Velazquez, apresura
De su dispuesta armada la partida.
Eran once las naves, con quinientos
Soldados esforzados, voluntarios,
Con algunos caballos. Distribuye
Entre aquellas Cortès sus capitanes.
Su amigo Sandoval distingue entre ellos.
Reserva para si la capitana.
Dada desde ella la señal, a una
Se afanan en zarpar todas las naves,
Entre la grita, y voces de alegria
Dela chusma, y mirones, que cubrian
La playa, y animaban la partida,
Mientras unas tras otras se alejaban
Del puerto, dadas al propicio viento
Las velas, que èl hinchia con su soplo.
Mas como todo queda en este suelo
Expuesto a los azares dela Suerte,
En el choque ya prospero, ya adverso,
Que en su encuentro padecen los sucesos
Humanos en la tierra; asi Velazquez
Arrepentido de haver dado el mando
Dela empresa a Cortès, selo revoca.

Mas Cortès engolfado con las naves ,
Que dirigian su hervoroso rumbo ,
Acia las nuevas tierras de Occidente ,
Creyò darle derecho su honor mismo ,
Para desentenderse dela injusta
Revocacion de su primer encargo ,
Que recibe en su nave ; y dirigiendo
A todas ellas su discurso , dice ,
Desde la popa a todas ; id a donde
Mi Destino , y mi honor os encaminan ;
Donde os llama la gloria dela España .
Qualquier parte , que tenga en vuestro rumbo
El poder de Velazquez , selo quitan
La injusticia , y volubles pretensiones ,
I a mi honor lo adjudica mi Destino.
Cortès va con vosotras ; os protege
Su fortuna tambien , que con el dedo
Os señala las playas deseadas .
I como si asi fuera , tardan poco
A descubrir una isla , a donde llegan .
Hacen presa las ancoras del fondo .
Era aquella isla Cozumèl , del nombre
De un idolo famoso , alli adorado
De los vecinos , y lejanos pueblos.
Deseoso Cortès de tomar lengua ,
I conocer la tierra salta en ella

Con algunos soldados, que admiraban
Aquellos caserios, sin ver gente,
Que en ellos habitase; la que a vista
Dela llegada armada, y delos trages
De aquellos forasteros, y sus armas,
Que llegar parecian de otro mundo,
Abandonò sus techos. Pero algunos
Mas curiosos, y menos asustados,
En alguna distancia, ver se dejan,
Mirandose entre si, como en consulta
Si acercarse devian. Les previenen
Con señas, y ademanes amigables,
Los españoles para sosegarles,
(Hacense en todas partes comprensibles
Las naturales expresiones) y ellos
Alleganse con pasos mui medidos,
Mostrando sacudir con su recelo
El miedo, que sentian. Pero luego
Asegurados todos dela atenta,
I cordial acogida, que reciben
De Cortès, y de algunos agazajos
De bugerias, que les hace, acuden
Unos tras otros, arrojado el miedo,
A ofrecer comestibles por rescate
De objetos despreciables Enropeos.
Su sola novedad era su precio.

Estos tambien inducen al Cacique
A ver a Hernan Cortes, y a proponerle
La paz, y la amistad, que descaba.
Con mayor agazajo le recibe
Cortès, y agradecido el reyezuelo
A sus demostraciones, le acompaña
A ver la poblacion, y el Santuario
De Cozumèl, tenido en los contornos
En gran veneracion. Entrado apenas
En el templo Cortes, arrebatado
De su indiscreto zelo, al ver la forma
Dela Deidad horrible, no se puede
Contener: mas el mismo con sus brazos,
Arremetiendo al idolo, en el suelo,
Con atrevida indignacion lo arroja,
I hacelo mil pedazos. El Cacique,
I el pueblo alli presente, horrorizados,
Con sus enfurecidos sacerdotes,
Al ver aquel temible desacato,
Cometido en su Dios, a voz en grito
Jmploran su venganza, huyendo todos.
Mas viendo, que su Dios no se movia
Ni mostraba pensar en su venganza,
Como en Dios superior, en Cortès ponen
Sus atonitos ojos, y le dejan
Erigir un altar en que coloca

La sacra afigie dela virgen madre
Del humanado Dios, sin que sus mentes
Pudiesen concebir alguna idea
Dela nueva deidad, que les dejaba
Cortès encomendada a su respeto,
Cubierto del espanto, y del asombro,
En que queda aquel pueblo sumergido

Canto 2.°

Con tal satisfaccion deja aquella isla
Hernan Cortes, y al mar de nuevo entrega
Sus expeditas naves. Mas apenas
Pierde de vista a Cozumèl, advierte,
Que torciendo la nave de Escalante,
Su comenzado rumbo, lo bolvia
A Cozumèl, con señas de zozobra.
Manda Cortès seguirla, y ella llega
Al mismo puerto suspirado, a tiempo
De evitar su naufragio. Se remedia
De pronto este accidente, desgraciado
Al parecer, a los humanos ojos
Mas se hechò de ver luego, que el Destino
Se valio del, para hallanar la empresa
A Hernan Cortès, con otro caso estraño.

Hallabase la nave de Escalante
Pronta para emprender de nuevo el rumbo,
Quando advierten venir acià la costa
Una canoa armada. Deseoso
De enterarse Cortès de aquella gente,
I de donde venia, embia Tapia
Con algunos soldados, acia el sitio
Dela playa, acia donde dirigia
Su rumbo la canoa. Alli cubiertos
De espeso matorral los españoles,
Esperan la llegada de los indios,
Y ya desembarcados los asaltan.
Huyen ellos con gritos espantosos,
Pareciendoles verse acometidos
De terribles fantasmas. Uno solo
Se para, y dice, en lengua castellana,
Viendo el trage español delos soldados;
Que veo? Cielos! Como en esta tierra?
O que encuentro feliz, y no esperable
Para mi! sorprendidos, y pasmados
Los españoles al oir su lengua,
En boca de aquel indiò, se contienen,
Deseando saber si por ventura
Era indio dela tierra, o bien nacido
En el suelo de España, y qual estraño
Accidente le trajo en aquel suelo.

Ser español responde, haver tenido
En Ecija su cuna, en donde el nombre
Recibio de Aguilar. Al oir esto,
No puede Tapia contener su gozo,
Le hecha al cuello los brazos, y le lleva
A la presencia de Cortès; que lleno
De admiracion, y gozo, por un caso
Tan estraño, y feliz para su empresa,
Asientale a su lado, deseoso
De oir sus aventuras. Avisados
Los demas españoles del suceso,
Acuden, y concurren para oirle;
I èl a vista de todos asi empieza
Su narracion; El natural deseo
Que os trajo aca a vosotros, segun veo,
Me indujo a mi tambien, seran diez años,
A venir a este suelo, aunque con suerte,
Para mi mui siniestra; pues viniendo
En una caravela desde Cadiz,
Perecimos ya cerca de estas costas,
En los vagios delos alacranes.
Pude, con otros veinte compañeros,
Salvarme en el esquife dela nave,
Rota entre los escollos, dela muerte,
Para incurrir en muerte mas aciaga,
Pues arrojados todos en las playas

Del Jucatan, por la mar brava, presos
Quedamos alli todos por los indios,
Que inhumanos las vidas nos salvaron
Para sacrificarnos a sus dioses;
Fue para mi fortuna hallarme enfermo,
Para no conducirme al sacrificio,
Como lo fueron los demas. Me encierran
Sin embargo en la jaula, en que solian
Tener a otros enfermos encerrados,
Para sacrificarlos, si sanaban,
Teniendolos pastados con regalos.
A vista dela muerte inevitable,
Dia, y noche en la jaula trabajaba
Para tentar mi huida; y lo consigo,
Con el cuchillo, aunque ruin, que solo
Salvè de mi naufragio, y gano el campo.
Por èl vaguè perdido, bien que libre,
Evitando el encuentro delos indios,
Cuya lengua ignoraba, asta que vine
A dar en una gruta al pie de un cerro,
Cubierto de altos arboles entorno,
Donde crei poder estar seguro,
O escondido a lo menos, y hacer de ella
Mi morada, ofreciendome el sustento
Ciertas frutas silvestres, que alli havia
En abundancia. Parecio que el cielo

Me tenia dispuesto aquel refugio,
Para mi salvacion, al ver que cerca
De aquella misma cueva y dela espalda
Del cerro desprendiase una fuente,
Que aunque escasa, cayendo en un remanso,
Suministrabame diariamente
La bebida, de que necesitaba.
En tan funesto estado, me creia
Sin embargo feliz, de no ser visto,
En aquel apartado, y quieto asilo.
Quando un dia, en que hallabame tendido
Sobre un lecho de ramas, y hojarazca,
Que me formè en la gruta, entrar en ella
Veo una joven india sollozando,
I se pone a sentar sobre una piedra,
Donde desahogaba su quebranto.
A su vista me turbo, y me estoi quieto,
No sabiendo que hacer, ni que decirla,
Ignorando su lengua. Yo me hallaba
En cueros, qual tenianme encerrado
Para sacrificarme; y recelaba
Manifestarme a ella. Pero viendo
Que ella ácallaba poco a poco el llanto,
I que ya sosegada, persistia
En quedar en su asiento pensativa,
No puedo contenerme; me levanto

Para saber por señas, a lo menos,
La causa de su duelo, no sin miedo,
Que huyese de mi vista. Lejos de ello,
Tomandome por uno dela tierra,
Parecia implorase mi asistencia.
Muestro apiadarme de ella, y acompaño
Mi compasion, con timidas caricias;
A que viendo yo que ella se prestaba,
Sin recatarse, enciende de repente
La llama del amor en mis entrañas,
A que la rindo; y queda desde entonces
Por compañera mia alli en la cueva,
Sin saber yo quien fuese, ni el motivo
De su venida alli, ni de su llanto;
Asta que su preñez adelantada
La indujo a recurrir a sus parientes,
Que se hallaban distantes de aquel sitio,
Los que no sè deciros si con ella
Reconciliados, o no hallando estraña
Mi union con ella, veo comparecen
En la gruta, y me obsequian en su estilo,
Abastaciendome de comestibles,
De algunos utensilios, y de redes
Para pescar, como tambien de flechas,
Y arco para la caza; pareciendo
Ser todo aquello las devidas arras

Del dote de mi buena compañera,
A quien mi libertad, y vida devo,
Como tambien el vso dela lengua,
Que aprendi de ella, aunque con gran trabajo,
Libre asi del temor del sacrificio,
Entre los indios vivo emparentado,
Como vno de ellos; y con once de ellos,
Como lo visteis, vine a dar obsequio
Al Dios de Cozumel; de que sin duda
Se servio el cielo, para darme el gozo
De encontraros aqui, para mi dicha,
Que esperar no podia en este suelo.
Asi dijo Aguilar. El alma grande
De Cortes, rebosaba de alborozo,
Viendo el favor palpable del Destino,
Que por un accidcnte tan estraño,
Allanaba la senda a sus designios.
I admitiendo Aguilar entre los sujos
Con sigo, satisfecho, se lo lleva,
Como el mayor apoyo de su empresa.
Jnformado por èl, que mas adentro
Dela tierra existia un grande imperio,
En el pone sus miras, y dirige
El curso de sus naves; y doblando
El cabo de Catoche, costeando
El Jucatan, da fondo en la enseñada,

Que lé ofrecia el rio, que Grijava
Descubrio, en la provincia de Tabasco.
Alli deja aferrados los navios
De mayor porte; y con los mas ligeros,
Bien armados, penetra rio arriba
En la Tierra, curioso de informarse
Del pueblo, que habitaba sus riberas.
Embelesaba la frondosa vista
De inabarcables troncos, cuyas copas
Ofrecian abrigo a varias aves
Diversas en sus cantos, y plumages
De vitsosos colores, que a los ojos
Y oido recreaban dela gente,
Mas esta se vè luego acometida
Por todas partes, desde las riberas,
Por los valientes indios, y de frente
Por las muchas canoas, que cubrian
Al cauce de aquel rio. Cortès tienta
Valerse de Aguilar para pedirles
El pacifico paso por el rio,
Sin querer inquietarles con las armas.
Mas ellos lo rehusam, y prosiguen
En disparar sus flechas; y acometen
Con las canoas las armadas naves.
Da entonces Cortès orden de embestirlas
Con las armas de fuego; que destrozan

I anegan las canoas, despejando
Por una, y otra parte las riberas,
Delos que pretendian defenderlas.
Queda asi libre el curso de aquel rio,
Que Cortès continua sin estorvo,
Asta que llega a un sitio, no distante
De Tabasco, ciudad que era cabeza
I daba el nombre a toda la provincia.
Cortès quiere ocuparla, y hacer de ella
Su quartel general. Con este intento
Embia Alonso Davila con gente,
Para reconocerla. Este la encuentra
Puesta en grande defensa de guerreros,
Y circundada de alta palizada,
De gruesos troncos de arboles unidos,
Que le servian de muralla. Nada
Contener puede al alentado pecho
De Cortes; mas dejando poca gente
En custodia, y defensa delas naves,
Para que le guardasen las espaldas,
Con toda la demas, acia Tabasco
So encamina, y a ella acaso llega,
Quando el sol declinaba acia el ocaso,
Desde el alta metad de su carrera.
Alli a vista del pueblo, revestido
De aquel marcial ardor, que aseguraba

Sus drterminaciones, con obgeto
De animar sus soldados, señalando
La ciudad con el dedo, asi les dice;
Esa ciudad, amigos, destinada
La tiene mi fortuna en esta noche
Para nuestro quartel, y alojamiento.
Se han refugiado en ella aquellos mismos,
Que pusimos en fuga desde el rio:
Y aunque se haya su numero abultado,
Con la gente de pueblos comarcanos,
El numero no vence. No amedrenta
A un leon un ganado numeroso.
Acometamos pues. Esto diciendo
Desembaina su espada, y de su gente
Forma quatro esforzados esquadrones,
Para asaltar la plaza. A la cabeza
De uno de ellos a Dàvila destina,
Del otro a Lugo. Pone en el tercero
A Pedro de Alvarado, y en el quarto
Al fuerte Hernandez de Por ocarrero.
Para si se reserva un otro cuerpo,
Para acudir a donde requiriese
Su presencia el combate. Este comienza
Por la grita, y horribles alaridos
Delos indios flecheros, que cubrian
Los campos de sus flechas; pero luego

Los tiros de arcabuces, delos muros
Los desalojan, y los dejan libres
Para el asalto, que los esquadrones
Les dan a un tiempo por las quatro partes,
I en la ciudad penetran, qual manada
De hambrientos lobos, que su saña ceban
En crecido ganado; el que azorado
Del terror delas fieras, se atropella
Para encontrar salida en la majada.
Otro abrigo a los indios no les queda
Que los tres grandes templos que tenian,
En que hombres y mugeres se refugian
Jmplorando el auxilio de sus dioses.
Mas alli su obstinada resistencia
Acrecienta el estrago, asta, que ceden,
Viendose precisados a rendirse.
Vè Cortès su pronostico cumplido,
Alojando en Tabasco sus soldados.
En el siguiente dia parecia
Salir el sol a dar los parabienes
Por la victoria. Pero Cortès de ella
No asegurado, por la poca gente,
Que consigo tenia, determina
Enbiar Aguilar con trage, y armas
Dela tierra, que hierma parecia,
Mientras daba descanso a sus soldados.

Buelve luego Aguilar con la noticia
Del egercito grande, que juntaba
El cacique de todas las comarcas,
Con el designio de cerrar en medio
Los Españoles, y cortar a todos
La buelta acia las naves. Recibido
Este aviso Cortès, no cree indigno
De su talento militar, y esfuerzo
Consultar con sus fuertes capitanes,
Si era mas conveniente retirarse
A las naves, o bien alli a pie firme
Esperar en un sitio ventajoso
Al enemigo. Entonces Alvarado
Tomando la palabra, asi le dice;
Cortès vuestro consejo, en qualquier lance,
Sirve a todos de norma; pero puesto,
Que apreciar nos haceis la confianza,
Que poneis en nosotros, francamente
Dirè que fuera indigno de nosotros
I dela grande empresa, que llevamos,
La retirada, a vista dela hueste,
Que dos veces vencimos. Si deviera
El numero mayor del enemigo
Obligarnos a darle las espaldas,
Pensar mas no devemos en conquistas.
Bolvamos desde ahora a nuestras naves,

I con ellas a España. Por ventura
Es conparable el suelo de Tabasco,
O lo seran los pueblos, que contiene,
Con los del vasto imperio, y con sus fuerzas
En cuya busca vamos? No por cierto.
Mi parecer es pues, que combatamos
Con todas nuestras fuerzas, y caballos,
Que quedan en las naves. Aprobaron
Todos a una el parecer, y aliento
De Alvarado; y apenas recibida
La artilleria, y los caballos, nueve
Su egercito Cortès, sin detenerse,
Queriendo prevenir al enemigo,
A quien halla acampado en la llanura
Dela ciudad de Guacalcingo, pronto
Para dar la batalla. Alli en el cerro,
Desde donde descubre al enemigo
En alguna distancia, determina
Esperar le acometa, y pone en orden
Sus esquadrones. Poco tardan
A oirse las bocinas, y los sones
De rusticas zampoñas, y de pitos,
Que a la marcha animaban a los indios,
Para dar la batalla al enemigo,
Sin que los contuviese la ventaja
Del eminente sitio, que ocupaban

Los españoles, ni sus fieras armas;
Mas ciegos de rencor, y charmarrados
Sus rostros con colores diferentes,
Que hacianles horribles a la vista,
Acometen las filas enemigas.
Recibelos Ordaz, que las mandaba,
Con la descarga delos arcabuces,
Que se llevan enteros esquadrones
De los que acometian, sin dejarles
Por eso escarmentados, mas embisten
Con denuedo mayor, y valentia,
Sobre sus aterrados compañeros,
Sin dar apenas tiempo al enemigo,
A que cargase sus terribles armas.
Vense los españoles precisados
A combatir con ellos cuerpo a cuerpo,
Con sus dagas, y espadas, sin causarles
El estrago temor, o desaliento,
Mas sostenian con furor el choque,
Teniendo incierta la victoria; Tienta
Cortès entonces para decidirla
Hacer prueva dela caballeria
Para poder romper los pelotones
Delos furiosos indios, y con ella
A rienda suelta los embiste; entonces
Los indios asombrados, y pasmados

Dela vista de aquellos nuevos monstruos
Que los atropellaban, no resisten
Mas se ponen en fuga, y se desvandan,
I dejan a Cortès dueño del campo,
Cubierto de cadaveres. Contento
Cortès de haver logrado la victoria
No insiste en perseguir los fugitivos,
Mas buelve con su egercito a Tabasco,
Donde entrega al descanso sus soldados,
I a la mas pronta cura los heridos,
Temiendo que bolviese el enemigo
A reunir sus fuerzas. Pero apenas
Dorò el sol los collados, y campiñas
En el siguiente dia, comparecen
Algunos indios nobles, mui sumisos,
Con algunos regalos, que traian
Por parte del Cacique, deseoso
De conseguir la paz. Mas prevenido
Cortès por Aquilar, que aquellos indios
No eran delos magnates dela corte,
Contra el estilo, que guardar solian
En tales ocasiones los Caciques,
Hace luego saber al de Tabasco
Que solo admitiria su regalo
I la propuesta paz, quando èl mostrase
Que con sinceridad la deseaba,

Resabiado el Cacique de su hierro,
Destina otra embajada de la gente
Mas noble, y principal, con otros indios
Cargados de regalos. Muchos de ellos
Traian braserillos en las manos,
En que humeaban gomas olorosas,
Conque honran a Cortès, que los recibe
Con serio, y desabrido continente;
Mostrandose con ellos agraviado,
Por las hostilidades cometidas,
Contra quien les pedia en su llegada
La paz, y la amistad, que le negaron.
Mas cediendo a sus ruegos repetidos,
Acompaña la paz, que les otorga
Con el regalo de ordinarios vasos
De crital, y con cuentas de abalorio,
Preciosas a los ojos delos indios;
A que añade tambien los prisioneros.
No pueden contener los embiados
Los transportes de gozo, que sentian
Al ver en libertad sus paisanos,
Esentos del funesto sacrificio,
A que ellos destinaban sus cautivos.
Y con gestos, y vivos ademanes
De adoracion, y humilde reverencia,
Mostraban a Cortès los sentimientos

De su mas grato aprecio. Estos regalos
De Cortès, indugeron al Cacique
A visitar al gefe del oriente.
A este fin, cortejado de sus deudos,
I de muchos señores de su corte,
Ricamente ataviados, con gran pompa,
Se presenta a Cortès. Una corona
De mui vistosas plumas, sostenidas
De un ancho cerco de oro, circundaba
Sus desgreñadas sienes. Le pendia
Un fino manto de algodon del ombro,
A que estaba prendido de esmeraldas.
Llevaba al lado una preciosa aljava
Engastada de perlas, con sus flechas,
I en la siniestra el arco; su cintura
Cubria un faldellin tambien de plumas,
Desnudo lo demas, como los brazos,
Adornados de sartas de preseas.
Sostenian sus pies unas zandalias
De oro puro, enlazadas con correas
Asta medias canillas. Con tal trage,
Se presenta a Cortès, y con semblante
Despejado, y sincero, sobre el ombro,
Como demostracion de mucho aprecio,
Pone a Cortès la mano, a quien declara
Por medio de Alguilar, el grande aprecio,

Que le conservaria por sus dones,
Como por su amistad, de que por prenda
Le pondria las manos en las suyas.
Comunica Aguilar este discurso
A Hernan Cortès, que muestra agradecerlo,
I de contado ofrecele las manos
Con afable sonrisa. Las aprieta
El Cacique en las suyas, por dos veces,
I se despide de èl mui complacido.
Hernan Cortès no menos satisfecho
Dispone la partida de sus naves,
Amenazandolas los recios nortes,
Que retardar pudieran su llegada
A las costas del Megico. Entretanto
Apresura el embarco de su tropa
Hernan Cortès, y estando todo pronto,
Para partir, no sin sorpresa admira
Llegar indios de carga, que embiaba
El Cacique con muchos comestibles,
I con veinte doncellas, destinadas
Para que le servieran, y amasasen
El pan para la tropa. Quien creyera
Que aquel regalo, acaso tan estraño,
Pudiera contener el instrumento
Mayor de su conquista? Sorprendidos
No menos sus curiosos capitanes,

Acuden a saciar sus fantasías
En aquellos objetos, agradables
Siempre al amor, que inspiran en los pechos.
Era uniforme el trage en todas ellas
Diversos en los rostros los afectos,
A que estos se asomaban, y a los ojos
Sin que las distinguiera la hermosura;
Aunque talvez a falta de ella, tiene
Tambien el sexo vivos alicientes.
Divididas sus largas cabelleras
Coronadas de flores, por los ombros
A cubrir iban sus celosos pechos.
Sin ser del todo estraña la decencia
Del barbaro pudor, y sobre cuero
De fieras montesinas asentaban
Sus enlazadas plantas. Cortès siente
De diversos afectos combatido
Su corazon, a vista de un presente,
Que le sorprende, y le embaraza, y duda
Si lo deve acceptar, o rehusarlo.
Pone la utilidad delos servicios,
Que pudieran prestarle las doncellas,
Por contrapeso dela disciplina
Militar, siempre agena, y desdeñosa
De tales embarazos. Mientras anda
Madurando, en su mente combatida,

Su determinacion, acaso fija
Sus ojos en la joven Guacoalca,
Una de aquellas indias, la mas linda;
La que clava tambien al mismo tiempo
Sus ojos en Cortès, bien que animados
De un amable despejo, y de viveza,
Que sin querer, el alma manifiesta.
Cede Cortès a la impresion ardiente,
Que recibe en su pecho, y se abalanza
A retenerla para si, dejando
Las demas al selecto, que quisiesen
Hacer de ellas tambien sus capitanes.

Canto 3.°

Con tan feliz aguero Cortès deja
El puerto de Tabasco, y costeando
El Jucatan, dirige de sus naves
El rumbo acia las costas megicanas,
Con favorable viento, complacido
De su resolucion con Guacoalca.
Mas faltaba al amor la mejor parte
De sus finos, y puros sentimientos,
Que talvez necesitan del lenguage,
Jnterprete del alma, en los amantes,
Para expresar sus intimos afectos

Ignorando Cortès , y Guacoalca
Sus respectivas lenguas . Suple en parte
A esta falta Aguilar , a quien encarga
Hernan Cortès se informe del motivo ,
Porque les dio el Cacique aquellas indias
Privando de ellas a sus proprios padres ,
Para darlas en manos de estrangeros ,
Sin manifestar ellas sentimiento ,
Ni asomo de disgusto , o de tristeza ,
Por su separacion , ni por su entrega .
Requirida la joven Guacoalca
Por Aguilar , responde asi ; no estrañes
Haya querido hacer de nuestros cuerpos
Un regalo a tu Teule ese Cacique ,
Fue un cambio generoso por su parte ,
Por los restituidos prisioneros .
No somos de estas tierras de Tabasco ,
Sino cautivas de diversos pueblos
De provincias con esta confinantes .
Me trageron de edad sobrado tierna
Para poder llorar las desventuras
De mi familia , y de mi padre , muerto
A manos de Xilunco , que fue padre
De ese Cacique , por quien hoi me veo
Privada de mis bienes , y nobleza ,
I dela libertad ; y reducida

Al estado infeliz de servidumbre,
Aunque nacida en una noble cuna
En Xilango, provincia tributaria,
Del imperio de Megico. Se muestra
Guacoalca sensible a sus desgracias,
Que refiere Aguilar a su candillo.
Cortès compadecido de la suerte
Dela noble doncella, crecer siente
En su pecho el amor para con ella,
I desde aquel instante guirlandarla
Resuelve en el altar del Himeneo.
Si fue siempre del sexo la hermosura
La prenda principal, sela contrasta
En sus rivalidades la nobleza.
Riò el hijo maligno dela Diosa
Venerada en Citera, de aquel triumfo
Que obtiene de Cortès, y colocòlo
Entre el que Alcides le cediò en los brazos
De Omfale, revestida del Despojo
Del nemeo leon, y entre el que obtuvo
De Aquiles encubierto con el trage
De su Laodamia. Tardò poco
A hechar de ver Cortès en el regalo
Del liberal Cacique, la propicia
Mano de su destino, que hallanaba
Las sendas a su empresa, sin que entonces

Conocerlo pudiese, como avino
Despues de haver llegado felirmente
En el puerto de Ulua, que asi entonces
Se llamaba aquel puerto megicano,
Donde quiso dar fondo con sus naves.
Alli poco despues de aver llegado,
Entrar vè dos piraguas megicanas,
Con gente mui lucida, que mostraba
Querer hablar al gefe de las naves,
Que apportaron alli de luengas tierras.
Asomase Aguilar para informarse
Delo que pretendian; pero siendo
La lengua megicana, mui diversa
Dela del Jucatan, que era la sola,
Que Aguilar entendia, embarazaba
Saber el fin, al parecer propicio,
A que havian venido los piraguas.
Siente Cortès este accidente. Ansiaba
No perder la occasion de aquel mensage,
Que talvez las piraguas le traian,
Acaso favorable a sus designios.
Pero luego le ocurre, que pudiera
Remediar Guacoalca a su congoja;
Pues nacida en provincia megicana,
Talvez se acordaria de su lengua.
Fue asi, que se accordaba, y no ignorando

La que se hablaba en Jucatan, en esta,
Que Aguilar entendia, le explicaba
Lo que oia delos delas piraguas,
I Aguilar a Cortes lo referia.
Llegò este asi a saber que Motezuma
Emperador de Megico, embiaba
Aguellos dos señores principales
Teutile, y Pilpatoe, con encargo
De informarse del fin de la venida
De aquellas naves a uno de sus puertos.
Se alboroza Cortès al oir esto,
I desea obsequiar los embiados,
Encargando a este fin a Guacoalca
Les ruegue que pasasen a su nave.
Acceptan mui gustosos uno, y otro
Aquel atento embite, y les recibe
En su nave Cortes con mucho obsequio.
Realzaba al encargo, que traian
Uno, y otro señor, el lucimiento
De sus ricos adornos, y atavio.,
I despues de corteses ceremonias,
I de mudos obsequios, y atenciones
Su comision renueva Pilpatoe
Con gran formalidad, y repetida
Por Guacoalca, dioles esta misma
La respuesta, diciendoles en nombre

De Cortès; ser el fin de su venida
Ver al Emperador, y proponerle
Por comision del Rei su soberano,
Empeiador de Oriente, asumtos graves,
I de suma importancia para entrambos.
Oida la respuesta, se levantan
Para partir Teutile, y Pilpatoe.
Mas queriendo ganarles cou obsequios
Hernan Cortes, encarga a Guacoalca
Les combide a su mesa. Agradecidos
A tal demontsracion de confianza
Acceptan el combite, deseosos
De provar los manjares Europeos.
Parecian llevar en el banquete
Los ojos la ventaja al apetito,
Admirando los raros utensilios,
A los que daban bueltas, y rebueltas,
Para mas contemplarios eu sus manos.
Su atencion empeñaban sobre todo
Los vasos de cristal. Su transpariencia
Tenia embelesados a sus ojos,
A que los aplicaban uno, y otro,
Para mirarse, como por lunetas.
Mas luego que Cortès llenarlos hizo
Del precioso licor del Baco ibero,
I que aplicado al labio lo ensayaron

Muestran los dos endiosarse, y sienten
La alegria, que el mismo les infunde.
No podia Cortes per mejor medio
Zanjar el fundamento a su conquista;
Pues apenas partidos, acabado
El combite, los dos embajadores.
Desembarcar la gente determina,
I ponerla al abrigo delos soles
Ardientes, de aguel cielo; resoluto
A tomar posesion de aquella tierra,
Aunque no sin temor de que le fuese
En breve contrastada: pero tuvo
Propicio Pilpatoe, que sabido
Su desembarco, embiale cien indios,
Con regalo de muchos comestibles,
I con los istrumentos de que usaban
En que emplea les brazos delos indios,
I los de sus soldados, y los suyos,
Con que pudo formar en poco tiempo,
Con casas de madera, una cumplida
Poblacion, que ocuparon sus soldados
Reconociendo en ello la propicia
Mano de su Destino, y en las otras
Combinaciones de su osada empresa;
Asta llegar al termino, a que el mismo
Dudaba de llegar; y agradecido

Al favor dela mano omnipotente,
Quiere manifestar los sentimientos
De gratitud al cielo, y de su aprecio
En la ereccion de un templo, consagrado
A la gran madre Virgen, no de jarpes,
Ni cedros, ni por mano dedalèa,
Mas en su sencillez tuvo la gloria
De ser il primer templo, destiuado
Al sacro culto, en aquel nuevo mundo;
Donde Cortès con todos sus guerreros
Con canticos alegres, el tributo
De sus adoraciones rindio al cielo.
En medio do estos gozos, no tardaron
A verse confirmadas las sospechas
De Hernan Cortès, al ver llegar Teutìle,
Que en nombre de su augusto soberano,
Le intima partir luego de aquel puerto.
Resentido Cortès al oir esto;
Con desabrido enfado saber hace
A Teutìle, digese a Motezuma,
Que el no saldria de su imperio, si antes
Con su real encargo no cumplia,
I sin comunicarselo en persona.
En su primer llegada en aquèl puerto
Teutile, y Pilpatoe condugeron
Diferentes artistas megicanos,

Para que retratasen sobre lienzos
Las naves, los obgetos europeos,
De que el emperador formar pudiera
Una acertada idea; lo que aquellos
Maravillosamente egetucaban
Sobre imprimados lienzos, que admitian
Los colores, y tintas, apropriados
Al natural obgeto, que pintaban;
Sin que se deslindasen los perfiles.
Eran estos los libros, y escrituras,
De que los megicanos se servian,
No conociendo el uso delas letras.
Asi el antiguo Egipto se valia
De signos, y figuras en gravado
Con que expresar queria sus ideas.
Aprendio de èl acaso el megicano
Aquella arte sublime? o mente
Admirable del hombre! O gran destello
Dela devinidad! Tu conseguiste
El vasto imperio sobre la natura,
I el superior dominio te fue dado
Sobre los elementos. Tu los astros,
I cielos señoreas. Por ti acatan
En la mano del hombre al real cetro
Las mudas fieras, y las vagas aves,
I le rinden los mares, y la tierra

Sus preciosos tributos . Por tal arte
Pudo formar idea Motezuma
Delos llegados Españoles . Nota
Sin embargo Cortès , que en su partìda
Teutìle se llevaba los artistas ,
Que con sigo condujo , y deseando
Templar la rigidez de su respuesta
Con algunos regalos , a Tentile
Encarga llevar quiera à Motezuma
El retrato del Rei su soberano ,
Con marco de cristal , y con estuches
De utensilios de mesa , y con manteles
Tegidos en Amberes . Tal regalo
Pudo templar en parte la respuesta
Altiva de Cortès a Motezuma ,
Mas queriendo vencer con estos dones
La obstinacion del mismo , determina
Motezuma embiarle otros señores
Con mayores regalos , que llevaban
Cien Indios en sus ombros , no teniendo
Los megicanos requas de trasportes ;
I a la presencia de Cortès llegados ,
Tienden sobre tapices primorosos
Diversas piezas de algodon tan fino ,
Que labor a los ojos parecia
Delos indianos Seres ; a que añaden

Cantidad de penachos, y de alfombras
De plumas con tal arte entretegidas,
Que embidia daban al pincel mas diestro
En la distribucion de los colores,
De las sombras, y luces, que animaban
Con viveza los arboles, y montes,
Las fieras, y las aves, y los rios,
Que retrataban. No era menos fino,
I admirable el trabajo en los engastes
Delas preciosas joyas, dones dignos
Delos mas oputentos soberanos,
Los que a los ojos de Cortès expuestos
Asi empezò a decir el Embiado
De Motezuma; Gefe valoroso,
E ilustre del oriente, acceptar quieras
Este don, que te embia por mi medio
Mi grande Emperador, con que el espera
Grangearse tu afceto, y el del sumo
Emperador de oriente, que te embia.
Mas hacete saber al mismo tiempo,
Que permitir no puede tu venida
A la grandiosa sede de su imperio.
Selo vedan las leyes, y estatutos;
Mas no su voluntad, dispuesta siempre
A darte a ver en lo demas su estima.
Por lò que te insinua, que no tardes

A partir delas tierras de su imperio.
Contenido Cortes de la riqueza
Del don de Motezuma, disimula
Su sentimiento por la nueva instancia,
Para que parta; mas con la esperanza
De ganar con el tiempo, y disimulo
Su obstinacion, condescender el muestra
Con sus instancias, no queriendo darle
Con manifiesta oposicion, motivo
Para que se valiera delas armas;
I encarga a Guacoalca saber haga
Al embiado, quan agradecido
Quedaba a su señor per el regalo,
Que merecia su mayor aprecio,
Como la complacencia, que devia
A su querer, partiendo de sus tierras.
La dilacion ès siempre ventajosa
A quien puede usar da ella. Asi mostrando
Querer partir, embia con dos naves
Francisco de Montejo, con soldados,
Paraque dando vista mas arriba,
Lo largo dela costa, procurase
Encontrar otro puerto, algo seguro.
Parte a este fin Motejo, y en distancia
De doce leguas, halla una ensenada
Coronada de muchas arboledas,

I una vistosa poblacion, llamada
Quiabislan, en una fertil tierra.
Avisado Ccrtès de aquel hallazgo
Trasladar muestra a ella sus quarteles,
Quando oye que tramaban sus soldados
Una conjuracion, determinados
A desistir de aquella odiosa empresa,
I bolverse a la Havana con sus naves.
Eran cabezas de ella sus dos gefes
Diego Ordaz, y Velarquez. No podia
Suceder a Cortès un contratiempo
Ni revès mas sensible, en el momento
En que casi tenia por segura
Sn metidada empresa. Su alma grande
Superior a su suerte, y a los riesgos,
Que pudiera oponerle la fortuna
No se abate por ello, mas resuelve
Cercenar de raiz las esperanzas,
Que concebir pudiesen sus soldados
De abandonar la empresa. Por si mismo
Quiere tomar informacion del hecho.
A este fin se encamina a los quarteles,
I estaba ya para llegar, al tiempo
Que Velazquez y Ordaz salian de ellos,
Pareciendo en sus rostros recatarse
De su presencia. Mas Cortes discreto,

Como si se tratase de un asumto
Estraño , y que ignorase , asi les dice ;
Visteis acaso entrar a la discordia
En el quartel? Los dos asegurando
No haverla visto entrar , Cortès replica ;
Pues ju.o por el sol , haverla visto ,
Crinada de Serpientes, con la tea
Encendida en la mano , hechando chispas
Por los ojos , y boca , qual me acuerdo
Haverla visto retratada en Dueñas.
Asi Velazquez como Ordaz recelan
Huviese el descubierto , o sospechado
Su disension , como confusos reos ,
Que de su traicion reconvenidos ,
En sus condelinquentes hechar suelen ,
La odiosidad , y la graveza , dicen ;
Esa parece una alnsion pintada
A la quejas , que oimos dela gente
Contra las permanencia en este suelo ,
I partir determina para Cuba.
Veniamos a daros el aviso.
Tachan vuestro proyecto de locura
Pretendiendo salir con la conquista
De un imperio de fuerzas tan enormes ,
I de tal extension , con un puñado
De gente rebentada de trabajos.

Mientras esto decian babeaban
Sus labios el veneno gota a gota,
Que en sus pechos ardia. Pero grande,
I superior Cortès a qualesquiera
Adversòs accidentes, disimula
En el rostro su enojo, que sufoca
En su interior, y dando a su semblante
Un aire de sorpresa, asi les dice;
A la verdad estraño, amigos mios,
La nueva, que me dais; pues os creia
A todos mui contentos de una empresa,
Que yo lambien llamàra temeraria,
I tambien loca, si quercis, si fueran
Diversos de vosotros los soldados,
I capitanes, que su esfuerzo emplean
Para llevarla al cabo: y si sufrido
Huvierais los azares, y trabajos,
Qne suponeis, quando no ha sido asta ora
Sino mui venturosa en los enquentros,
I sucesos, que pueden gloriarse
Del patrocinio, y del favor del cielo,
En las comodidades, y regalos,
Por no decir riquezas, que adquirimos
En tal faliz viage. Pero veo
Que el hombre tan bien llcga a empalagarse
De su felicidad. En hora buena.

Se abandone la empresa, que no puede
Lograrse con soldados descontentos.
Corta los pies, y manos la desgana,
Ni yo mandar pretendo a involuntarios.
Voi a dar orden, para que llegado
Montejo con las naves, se apresure
Nuestra partida para Cuba. Quedan
Medio desagraviados, y confusos,
Con respuesta tan noble, y no esperada
Asi Velazquez, como Ordaz. Sosiega
Talvez al corazon mas agraviado
La sabia, y liberal condescendencia.
Mas no descansa el animo por eso
De Hernan Cortès. Sentia vivamente
Abandonar la empresa, que creia
En el presentimiento de su mente
Poder llevarla al fin. Por lo que quiere
Jndagar los sinceros sentimientos,
En tan pelinquinosa circunstancia,
De sus mas fieles gefes, y soldados,
I con ellos tomar un expediente,
Que al mal presente remediar pudiese.
Pero encontrando en ellos, mui diverso
Parecer, del disgusto, y descontento
De los amotinados, se abandona
A la resolucion, que aquellos toman

De fingir descontento mui diverso
Contra Cortès, quejandose del mismo,
De llevarles a todos engañados,
Queriendo abandonar aquella empresa,
Sin haverla tentado, con que a todos
Iba a privar del fruto delos muchos
Sacrificios, que hicieron a su patria.
Que si estaba cansado de su suerte,
I si queria abandonar la empresa,
Bolviendo a Cuba, nadie le vedaba
La buelta, aunque indiscreta, y que podia
Emprenderla a su agrado, como, y quando
Lo quisiese mejor; pues jamas falta
Quien apetezca el mando, y quien acaso
Lo desempeñe con igual acierto.
Hacian estas voces en el seno
De Cortès eco grato, y placentero;
I haciendose rogar de sus amigos,
Muestra ceder al fin a sus instancias.
Se dejan llevar de estas los culpados,
Para no parecerlo, contra tantos,
Cuya opuesta opinion les afeaba
Su determinacion, y descontento.
Se aprovecha Cortès de este accidente,
Para hechar mas seguros fundamentos
A su designio, convirtiendo en pueblo

Estable, y fijo, de vistosas casas
Aquel quartel movible de soldados.
No de otra suerte Romulo en el Lacio
Hechò los fundamentos duraderos
Dela gran Roma, y de su pueblo invicto,
Reduciendo su gente aventurera
A pobladores del inculto Asilo.
Esto resuelto felizmente forma
Con parecer de todos el gobierno,
Dejando a la Eleccion de todo el pueblo
El nombramiento de sus magistrados
En la nueva ciudad, a quien dio el nombre
De Vera Cruz. Precede el juramento
En junta general, ante el Alcalde,
A quien Cortès con los demas lo presta,
Y despues de prestado, y obtenido
El permiso de hablar ante la junta,
Asi empezò a decir; Tuvieron siempre
Los mayores imperios dela tierra
Despreciables principios, semejantes
A los mayores rios, que tomando
Su origen de mui pobres manantiales,
Dilatan el imperio de sus aguas
Por cauces navegables. Solo el tiempo
Podra hacer aplicable toda entera
La semejanza a este naciente pueblo,

Bienque ora tiene en su pequeñez misma
Quanto caracteriza a los gobiernos
En las ciudades grandes, sosteniendo
Su respetable Alcalde (autorizado
Por los votos de todos en la Junta)
La representaciou del soberano.
Depositar en èl asi bien puedo
El mando del egercito, que diome
Su aprestador Velazquez; pues confieso,
Que la pasada disension, al paso
Que acovardò a mi aliento, apesarada
Dèjò a mi confianza en su gobierno.
En tal oposicion de voluntades
No queriendo abrogarme algun arbitrio
Como caudillo a vuestro nombramiento
Dejo que otro, dirija vuestra empresa.
Apenas esto dicho, se retira
Despreciando con noble fortaleza
Los dulces alicientes dela gloria,
A que talvez el hombre sacrifica
Su sangre, y vida, semejante en esto,
Al que solicitado delos fuertes
Atractivos, y gracias hechiceras
De una hermosa doncella, los deseos
De su pasion sufoca, en el sagrado
Altar dela virtud, que se las veda.

Canto 4.º

Entretanto la Junta a plenos votos
Delibera se accepte la renuncia
De Hernan Cortès, mas quiere que se obligue
El mismo a recibir el nuevo mando
Que le debuelve en nombre soberano
La villa en su consejo. Se celebra
Esta proclamacion con regocijo;
I Cortès comparece semejante
Al desmochado tronco de una encina,
Que sin copa en el suelo derribada
Con mayor lozania retoñece.
Asi Cortès con mas seguro aliento,
I mayor confianza en sus soldados,
Lleva adelante su gloriosa empresa.
I resuelto a pesar de Motezuma
A mantenerse en Vera Cruz, sabiendo
Que le esperaba en Quiabislan Montejo,
Llegarse a ella desea con su tropa,
I visitar las tierras intermedias,
Sugetas al gobierno megicano,
Si por ventura descubrir podia
Algun indicio delas intenciones
De Motezuma, adversas, o propicias,
Despues de haver sabido, que fijado

Cortès tenia su establecimiento
En Vera Cruz, contra lo prometido.
Dejando pues presidio suficiente
En la nueva ciudad, con lo restante
Dela tropa, penetra tierra adentro.
Pero por donde pasa, no descubre
Sino indicios del animo contrario
De Motezuma, viendo abandonadas
Las poblaciones de indios fugitivos.
Mas hechas dos jornadas, le presentan
Los batidores unos indios presos,
Que decian venir de Zempoala,
En busca del caudillo del oriente,
A quien les embiaba su Cacique,
Para implorar su auxilio, y patrocinio,
Contra las vejaciones que sufria
Del gobierno de Megico. No tarda
A ver Hernan Cortès verificada
La primera embajada del Cacique,
Con otros nobles indios, mui galanes,
Que en su nombre salian a ofrecerle
Su palacio, y servicios. Abre el pecho
Cortès al alborozo, que le infunde
Aquel caso propicio, pues teniendo
Ganada la amistad, y confianza
De aquellos pueblos contra Motezuma,

Podia formar de ellos auxiliares,
Que le facilitasen la conquista
De aquel tan vasto, y tan precioso imperio.
De tales esperanzas alentado
Hallandose en un sitio mui ameno,
En donde descansaban sus soldados,
Antes de entrar en Zempoala, dice;
No creo se halle alguno entre nosotros
Que al verse ya llegado en este suelo,
Obgeto antes incierto, e imaginario
Para con muchos, dege por lo mismo
De hechar de ver la omnipotente mano,
Que en sus altos designios nos conduce.
I aunque parecer puedan milagrosos
Los accidentes, de que se ha servido
Para llegar al fin, que ya tocamos,
Fuera bien temeraria la esperanza
De otros nuevos prodigios, que nos abran
Sin riesgos, y trabajos el camino
De una empresa tan ardua, que requiere
Paciencia, y sufrimiento con esfuerzo,
Virtudes peculiares del soldado.
Solo podemos merecer con ellas,
El favor, y prodigios delos Cielos.
Ayuda solo Dios a quien se ayuda.
Por èl por nuestro Rei, por nuestra patria,

Las vidas exponemos a mil riesgos,
I trabajos sinfin. Merecimiento
Tienen para con Dios nuestras fatigas,
I nuestro sufrimiento, que a las veces
No es menos necesario, que las armas.
Para tan graude empresa somos pocos,
Lo confieso. Mas sè tambien lo mucho,
Que puedo prometerme de vosotros;
Mas si falta la union entre nosotros
La subordenacion, y la obediencia,
I la conformidad en los trabajos,
Vamos a perecer. Mas al contrario
Con ellas me prometo la conquista,
Que vamos a emprender, en nombre, y gloria,
De Dios, de nuestro Rei, y tambien vuestra.
Amonestados de este lisongero
Discurso los soldados, y los gefes,
Entran en Zempoala, donde sale
El Cacique oficioso a recibirles
Llevado en ricas andas de unos indios;
Era su corpulencia monstruosa,
Ridicula, y risible su figura,
Sin asomo de cuello, la cabeza
Sumida, entre los ombros parecia.
Le alindaba la boca con el pecho,
En que sus gruesos labios se apoyaban.

Semejante su rostro al de un silvano,
Puesto por cariatide de puerta.
Mas quan extravagante se mostraba
A los ojos de todos su figura,
Era otro tanto lepido, y discreto
En su discurso, y de animo sincero,
Con que manifestaba su ogeriza
Contra las tiranias, y extorsiones
De los recaudadores, y ministros
De Motezuma, que a exigir venian,
Las doncellas, y victimas humanas
Para los sacrificios a los Dioses.
I como el fin de su amistad, y esmeros,
En cortejar los Españoles, era
Grangearse su ayuda, y alianza
Para hechar para siempre el cruel yugo
Del poder megicano, esto suplica
El Cacique a Cortès, mui confiado
En su amparo. Cortès se lo promete,
I no tarda a cumplirlo; pues pasados
Algunos dias, en que disfrutaba
Cortès los agazajos del Cacique,
Llegan a Zempoala seis ministros
De Motezuma, que al Cacique intiman
Comparecer en su presencia. Corre
El Cacique afanado, y desvalido,

A implorar el favor, y patrocinio
De Cortès, que sosiega sus temores,
I le exorta a que vaya a ver sin miedo,
Lo que aquellos ministros pretendian.
Estos con aspereza le reprenden
Por haver recibido en Zempoala
Los españoles; por lo que le imponen
Una gravosa multa, y el tributo
De veinte indios para sus sacrificios.
Buelve el Cacique medio muerto, a verse
Con Cortès, y le cuenta su congoja
Por la cruel intimacion. En tono
De superioridad Cortès le ordena,
Vaya luego a prender los seis ministros
I no tema, quedando a cuenta suya
Su defensa, y amparo. Aunque temblando
Lo egecuta el Cacique, confiado
En Cortès, que se vè comprometido
Con aquel orden dado, que podia
Irritar Motezuma, y ser motivo
Para que vendicase con las armas
Aquel insulto, y grave desacato.
Mas la viveza y superior talento
De Hernan Cortès le saca de embarazo,
I el motivo de queja lo transforma
En conducta apreciable a Motezuma;

Como quien por el arte adotrinado
El venemo en antitodo convierte.
A este fin por la noche, quando el sueñ
Se havia apoderado del Cacique,
A Sandoval encarga, vaya luego
A sacar dela carcel dos ministros
De los seis, que se hallaban arrestados
I se los traiga a su presencia. Cumple
Sandoval con su encargo, y ya traidos
Les dice asi con muestras de disgusto;
No pudiendo sufrir la violencia,
Que egecutò en vosotros el Cacique,
He querido sacaros dela carcèl,
I daros libertad, para embiaros
A vuestro Emperador, para que tenga
Prenda en ello segura del deseo
De establecer con èl perpetuas paces.
Lo mismo harè con vuestros compañeros,
Luego que la ocasion se me presente.
Tras esto les regala, y les despide.
Mas apenas el dia amanecido
Descubre la evasion delos ministros,
Fuera de si el Cacique, que ignoraba
Haver sido Cortès, el que sacado
Haviales dela prision, acude
A contarlo a Cortès mui afanado.

Cortès muestra sentirlo , y toma de ello
Motivo para hacer sacar los otros ,
Con el pretexto de querer tenerles
Mas bien guardados en sus propias naves
En Quiabislan ; mas luego les embia
Desde alli a Montezuma . Divulgada
Entretando por los vicinos pueblos
La proteccion del gefe del Oriente ,
Al Cacique , señor de Zempoala ,
A ella acuden diversos embiados
De otros Caciques , que a Cortès pedian
Una igual alianza . Los recibe
Cortès con alborozo , por las creces
Que tomàran sus fuerzas , con aquellas
De los otros Caciques aliados ,
Especialmente con los Totonaques,
I Chichimeques , pueblos aguerridos ,
Que poblaban las sierras mas vecinas.
Se apresura Cortes a concederles
La paz , y la alianza que pedian
Oyendo que embiaba Motezuma
Un numereso cuerpo de soldados
A ocupar Zapalzingo , y Zempoala ,
No duda entonces de manifestarse
En favor de sus nuevos aliados
Hernan Cortès , y recibiendo de ellos

Suficientes refuerzos se encamina
Con ellos a oponerse a los intentos
De Motezuma. Mas estando cerca
De Zinpalzingo, salen a su encuentro
Algunos Sacerdotes de aquel pueblo.
Cubrian sus espaldas mantas negras,
I sus cabezas negros caperuchos,
Llevando toda via ensangrentadas
Las manos de recientes sacrificios,
Que causaban horror, y con sumisos
Ademanes, postrados asta el suelo,
De Cortes imploraban la clemencia;
Diciendole uno de ellos sollozando;
No te somos, ni fuimos enemigos,
Por haver admitido en nuestro pueblo
Las tropas megicanas; no pudimos
Jmpedirlo. Mas luego que supieron
Tu venida se dieron a la fuga,
Ni queda ya enemigo en Zimpalcingo,
A quien acometer; mas solo amigos,
Que te quieren servir, y venerarte.
Aplacado Cortès de tales ruegos,
Resuelve entrar de paz. Pero los indios
Zempoales, durante la plegaria
Entraron en el pueblo, y se cebaban
En el pillage, al tiempo, que llegado

Cortès, les sorprende en el saqueo,
Enojase con ellos, y les manda
Restituir los robos a sus dueños,
Con lo que se grangea el entusiasmo
Del pueblo, que lo aclama a voz en grito
Por su libertador. Con esta nueva
Adquisicion de afecto de aquel pueblo,
Cortès se restituje a Zempoaba,
Para bolver a Vera Cruz. Dispuesto
Tenian un solemne sacrificio
Los Sacerdotes, en el mismo dia
En que Cortès entraba en Zampoala;
J viendo ya dispuestas en la plaza,
Ante el templo, las victimas humanas
Atadas como reses, se le exalta
El zelo, y fantasia de manera,
Que le parece ver sobre una nube
A la Fè, qual la pintan en figura
De doncella, que con la gruz en mano,
Ceñida de esplendor, le señalaba
Las victimas, y el templo con el dedo,
Como si le exortase a destruirlo.
Transportado Cortès de aguella vista
Como si fuese verdadera, buelto
A sus soldados sela muestra, y dice
Con rosstro, y voz de caldeado hierro;

No veis la Fè, que se nos aparece,
I a lo que nos iucita en su silencio
Mas eloquente que la voz, a vista
De esas humanas victimas, y ritus?
Quien hai entre nosotros Españoles.
Que de prodigio tal se desentienda?
No; no, amigos, venguemos la natura
De tal atrocidad, y destruyamos
Tal abominacion. Corre, esto dicho
Seguido de los suyos, y con ellos
Desatando los victimas, al templo
Sube tambien con ellos, y destruye
Los idolos, que arroja hechos pedazos
Por la escalera abajo, entre los gritos
Delos desesperados Saeerdotes,
I del llanto del pueblo, que gemia
Temiendo la venganza de sus Dioses.
La libertad recobran con la vida
Las infelices victimas, que alegres
Por su liberacion, manifestaban
Su alborozo a Cortès, con que formaban
Un vistoso contraste, con las voces
Dè aquellos Sacerdotes, que imploraban
De su Dios la venganza; Pero viendo
Que sus efigies, rotas por el suelo
No bullian; se cansan, y se ausentan.

Asi solemos ver en el gran auge
De su favor, y excelso valimiento,
A un ministro de todos venerado,
E incensado del pueblo; pero luego
Que le ven derribado de la cumbre
De su excelsa grandeza, le desprecian,
Ni se acuerdan mas de èl en su caida.
Asi los Zempoales tardan poco
A despreciar sus idolos caidos.
Lo que sucede en las umanas cosas
Ese mismo acontece en las divinas.
Mudan asi de Religion los hombres,
Si hallan quien les induzca a mudar de ella.
Esta fue la resulta no esperada
De aquel arrojo de Cortès, que alegre
Bueve a la Vera Cruz, donde dispuso
Su propicia fortuna recibiese
Nuevo soccorro de armas, y de gente,
En una nave aventurera, a cargo
Del Capitan Martin, con diez soldados
Con un caballo, y una yegua, obgetos
Dispreciables sin duda a los Arhivos
En el sitio de Troya, y a su gefe
El grande Agamemnon, pero precioso
Para un conquistador de vasto imperio,
I de tantas naciones. Mas al tiempo,

Que recibe Cortès este renfuerzo
Para tan grande empresa , corre riesgo
De verla malograda , en otra nueva
Conjuracion delos soldados mismos ,
Tentando abandonarle muchos de ellos
Para bolver a Cuba. Cortès viendo ,
Que la necesidad era la sola ,
Que predomina al carazon del hombre ,
I a que este se somete sin recurso ,
Cortar resuelve de raiz los medios
De otras conjuraciones , entregando
Les naves a las llamas. Animado
De tal resolucion se la confia
A sus mas confidentes capitanes ,
I aprovada por ellos , con los mismos
Al puerto se encamina. Alli a la vista
De las naves , mostrandolas a dedo ,
Asi les dice ; Amigos , esos buques ,
Que nos abrieron la gloriosa senda
A este remoto suelo , en que la suerte
Nos ofrecia una cosecha ilustre
De laureles , y premios lisongeros ,
Que promete a los fuertes la victoria ,
Iban a ser los viles istrumentos
De una covarde desercion , que el fruto
Usurparnos tentaba de la gloria ,

Que nos promete una atrevida impresa,
Que admiraran los siglos venideros.
Las solas esperanzas de salvarse
Fomentan la vileza en los covardes
El que se vè por ellas, precisado
Embarte o muere como fuerte. Jnfunde
Dennedo, y valentia la forzosa
Necesidad de defenderse. No huye
El que morir no teme, y el que falto
Se halla de senda para huir. Movido
De esta verdad, he meditado, amigos,
Dar al traves con todas esas naves,
I cortarnos con ellas para siempre
El camino de buelta, y de refugio.
Mas nos queda el namino de la gloria
Que huella el esforzado. Si con migo
Quereis que ella os coroue, vamos todos
A ofrecerla el osado sacrificio
De esos cascados buques, y degemos
Que el tiempo lo publique entre los hechos
Mas estraños, e ilustres dela historia,
Sin decir mas, arrastra con la fuerza
De su egemplo, tras si, los capitanes,
Que le segian con la espada en mano,
I obligan a los tristes marineros
A barrenar los buques despojados

De todos sus arreos. Se apoderan
De ellos las olas, y desaparecen
Los que con mejor causa, y con motivo
Mas ilustre, deviera el Dios Neptuno
Transformar en Deidades delos mares,
Como transformò Jove las de Eneas,
A instancias de la diosa Berecintia,
Por haver sido troncos en el Yda.

Canto 5.º

Duraba toda via en los soldados
De Cortès el asombro entristecido
Con que oprimia sus pasmados pechos
La desesperacion, viendo perdidas
Las naves, en que todos confiaban
Tener en caso de un azar de guerra,
Un seguro refugio; mas sin ellas
Devian quedar todos sin amparo,
En aquel nuevo mundo, y sin lisonja
De salir de un abismo, en cuyo seno,
Quedar les parecia sepultados;
Quando ven dirigirse acia la playa,
En distancia del puerto, a que mostraba
Temer llegar, un grueso bastimento.
Cortès recela de èl, y de contado

Embia seis soldados, con el orden
De esconderse tras unos montezuelos,
Formados dela arena, mui frequentes
En aquel litoral, y que si alguno
Pusiese el pie en la playa, lo apresasen,
No tardan a ver ellos acercarse
A la playa una lancha con siete hombres,
Que desembarcan. De ellos se apoderan
Los soldados, y llevanlos atados
A Cortès, que ponerles manda luego
En libertad, con pacto, que quisiesen
Asoldarse a su empresa. Ellos lo admiten,
I con aquel renfuerzo de contado,
Y el de los aliados Zempoales,
Totonaques, y fuertes Chichimeques
Concibe la atrevida, y alta idea
De encaminarse a Megico. Formaban
Su gran hueste quinientos españoles,
I quince de acaballo, con diez piezas
De artilleria. Eran diez mil los indios
Aliados, que puso en la vanguardia.
Pasadas ya las fertiles llanuras
Que les abastecian de sustento,
Vienen a dar en la extendida espalda
Del alto Zocotan, que entre las nubes
Sus cumbres escondia, y les cruzaba

El paso acia las tierras megicanas.
Nada arredra al aliento imperturbable
Del intrepido gefe; y nada cansa
La admirable constancia, y sufrimiento
Delos confederados, que al principio
Dela subida, contrastar devian
Con la sola aspereza dela Sierra,
En que abrirse devian los caminos.
Mas al paso, que todos superaban
La elevacion del escarpado monte,
Crecian los obstaculos, y penas
Contra los que empleaban pies, y manos,
Para abrirse las sendas entre breñas,
I contrastar con los furiosos vientos,
Que parecian defender la cumbre,
Ora con iracundos torbellinos,
Que arrebataban armas, y bagages,
Con los que los llevaban, y en el fondo
De aquellos insondables precibicios
Les daban sepultura; y ora armados
De ampos de dura nieve, los vibraban
Contra les rostros, y ojos dela gente
Que no podia defenderse de ellos,
Ni adelantar camino. A los trabajos
I angustias delos dias ya caídos,
El horror sucedia delas noches

Que les robaba el sueño, y el descanso,
Sin refugio, ni ahrigo; y sin dejarles
Descansar un momento en sus sudores,
Las heladas ventiscas; mas dejaban
De frio aterecidos muchos de ellos;
Forzados a evitar la cruel muerte,
En los rabiosos brazos del cansancio,
I del continuado movimiento.
Pero que no supera la fatiga
I el esfuerzo del hombre en sus trabajos,
A que suele exponerle, y de èl exige
La atroz necesidad? No de otra suerte
Venciò Anibal las cumbres delos Alpes,
I sobre ellas llevò sus elefantes
Para ocupar la Italia, y someterla
Al poder de Cartago; mas le estaba
Esta gloria vedada del Destino,
Sin el qual, dio al travès con las victorias
De Canas, y del lago Trasimeno,
Al pie del Capitolio. Mas tenia
Aquel mismo Destino reservada
A Cortès la conquista del imperio,
A que se encaminaba, y que no solo
A sus pasos quitaba los estorvos
Que cruzarle podian sus intentos
Mas embiò al espiritu indolente

Dela irresolucion, y el de Desidia
Para que apoderandose del alma
De Motezuma, no le permitiesen
Oponerse del todo a sus designios.
Jnsinuanse aquellos en el alma
De aquel emperador, y la sugetan
A cierta timidez, que acovardada
Le tiene, y encogida del respeto
Que exige de ella el nombre, y llegada
De Hernan Cortès, borrandole la idea
De su poder, y fuerzas de su imperio.
Asi dejò de defender la cumbre
Dal elevado Zocotan, que en vano
Cortès tentàra superar, ni Xerges
Con su egercito inmenso, si al egemplo
De Sparta en las Termopilas, de pocos
La huviera dado en guarda Motezuma;
Mas hallandola libre, apoderarse
Pudo de ella Cortès, y dar descanso
A todos sus soldados, rebentados
De fatiga, y trabajos. Mas apenas
Recobraron sus fuerzas, y su aliento,
Bajaron libremente a la llanura
Donde se hallaba la ciudad, que el nombre
Tomò de Zocotan del mismo monte,
A cuyos pies se levantaba, Prueva

Hernan Cortès en ella los efectos
Dela irresolucion de Motezuma,
El que en vez de oponer tedas sus fuerzas,
A las de Hernan Cortes para impedirle
La llegada asta Megico, y la buelta
A Vera Cruz, espera conseguirlo
Por traicion, urdida de antemano,
I confiada al Cacique dela tierra,
Para que con regalos, y agazajos
Jndugese a Cortès a que tomase
Para llegar a Megico, el camino
De Cholula. Tenia alli dispuestos
Diez mil hombres sobre un derrumbadero
En celada de un bosque, desde donde
Podia destruir enteramente
Las Tropas de Cortès. Mas avisado
Cortès a tiempo, por sns aliados
De aquella traicion, la disimula
Mostrando agradecer las atenciones
Del perfido Cacique, y sus instancias;
I tomò con su egercito el camino
De la libre Tlascala. Tanto importa
Saber aprovecharse de sus fuerzas
Y medios de defensa, quando el tiempo
Lo exige, y el lugar. Era Tlascala
Una fuerte Republica, enemiga

De Motezuma, y nombre megicano,
Casi en el centro ingerta, y circundada
De aquel temible imperio, sin saberse
Quin fue su institutor, que ciertamente
Jgnoraba las leyes, y estatutos
De Atena, y de Sparta. Del concurso
Delas combinaciones de accidentes,
Formanse entre los hombres los gobiernos
Jndependientes de artes, y de ciencias.
Como quiera Cortès lisongeado
De conseguir su intento en la conquista
Del imperio del Megico, si unian
Sus armas los valientes Tlascaltecas
A las suyas, pedirles determina
La paz, y la alianza, y libre paso
Por sus dominios. Valese a este obgeto
De quatro principales Zempoales,
Que con el trage, e insignias de costumb
De embajadores, llegan a Tlascala.
Una especie de manta con capucho
Atada por los cabos sobre al pecho,
Cubriales la espalda, y en la mano
Llevaban una flecha con las plumas
Blancas en el remate, y en la izquierda
Un escudo de concha. En esta forma
Que remedaba en parte las costumbres

Delos feciales lacios, se presentan
Al senado y al pueblo de Tlascala,
Que los recibe en su grandiosa Curia,
Llevando en alto el cuento dela flecha,
Despues de haver cubierto sus cabezas
Con las capillas delas mismas mantas;
I puestos de rodillas en el medio
Dela Curia, esperaban el permiso
Para dar su embajada, y obtenido
Dice asi Cazalzingo, el mas anciano.
Valientes Tlascaltecas, los amigos
De vuestra libertad, los Zempoales,
Os dan salud, y un abundante aguero,
De fertiles cosechas, y matanza
De vuestros enemigos, y os dan parte,
Como unos hombres casi semidioses,
Que vienen delas playas del oriente,
Sobre grandes palacios de madera,
Armados del relampago, y del trueno,
Cuyo Caudillo nos librò del yugo
De Motezuma, os piden por mi lengua
La paz, y la alianza, y libre paso
Para llegar a Megico. Os prometen
Respetar vuestras tierras, como amigos,
Esto dicho, se sienta de rodillas
Como lo estaba mas sobre sus talones,

I espera la respuesta del Senado,
En aquella postura. Se le dice
Que podian partir, mientras rumiaba
La respuesta el Senado. En este oidos
Los votos, se eucontraron mui diversos.
Los unos quieren, que seles otorgue
La paz, y la alianza, quieren otros
Que se les niegue el paso por Tlascala,
Teniendo el de Cholula, sin tenerles
Ni como amigos, ni como enemigos.
Votan otros la guerra, y la ruina
Total de aquella gente, declarada
Enemiga del culto de sus Dioses.
En discordancia tal de pareceres,
Magiscatzin, el mas anciano entre ellos,
Alza la voz, y dice; Tlascaltecas,
Antes de resolver sobre un asumto
De no leve importancia, examinarlo
Devemos por sus visos diferentes;
I el primero de todos, que a las canas
De mi frente se ofrece, ès la funesta,
I antigua tradicion de nuestros padres,
Que llegaria un tiempo, en que una gente
Venida de otras tierras mui remotas,
Conducida en las alas delos vientos,
I armada de relampagos, y truenos,

Como los Dioses, sugetar devia
A su imperio estas tierras, y regiones.
Si esto suceder deve, como deve
Suceder, si los Dioses han resuelto
Esta fatal catastrofe, no veo
Porque razon contribuir queramos
Nosotros mismos, a que se accelere
Esta Epoca fatal, si declaramos
A hombres tales la guerra, rehusando
La alianza, la paz, y el libre paso,
Que os piden con oficio tan atento.
Se ofende el que recibe una repulsa,
I rechaza la guerra, con la guerra,
Aquel a quien sele declara. Fuera
Yo por cierto el primero, a prevenirla,
Armando a este mi brazo, bien que debil
Si esos advenedizos intentasen
Entrar de guerra en nuestro territorio.
Mas si vienen de paz, y si esta os piden,
Porque razon negarsela, y tratarles
Como enemigos, antes dela ofensa?
Tanto os pesa la paz, que sin motivo
Querais hacer ensayo de sus armas
Resplandecientes, y de aquellos truenos
Que desde lejos matan? Que seria
De nosotros, si las unieran ellos

A las de Motezuma en daño nuestro?
Entonces si que con razon temiera
En mis caducos años, ver cumplido
El funesto pronostico, y las voces
De nuestra destruccion. Por vuestra vida
No lo querais, valientes Tlascaltecas,
O esperad, a lo menos, que yo cierre
Mis ojos para siempre, antes que llegue
A nuestra patria esta epoca funesta!
Comoviò a todos el razonamiento
Del buen Magiscatzin, y les tenia
Dispuestos a otorgar el libre paso.
Pero Xicotencal, mozo arrogante,
I general entonces delas tropas,
I fuerzas de Tlascala, con semblante
Intrepido, animado de jactancia
De su valor, y cargo, asi responde;
Magiscatzin, respeto, como devo
El parecer dela vegez, que inclina
A evitar los peligros; mas no deve
La vegez ofenderse del derecho
Que la mocedad jacta de oponerse
A lo que a la razon talvez se opone.
Por lo que permitidme, que la mia
Os haga ver a todos, que devemos
No solo proibir a esos estraños

El paso por Tlascala, y sus comarcas,
Mas tambien a tratarles con las armas,
Como a enemigos declarados nuestros,
Declarandose tales ellos mismos
De nuestros Dioses, sin embozo alguno.
Antes bien jactan sin algun reparo,
Que llevan con sns armas tronadoras
El fin de destruir nuestras costumbres,
Nuestros templos, y ritus. I hombres tales
Tienen la vilantez, y la impudencia
De requirirnos de amistad? Con ella,
Y con su manto en Zempoala entraron.
Les recibiò el Cacique con regalos.
I sin embargo ven los Zempoales
Sus dioses, y sus templos destruidos,
I en vez de sus efigies, en sus nichos
Colocaron sus Dioses estrangeros.
I si los Zempoales lo sufrieron,
I lo sufren en paz, lo sufriremos
Tambien nosotros? Lo querreis vos mismo
Sufrir, Magiscatzin? Os doi de valde
La antigua tradicion de nuestros padres,
I dela destruccion pronosticada.
Mas acaso devemos por lo mismo
Dejarnos degollar de proprio grado,
A los pies de esos dioses del oriente?

Nos exortais tambien, como prudente
A no irritar sus armas, y venganza,
Para no apresurar nuestra ruina.
Sea asi: mas por eso dejaremos
Tarde o presto de verla egecutada,
I de ver nuestros Dioses destruidos?
Es amigo mejor el que te mata
Con capa de amistad, que el que se muestra
Declarado enenigo? Asi mi voto
Sera siempre contrario, al que se opone
El derecho, que tiene nuestra patria,
Que exigen nuestros Dioses, de valernos
Dela defensa natural, a costa
De nuestra sangre, y vidas. Si devemos
Morir aniquilados por agueros
De antiguas tradiciones, a lo menos
Muramos como fuertes ciudadanos,
I dignos del valor, y dela gloria,
Que tantas vaces coronò las sienes
De nuestra libertad; no como viles,
I avasallados por agenas manos.
Prevalecio en los animos de todos
La fuerza del discurse del valiente
Xicotencal; pero determinaron
No declarar la guerra, ni tampoco
Negar el paso, sino tomar tiempo

Para ponerse en armas, y en defensa
Sin dar contextacion a la embajada.
Esperaba Cortès en Xacacingo
A sus embajadores, donde estuvo
Detenido algun tiempo; pero viendo
No llegaban jamas, no sin recelo
De siniestra intencion de aquellos fieros
Republicanos, quiere con acuerdo
Delos suyos, y el de sus aliados
Acercarse a Tlascala, a dar impulso
A su atenta demanda, caminando
Con todas las devidas precauciones,
I llega a los confines; que ofrecian
Una entrada entre montes tortuosa
La que hallandose libre, y sin defensa,
Cortès penetra en ella sin estorvo.
No tarda a descubrir un grueso cuerpo
De soldados, que al ver los batidores
Españoles, les buelven las espaldas,
I se acogen de un otro mayor cuerpo
De los suyos, que al ver se encaminaba
El español egercito contra ellos,
Se retiran con muestras de atraerle
A otro campo mayor, que contenia
Todo su entero egercito. No tarda
Cortès a descubrirlo en un gran llano.

Que al visual cotejo parecia
Ser por tres veces superior al suyo.
I queda sorprendido, de que huviesen
Podido unir los fieros Tlascaltecas
Tan grandes fuerzas en tan breve tiempo,
No estando antes en guerra. El sol ceñido,
De celages mui vivos en su ocaso,
Retardar parecia dar la buelta
Acia el antiguo mundo, deseoso
De ver lo que en el nuevo sucedia
En el lance dudoso, aunque temible
Dela batalla, que los Tlascaltecas
Provocar parecian. Mas la noche
Puso tregua al cuidado, en que tenian
A Hernan Cortès las fuerzas superiores
Del enemigo, y su valor, y apenas
El dia amanecido se lo muestra
En orden de batalla, toda via,
Como en el dia antecedente, cree
Verse por el acometido, y pone
Tambien el suyo en orden; pero viendo
Al enemigo quieto, sin moverse,
Resuelve acometerle, y adelanta
A este fin la vanguardia. No la esperan
Los Tlascaltecas, mas se ponen todos
En fuga al parecer arrebatada.

Alzando grita al cielo. Era su gefe
Xicotencal, que con astuto intento
Hizo sonar la retirada a tiempo,
Para atraer al enemigo a un sitio,
Mui oportuno para circundarle
I oprimirle con fuerzas superiores.
I huviera renovado alli el egemplo
Xicotencal delas Caudinas Furcas,
Si el Destino propicio, y el talento
Superior de Cortès, no le eximieran
De aquel terrible lance. Asegurado
Xicotencal de aquel estratagema,
Luego que vio al egercito enemigo
Metido en aquel sitio, le hace frente,
I le presenta la batalla. Dase
La señal de embestir por ambas partes
I se cierra el combate con fiereza
Quando Cortès advierte a sus espaldas,
Otro numero igual de Tlascaltecas,
Que por ellas cortarle pretendian
L retirada. No halla en aquel lance
Cortès otro expediente mas seguro,
Que el formar un quadrado de sus tropas
En cuyo centro encierra los caballos,
I bagages, y opone quatro frentes
Al enemigo, que por todas partes

Le acomete, sufriendo en todas ellas
Los Tlascaltecas perdida sensible,
Exponiendo sus pechos enconados,
Sin temor de morir, al incesante
Terrible fuego dela artilleria,
I arcabuces, que hacian riza en ellos.
Xicotencal volaba entre los suyos
Sosteniendo el combate con sus voces,
I con su egemplo, prometiendo a todos
La victoria. Con no menor esfuerzo
Los ficles aliados, y Españoles
Se defendian desde el fuerte alcazar
Formado de sus pechos animosos,
Sin poder rechazar, los Tlascaltecas,
Que como fieras se precipitaban
A morir a sus pies, con tal denuedo,
Que entorno del quadrado, ya formaban
Sus cadaveres otro igual quadrado,
Semejante a un vallado, desde donde
Combatian sobre los mismos cuerpos
Delos muertos, los que les sucedian,
Para herir con sus lanzas, y sus chuzos
A los que los herian, y mataban,
Presentando estos todos en sus petos,
I rodelas, quatro erizadas frentes
De dardos enclavados. Sostenia

Cortès con su presencia, y con su egemplo
Aquel fiero conflicto, en el que apenas
Bastaba ya el esfuerzo, y valentia
Para vencer. Faltabanles a todos
A fuerza de matar, las proprias fuerzas,
Para evitar la muerte, y las heridas
Que recibian, y que a cada instante
Acrecentaban mas su desaliento,
Mientras disminuian sus lisonjas
De poderse salvar por medio humano,
I de evitar la destruccion funesta,
Que les amenazaban con sus gritos
Con sus armas, y pechos enconados
Los fieros Tlascaltecas, sostenidos
Dela ufana esperanza, y del denuedo,
Con que Xicotencal, iba en las alas
De su alborozo, prometiendo a todos
La segura Victoria. Mas por poco
Permiteme descanse, aqui a la sombra,
Del verde Pindo, o Cliò y que suspenda
El concento guerrero. Falta aliento
Al animo apremiado dela vista
Del riesgo formidable, que le ofrece
El caudillo Español, y sus soldados,
Oprimidos del numero, y fiereza
De tantos enemigos, resolutos

A morir, o a vencer, para espresarlo,
Sin teñir antes el sediento labio
En estas claras aguas de Aganipe.

Canto 6.°

Desesperaba ya dela victoria,
Cortès, ni prometersela podia,
En la situacion, en que se hallaba,
Circundado de tantos enemigos,
Sin que les contuviera la matanza,
Que les causaba el formidable fuego
Dela mosqueteria; quando advierte
Venir acia èl un aguila, que llama
Su atencion, con solicitos graznidos.
I viendola torcer, ya cerca, el buelo
Acià la parte derecha, con los ojos
La sigue; y viendo que plegaba el buelo
De sus alas sobre un collado iniesto,
No distante del sitio del combate,
Lo toma alborozado por aguero
De su Destino, que le sugeria
Ganar aquella loma, a cuyo abrigo
Pudiera sostener con mayor huelga
Un combate tan fiero, y obstinado.
Comunica esta idea, a sus cansados,

Y ya desalentados capitanes,
I aprovada por ellos, pone en orden
En esquadron cerrado sus caballos,
I por la frente, en que los pelotones
Enemigos mostrabanse mas claros,
Con ellos acomete a rienda suelta,
Como rio salido de su cauce,
Que postra las cosechas, y arrebata
Ganados, y pastores, asi atierra
Los esquadrones delos Tlascaltecas,
I abre el paso a su egercito sobre ellos,
Y accelera su marcha acia el collado.
Un accidente al parecer adverso,
Hacesele propicio, y le da tiempo
De ocupar aquel cerro siu estorvo,
I salvar a su egercito: pues mientras
Salian los caballos del quadrado,
El soldado Moron, arrebatado
Dela yegua briosa, que montaba,
A dar vino en las manos enemigas.
Delas que se defiende con esfuerzo,
I valor increible, asta que muerta
La yegua, y en el suelo èl derribado,
Probado huviera ignal funesta suerte,
Si el entusiasmo de cogerle vivo
Para sacrificarle a sus deidades,

No le diera arto tiempo de defensa,
I paraque Cortès le socorriera
Embiandole Lugo y a Verdugo,
Con Escalante, y Pedro de Alvarado
Sostenidos de fuertes Totonaques;
Que a tiempo llegan de poner en salvo
Al valiente Moron, que toda via
Combatia, bienque desfigurado
Delas muchas heridas recibidas,
I a Cortès le conducen. Entretanto
Viendo Xicotencal encaminarse
Acia èl collado la Europea hueste
Fuera de si, y rabioso daba gritos
Para que fuesen todos en su alcance
Siendo el mismo el primero, que a la frente
Del esquadron de nobles Tlascaltecas
Que le servia de falange, fuese
En su alcanze corriendo. Mas encuentra
El cuerpo delos suyos, que llevaba
Sobre una pica en triumfo la cabeza
Dela yegua. No fue tan grande el gozo
De Hernan Cortès al ver a Moron libre,
Quanto el que manifiesta en su jactancia
Xicotencal al ver la testuz fiera
De aquel monstruo de oriente; pues por tales
Tenian los caballos; y el deseo

De contemplar sus ojos, y sus dientes,
Le para, y le detiene, sin cuidarse
De Cortès fugitivo, atrincherado
En el collado; y como si obtenido
Huviese la victoria, solo atiende
A llevar a Tlascala la cabeza
Dela yegua, y alli ostentarla en triumfo.
Retira asi a este fin todas sus tropas
Del campo de batalla, que abandona
A Hernan Cortès, que a respirar comienza,
Sin la satisfaccion de atribuirse
En aquella batalla la victoria;
Arto contento, y satisfeche el mismo
De poder conducir sin otro estorvo,
Antes dela llegada dela noche,
Su egercito del todo rebentado,
A un pueblo no distante, en que la suerte
Le deparò no pocos bastimentos,
Que abandonaronle sus moradores
Fugitivos, temiendo su llegada,
I aquartelò su egercito en las casas,
Donde le dio descanso. Mas apenas
Ponia en fuga la brillante aurora
Las espesas tinieblas dela noche,
Sin que se oyese entorno voz alguna,
Ni ruido, que diese algun indicio

De gente, ni de egercito enemigo,
Solicito Cortès delos designios
Del fiero gefe delos Tlascaltecas,
Teme verse de nuevo acometido:
Mas viendo andar el dia, sin asomo
De hostilidad alguna, determina
Dejar en el quartel gente bastante
Para que le guardase las espaldas,
I con la mayor parte de su tropa
Sale a dar saco a los vecinos pueblos,
Para dar mayor credito a sus armas,
Sin que Xicotencal jactar pudiese
Haverlas abatido en la batalla.
I a fin de hacerle ver, que preferia
A la guerra la paz, quiso embiarle
Dos nobles Tlascaltecas prisioneros,
Para que renovasen en su nombre
La peticion de paz hecha al Senado.
Esperaba Cortès con tal obsequio
Templar la pertinacia de aquel joven
General enemigo. Pero lejos
De atender a su instancia generosa,
Recibe aquel mensage, como ofensa,
I en los dos prisioneros desahoga
Su indignacion, cortandoles los rostros
I a emhiarselos buelve, ensangrentados

Como estaban, para que Cortès viera
Gravada en sus megillas la respuesta.
La esperaba Cortès mui diferente,
No tan atroz jamas, qual se la muestran
Aquellos prisioneros en sus rostros
Chorrando sangre toda via, y tristes,
Esta ès, le dicen, general humano,
La respuesta cruel, que quiso daros
Xicotencal, gravada en nuestros rostros.
Lo mismo dice, quiere obrar con tigo,
Teniendote en sus manos; esto espera,
De esto mismo se jacta, y le dejamos
Pronto para bolver a la batalla.
I para animar mas a los soldados,
Obtuvo del Senado el estandarte,
Que reservado tienen en el templo,
Para las guerras de mayor empeño.
Cortès horrorizado dela vista
De los dos prisioneros, les apiada;
E informado por ellos, no sin gozo,
Qne no eran Tlascaltecas, mas Omies,
Confederados suyos, sacar tienta
Ventajoso partido del ultrage
Por ellos padecido, y con tal mira
Los dice asi con rostro compasivo.
Quien pudiera dejar de comoversa,

I de sentir todo el horror, y duelo,
Que aviva en mi tan fiero desacato?
Èl clama por venganza, y me la pide,
A mi en particular, en quien recae
La mayor parte del cruel agravio;
Pero podeis contribuir vosotros
A tomarla tambien, y mas segura.
Como lo vais a oir. No hai duda alguna
Que si los otros compañeros vuestros,
I amigos los Omies, que militan
Bajo Xicotencal, a saber llegan
El cruel desacato cometido
Por èl en vuestros rostros, no se indignen,
I no quieran tomar justa venganza
Dela violacion de su alianza,
Vilipendiada por aquel. Entonces,
Puesto que con èl vienen al combate,
Como aliados suyos, que ahun ignoran
Vuestra cruel ofensa, apenas vean
Travada la batalla, aconsejadles
A unir luego sus fuerzas con las mias;
Os sostendrè con ellas, y desde ahora
Mi alianza os prometo, y mi defensa.
No hai tiempo que perder. Sobre la marcha,
Sin que Xicotencal llegue a saberlo,
Cubiertos delas sombras dela noche,

Id a mostrar a vuestros compañeros
El horrible atentado cometido
Por aquel feroz gefe, y proponedles
La venganza, que os tengo sugerida.
Aprueban los Omìes, y agradecen
A Cortès su consejo, y su defensa
Prometida, y cubiertos delas sombras
De la noche, encaminanse acia el sitio,
Donde estaban los suyos alojados.
Alli al verles llegar ensangrentados,
Desean saber todos el motivo.
Ellos selo refieren, a que añaden
La alianza, y defensa prometida
Por el gefe de Oriente, si sus armas
Unir quisiesen a las suyas. Corren
Por las venas de todos los Omies
La indignacion, la rabia, y el despecho
Contra Xicotencal, al oir esto,
I abrazan el partido, y la venganza,
Que les sugiere Hernan Contès. Ageno
Xicotencal de que tener pudiese
Su proceder atroz con los Omies,
Resultas tan fatales para el mismo,
Encamina su egercito de nuevo,
Contra Cortès; el que advertido a tiempo
Por los Omies delas intenciones

Del enemigo gefe, escoge un sitio
Mui ventajoso, a espaldas de alto cerro,
En donde se aquartela, defendido
Entorno de un vallado, que suplia
De alto muro. Extendiase acia el llano
Una loma en declive, sojuzgada
Del quartel, por la qual solo podia
Acometerle el enemigo incauto;
Pues Cortès la tenia embarazada,
A tiro de arcabuz, de gruesos troncos
I ramas de altos arboles cortados,
Que pudiesen servir de impedimento,
I contener al impetu enemigo,
I obrar mejor contra èl la artilleria.
Azoraba ya el sol en su carrera,
En el siguiente dia los anhelos
De Eton, y de Piroo, no distantes
Dela metad de su brillante curso,
Quando se vè el egercito enemigo
Jnundar la llanura, y dirigirse
Contra el quartel en donde lo esperaba
Hernan Cortès. Veiase de lejos
Xicotencal en medio delos suyos,
Precedido del aguila dorada,
Jnsignia de aquel pueblo, y del Senado;
El que sin esperar a tener junto

Todo su entero egercito, al instante
Que viò llegar al pie dela subida
Dela loma, su intrepida vanguardia,
Hace sonar bocinas, y atabales,
Para que acometiesen los quarteles.
Como fieros mastines azorados
A vista dela presa, con ahinco
Apechugan los fieros Tlascaltecas
Contra la loma; pero contenidos
Delos troncos, y ramas sobrepuestas,
Mientras tientan trepar por ellas, caen
Aterrados sin vida delos tiros
Delas armas de fuego, que se llevan
Enteros esquadrones. Igual suerte
Experimentan, con igual estrago
Aquellos, que en su furia les suceden,
I aquellos que a estos siguen. Se acumulan
Mezclados con los muertos los heridos,
Sin que puedan valerse de sus lanzas,
Ni de sus dardos, ni afilados chuzos.
Corre Xicotencal arrebatado
De su despecho, al ver el embarazo,
Que impedia a los suyos acercarse
Al quartel, y asaltarlo; y viendo que eran
Las ramas, y los troncos esparcidos,
Dice en su rabia a gritos a los suyos,

Son estos los estorvos, que primero
Deveis quitar de aqui; son ellos solos
Los que os difieren la victoria. Cese
Vuestro acometimiento, y empleaos
En despejar la loma. Esto diciendo
Quiere el mismo hechar mano delas ramas
Quando una delas balas disparadas
Le arrebata el penacho del cazquete,
I otra le hiere el brazo de soslayo,
I ausentarse le obliga del combate
Para curar la herida, mientras deja
Afaenados todos sus soldados
En apartar los troncos dela loma,
A pesar delos tiros incesantes
Delos cañones, y delos mosquetes,
A que tenia ya sacrificados
Xicotencal millares de los suyos.
Pero que importan a los vencedores
Las vidas, o las muertes delos hombres
Si con ellas consiguen la victoria,
I aunque no la consigan? Mas al cabo
Pudiendo los valientes Tlascaltocas
Aunque a costa de nuevos sacrificios,
Acercarse al quartel, unos sobre otros
En los ombros se empinan, no pudiendo
Asirse de otro modo del vallado,

I asi asaltarlo intentan. Les derriban
Las espadas, y lanzas españolas.
I persisten asi en aquel asalto,
Sin que la muerte hiciese mella en ellos
Asta que comparecen los Omies
A embestir el vallado. Sostenidos
Entonces dela sombra, y delas armas
De Hernan Cortès, no dudan declararse
En su favor, y convertir sus lanzas,
I azagayas contra los Tlascaltecas
Los que admirados por un poco, al verse
Acometidos de sus aliados,
El asalto abandonan, y se entregan
A la fuga. Esperaba este momento
Cortès con los caballos ya dispuestos,
Para acosar los tristes fugitivos,
Y llenar de terror a todo el campo,
Al tiempo, que tentaba apoderarse
Dela dorada enseña. Como rayos,
A rienda libre, parten los caballos,
I acometen aquella muchedumbre
Puesta ya en confusion por los huidos,
Sin permitirles el tumulto horrible
Penetrar en el campo; aunque mataban
A diestra, y a siniestra los que hollaban
Para hallanarse el paso. En tal conflito

Xicotencal eu cura, se mesia
De rabia los cabellos, ni atendia
Su desesperacion, ya desauciada
Dela victoria, que a poner en salvo
La enseña del estado, y a si mismo
Entre los fugitivos delanteros,
Dejando expuestos los demas al hierro
Del vencedor, que viendo la matanza
Que hacian sus feroces aliados,
En los vencidos, manda suspenderla,
I les concede a todos los despojos
Del campo de batalla, comprendidos
Los Omies; a quienes fue devida
En parte la victoria. Esta de luto,
I de terror cubrio los corazones
Del pueblo, y del Senado de Tlascala,
Arrepentidos todos de una guerra,
En que era raro aquel, que no llorase
La perdida de deudos, o de amigos.
Pero Xicotencal no escarmentado
De tan funestas perdidas, ansioso
De tentar otra vez la incierta suerte
Delas batallas, viendo, que cundia
El odioso partido en el senado
Dela paz, a que muchos inclinaban,
Ganar procura los encantadores,

I Magos de Tlascala; los que unidos
A los interesados Sacerdotes,
Recurrir determinan al Senado
Para impedir la paz; y precedidos
Del tuerto Xicoluco, que era entonces
Cabeza delos Magos, se presentan
Al senado, y lograda la licencia
Para poder hablar, asi comienza
Su discurso el astuto Xicoluco;
Senado ilustre, y pueblo de Tlarcala,
Traido aqui del zelo dela patria,
I de su bien, y gloria, permitidme
En el grave peligro, en que ella se halla,
Que io tambien concurra en su defensa,
Con el sublime influjo dela ciencia,
A que nos dedicamos, y que acaso
Pudiera ser no menos poderosa,
Que el valor, y la fuerza delas armas.
Pues como tienen su virtud oculta
Las hiervas, y las plantas, ora sea
Para dar la salud, ora la muerte,
Sin aparente fuerza, y violencia,
Del mismo modo puede nuestro estudio,
Conociendo el influyo delos astros,
Delas constelaciones, delos signos,
I circulos celestes, con la fuerza,

I simpatia delos elementos,
Hallar tambien algun poder oculto,
Que destruya a esos fieros enemigos.
Por los antiguos signos conocimos,
Ser ellos los espurios descendientes
Del sol en el oriente. Este prestòles
El fuego de sus rayos, y mantiene
Sus fuerzas, y valor, durante el dia:
Mas por la noche, por antipatia
Dela Luna, su esfuerzo descaece;
Es entonces mui facil destruirles.
Ensayad pues, ilustres senadores,
Un nocturno combate. Las estrellas
Testimonios seran dela segura
Victoria, que os prometen nuestros Dioses.
Asi hablò Xicoluco; y como el hombre
En su ciega ignorancia inclina siempre
A lo maravilloso, y presta culto
A la supersticion; asi aquel mago,
Tenido en gran concepto, dio motivo
Para deliberarse en el senado,
Si abrazar se devia su consejo.
I aunque havia no pocos, que opinaron
No deverse hacer caso de promesas,
Que exponian a riesgo de perderse
La republica, les faltò el esfuerzo

Para oponerse a lo maravilloso,
I resolvio el senado se tentase
El nocturno combate. Con tal orden
Xicotencal exulta, y rehaciendo
Su egercito batido, espera el tiempo,
En que la Luna, llena de su entero
I mas puro esplendor, arrebolase
Las sombras dela noche, y platease
Los campos, y los montes. Ignoraba,
Hernan Cortès, ni presumir podia,
Que el senado tomase aquella estraña
Resolucion de acometer de noche
A sus reales; antes bien creia
Que lejos de pensar en ulteriores
Tentativas de guerra, y de batalla,
Despues de la perdìda, le embiase
Mensageros de paz, a que queria
Obligar a los fuertes Tlascaltecas,
Antes, que destruirles. A este obgeto
Resolvio encaminar todas sus fuerzas
Sobre Tlascala; y ya llegado havia
A ocupar el gran pueblo de Tluscua,
Poco distante de ella; donde apenas
Aquartelado, sabe con sorpresa,
Que reunidas sus dispersas fuerzas
Xicòtencal devia acometerle

En la iminente noche. Asegurado
De este aviso Cortès, pone en defensa
Sus quarteles, y espera al enemigo.

Canto 7.°

Admirable Cortès en sus designios,
Como en su egecucion, y en los desvelos
De sus operaciones militares,
Ciñe Tluscua de profundos fosos
En que emplea los brazos, y el esfuerzo
De todos sus soldados, y aliados.
Ya la Luna en sus curso luminoso,
Jlustrando las sombras dela noche,
Sonreirse con esta parecia,
I alegrar a la tierra, silenciosa,
Desnuda del horror delas tinieblas,
Sin que se oyesen sino los graznidos
Delas aves nocturnas, quando llegan
Los batidores, que a Cortès previenen
Haver hallado en marcha al enemigo.
Dan la señal de alarme los tambores,
Acuden todos a empuñar las armas;
Ensillanse de pronto los cabaltos,
Armados todos ellos de pretales,
Con gruesos cascabeles, y cencerros,

Para que acrecentasen el espanto
En los oidos de los Tlascaltecas
En su noctuna fuga. Confiado
Xicotencal, y casi asegurado
Dela victoria, por la vana ciencia
De Xicoluco, y delos otros magos,
Que llevaba con sigo, en grande trage
Ceremonial; creyendo hallar dormidos
Los españoles, sin poder, ni fuerzas
Para dañarle, a vista de Tluscua,
Disponia su egercito en silencio,
Para no dispertar al enemigo,
I ganarle la plaza, y destruirlo,
En el primer asalto. Por su parte
Cortès disimulaba la llegada
Del enemigo, con que acrecentaba
Su ciega confianza. De repente
Rompe aquel el silencio dela noche
Con altos alaridos, confundidos
Con el bronco ruido delos sones
De sus cuernos, bocinas, y atabales;
Que incitaban los suyos al asalto.
Hallabase Tluscua situada
En un blando altozano, desde donde
Entorno dominaba la campaña;
Esperaba Cortès, que el enemigo

Llegase a tiro dela artilleria
Para aterrarle , ni llenar pudiese
Los fosos de sus muertos , ni sirviese ,
Como lo praticaban , de escalada ,
Para asaltar al pueblo . Asi llegados
A tiro , de tropel los Tlascaltecas ,
Experimentan el funesto estrago ,
Que no creian , de la artilleria ,
Como les dieron a entender los magos ,
Con que se desalientan , y acovardan ,
Ni exponerse se atreven a la muerte ,
Que evitar no podian , sin lisonja
De poder destruir al enemigo .
Xicotencal fuera de si , y rabioso ,
Aunque desengañado con la prueva ,
Dela magica ciencia , sin embargo
Abandonar no quiere aquel asalto ,
I viendo a sus soldados detenidos ,
I acovardados del terrible fuego ,
Que no les permitia dar un paso
Les reprocha su indigna covardia
I a pasar adelante les induce .
Mas experimentando igual destrozo ,
Antes que ver del todo destruidas
Sus quebrantadas fuerzas , determina
Retirarse con las que le quedaban ,

Maldiciendo del mago Xicoluco,
I de su falsa ciencia, que le indujo
A exponer a la muerte sus soldados.
Mas no sabia lo que le esperaba
En su noctura retirada. En ella
No creia, quisiese el enemigo
Acosarle en su marcha. Mas apenas
Vio Cortès el asalto abandonado,
I que Xicotencal se retiraba,
Contra èl embia todos los caballos,
Ceñidos de pretales, con cencerros,
I cascabelles, cuyos roncos sones,
Unidos al retumbo dela huellas
Delos caballos de carrera, cubren
De espanto, y de terror los fugitivos.
Huye Xicotencal, y su alma cede
Por la primera vez, en su jactancia,
Al espanto, y temor, que le infundia
Aquel nuevo ruido, por la noche,
Que de legion de espectros parecia
Salidos del averno, y abandona
Su egercito en desorden, y en tumulto
Espantoso, al arbitrio, y a la fuerza
Del vencedor, que lejos de cebarse
En la matanza delos fugitivos,
Mandò a sus aliados, y españoles,

Que sacò de Tluscua, se empleasen
En hacer prisioneros, y en traerlos
Atados al quartel, Se hallaba entre ellos
El mago Xicoluco, revestido
Del manto peculiar de su magia,
Pero disfigurado, todo sucio
Del lodo de un gran charco, en que en su fuga
Le derribò el caballo de Alvarado,
Con otros muchos magos de su secta,
Que conducidos al quartel atados,
Tuvieron empleados lo restante
De aquella fatal noche a los soldados.
Amanecido ya el seguiente dia,
Manda juntar aquella muchedumbre
De prisioneros, y despues de darles
Suficiente refresco de alimentos,
Los embia a Tlascala, con escolta
De nobles aliados, con encargo
De hacer presente de ellos al Senado
I de pedir la paz, y la alianza.
Hallabase el senado, y aquel pueblo
Sumamente abatido, y consternado,
Haviendose esparcido con el dia
La rota del egercito, y su fuga,
En la pasada noche, recelando
Su entera destruccion, estando cerca

El vencedor, y la ciudad sin armas,
Sin gente, y sin defensa, recelando
Ver llegar el egercito enemigo,
I egercìtar en ellos su venganza.
Qual fue la maravilla, y el consuelo
Del pueblo, y del Senado, quando vieron,
En vez delos furiosos vencedores,
Sus proprios ciudadanos prisioneros,
Puestos en libertad, por quien temian
Ver su total ruina! Apenas cunde
Por la ciudad la nueva, todos dejan
Sus casas, sus quehaceres, y cuidados
Para certificarse de aquel hecho,
Que a todos increible parecia.
Pero viendo los padres a sus hijos
Sus deudos, y parientes, desahogan
Su alborozo, y consuelo en sus abrazos.
Penetrado el Senado de aquel acto
De generosa humanidad; resuelve
Embiar a Cortès una embajada,
Para desenojarle, y ofrecerle
La paz, y la alianza, que pedia.
La componian quatro senadores
Delos mas distinguidos, con los indios
De carga, que llevaban los regalos.
Ya se hallaba Cortès en Tecualpa,

Donde havia mudado los quarteles
Mas cerca de Tlascala, resoluto
A destruir Republica, y senado,
Si a una demostracion tan generosa,
Como la suya, hiciesen a su encargo
La menor resistencia, y esperaba
En Tecualpa la respuesta. Tardan
Poco a llegar los doc senadores,
Con grande, y mui lucida comitiva
De nobles con sus trages primorosos,
I a la presencia de Cortès llegados,
Le acatan con sumisos ademanes,
Asta tocar la tierra con el dedo,
Que allegan a los labios. Toman luego
Los braseritos de oro, en que humeaba
La goma del copal, y le zahuman.
Pide tras esto el viejo Xichimilco,
El mas anciano entre ellos el permiso
Para hablar; y obtenido, asi comienza
A decir a Cortès; Desengañados
El senado, y el pueblo de Tlascala
Delas vanas, e injustas tentativas
De su poder, y fuerzas, y rendidos
Principalmente a las sublimes prendas
De tu clemencia, y alma generosa,
Ilustre gefe del señor de Oriente,

En la restitucion delos cautivos,
Implorarla me encargan, humillados
Ante vuestra presencia venerable,
Para que suspendais vuestra venganza,
Sobre tantas ofensas cometidas,
I os digneis acceptar la paz, que os piden,
Con arrepentimiento el mas sincero.
Confesamos, gran Teule, que son vuestros
Nuestros bienes, y vidas: la victoria
Os hizo dueño de ellos. Si gozamos
Delos mismos, sera solo don vuestro,
I de vuestros humanos sentimientos,
Que os hacen superior a nuestros Dioses.
Reconocidos el Senado, y pueblo
A tan grande Clemeucia, por mi medio,
Os ruegan accepteis este presente,
Como segura prenda, bien que escasa
De su veneracion, y de su aprecio.
Mientras esto decia Xichimilco,
Encubria Cortès con la apariencia
Dela severidad de su semblante,
Al interior contento, que le daban
La sumision, y ruegos del Senado
Para obtener la paz, pues conocia,
Que dependia en parte su alta empresa
De su alianza con los Tlascaltecas.

Pero para agravar su sentimiento,
I dar timbre mayor al beneficio
De otorgarles la paz, que èl deseaba,
Asi responde a Xichimilco; Airado
Como me veis, y como devo estarlo
Contra el injusto proceder del pueblo,
I supremo consejo de Tlascala;
Pudiera con razon aprovecharme
Del derecho de guerra, y delas armas,
Que me dan tres victorias conseguidas,
Sin haver provocado vuestros dardos,
Para entrar en Tlascala a fuego, y hierro
I dejar un egemplo memorable
De mi justa vengaza, en la ruina
Del Senado, y del pueblo destruido.
Pero no es tal el proceder, y enojo
De un vencedor humano, y generoso.
Podeis asegurar vuestro Senado,
Que me verà en Tlascala, a renovarle
El perdon, que me pide, y que le otorgo,
Como tambien la paz, y la alianza
Con que primero le brindè yo mismo.
Podeis partir, no quiero deteneros.
Inclinan, esto dicho sus cabezas,
Los mensageros del Senado, y parten,
Haciendo mui sumisas reverencias.

Rebasoba de gozo la grande alma
De Cortès, con aquella lisongera,
I apreciable embajada del Senado;
I sin mas detenerse, disponia
Para el siguiente dia su partida,
Para Tlascala, en donde descaba
Hacer su ingreso con solemne pompa,
Quando le llega el impensado aviso
De una nueva embajada con regalos
De Motezuma. Bienque sorprendido
De una demostracion tan apreciable
De aquel Emperador, sin rehusarla,
Se escusò recibirla por entonces,
Con el jnsto pretexto, que le daba
Su iminente partida, en que podian
Acompañarle aquellos embiados
A Tlascala, donde les oiria.
Deseaba Cortès que presenciasen
Aquellos embiados su llegada,
I su ingreso en Tlascala; a fin que viendo
Con sus ojos le paz establecida,
Con aquellos valientes ciudadanos,
Pudiesen referirlo a Motezuma,
I este inducido del temor de verse
Expuesto a dos temibles enemigos,
Se resolviese a concederle el paso

A su ciudad, negadole asta entonces,
Por aquel indeciso Soberano.
Condescienden aquellos mensageros
Con las instancias de Cortès, curiosos
De ver aquel ingreso, y le acompañan
A Tlascala. Cortès pone al instande
Su tropa en movimiento, y en camino.
Deseoso el Senado de obsequiarle
En su llegada, quiso disponerle
Triumfal recibimento, y salio a fuera
Dela ciudad en cuerpo, segun uso,
En sus sillas portatiles, mui ricas,
Que en sus ombros llevaban los esclavos.
Quedaba destinada de respeto
Para Cortès la mas preciosa. En ella
Deviò subir, dejando su caballo,
Para condescender con las instancias
De todos los atentos senadores,
Que encargaron dos nobles Tlascaltecas
De llevar al caballo dela brida,
No sin muestras de miedo de aquel bruto,
Que les hacia estremecer las veces,
Que rebufaba. Dos sumisos cuerpos
De Sacerdotes, salen a ofrecerle
Los preciosos aromas, que humeaban
En ricos incensarios, y lo inciesan.

Seguianles dos dilatos coros
De graciosas doncellas, coronadas
De flores, que colmaban los cestillos
Donosos, que llevabau en las manos,
I alfombraban eon ellas el camino,
Cantando los loores de sus dïoses.
Ladeaba al senado, y le formaba
Cortejo la nobleza de Tlascala
Con precioso atavio, entre el concurso
Del puebo de ambos sexos, deseoso
De ver, y de admirar aquel gran Teule
Del oriente, renombre, que adquirieron
A Cortès, las victorias obtenidas.
De este modo el Senado acompañarle
Quiso a su destinado alojamiento,
Que de un Emperador no desdigera
Por su magnificencia, y sus adornos.
Se despiden alli los senadores,
Con el pretexto atento de ponerse
El sol en su palacio del ocaso,
Prometiendo bolver al otro dia,
Para hacerle un obsequio mas cumplido.
Cortès agradecido a tantas honras
Manifiesta asceprarlas con agrado,
I se despide de ellos, cuidadoso
De alojar a su tropa en aquel pueblo.

Mas luego, que a sus solas considera
Tan propicios sucesos, no cesaba
De admirar el favor de su fortuna,
I la potente mano del Destino,
En su empresa tan ardua, y peligrosa,
En la que quanto mas adelantaba
Tanto mas se admiraba de si mismo,
I de tantos obstaculos vencidos,
Que no osàra ensayar humano pecho,
Si pudiera la mente concebirlos.
Erale sobre todo inapreciable
El fausto advenimiento delas paces
Con aquella Republica temible,
Que le allanaba el paso a la conquista
Del imperio de Megico, y apenas
Podia concebir, como aquel grande
Emperador, con èl tergiversase,
Sin juntar sus egercitos, y fuerzas,
Para cortar con ellas, la molesta
Pretension, y ofensiva a su grandeza,
De que le permitiera a pesar suyo
La entrada en su ciudad, quando se hallaba,
Tan cerca dela misma, y tan distante
Dela de Vera Cruz, a que pudiera
Empedirle la buelta con las armas;
Fomentaba Cortès estas ideas

En las que le sorprende el Dios del sueño
Que agitando sobre èl sus negras alas,
Con blando, e imperceptible movimiento,
Semejante al aliento delicioso
Del zefiro suave, que a la sombra
De ameno bosque, alivia los calores
De beldad desprendida delos brazos
Del amor, le adormcce. Ya vibraba,
Sobre Tlascala, en el siguiente dia,
El sol, adelantado en su carrera,
Sus vivos resplandores, quando llega
Todo el senado junto, a la morada
De Hernan Cortès, en que este le recibe,
En compañia de sus capitanes
Con Europea pompa, y lucimiento.
Mas quedan todos estos sorprendidos,
Al ver entrar entre los senadores
Xicotencal, asido dela mano
De su padre Cololco, a quien los años
Privaron dela vista. Desventura,
Que hacia a su vegez mas respetable,
Sin defraudar a su eloquente lengua
El discurso expedito, con que havida
Delos demas la honrosa complacencia
De llevar la palabra del senado,
Asi empezò a decir; En el consuelo,

Que en un dia tan fausto, y memorable
Disfruta todo el pueblo, y el senado
De Tlascala, yo solo, ilustre huesped,
No puedo disfrutarlo todo entero,
Faltandome la vista, para veros,
I para contemplaros, y admiraros,
Como un dios superior a nuestros dioses.
Por tal os representan a mi mente
Vuestras altas hazañas, y victorias,
En que Xicotencal, este hijo mio,
Por sobrado valor sin experiencia,
Quiso medir su esfuerzo con el vuestro,
Sin pensar en sus años juveniles,
Que era solo un valiente Tlascalteca,
I que vos descendiais dela raza
De los Dioses de Oriente. Mas le tiene
Vuestro superior brazo ya del todo
Desengañado, como le ha tenido
Por tres veces vencido, y reconoce
Que jamas deve el hombre comparasse
Por excelso, que sea, con los Dioses,
Ni con los descendientes delos mismos.
Este pues, con el pueblo, y el Senado,
Como su general, que os hizo guerra,
En el nombre de aquellos, y por medio
De su padre, caduco, y dela patria,

La paz os pide, y la alianza. Puedan
Merecerla de vos, los votos juntos
Del pueblo, y del Senado, arrepentidos,
I de su general, y los de un padre
Que la desea; y que cercano al lecho
Del descanso mortal, podra llevarse
Al reino delos Dioses, el consuelo
De dejar a su patria enoblecida
Con la alianza vuestra, y arraigada
Su existencia, y su gloria merecida,
Con la paz, que esperamos de vos todos.
Asi dijo Cololco. Taciturno
Xicotencal le oia con despecho
Que ocultar no podia su sembante,
Chispeando en sus ojos encendidos,
El rabioso dolor delas victorias
Perdidas, y un igual resentimiento
Por la esperada paz, que aborrecia.
En su rostro resueño, y placentero
Cortès manifestaba el alborozo,
I la satisfaccion que le infundia,
No tanto las victorias conseguidas,
Quanto la paz, que en forma de doncella,
Coronada del ramo de Minerva,
Parecia a su ardiente fantasia
Coronase tambien a su ardua empresa.

En su gozo avivado del sincero
Discurso de Cololco, a este responde;
En el recibimiento sumtuoso,
Con que el Senado se complacio honrarme,
Como en este congreso tan ilustre,
Destinar el Senado no podia;
Respectable Cololco, otro sugeto
De mi mayor agrado, y confianza,
Que vos, padre de un hijo, que merece
A pesar de haver sido mi enemigo,
Mi singular aprecio, y el concepto
De general sin par. Os lo confieso
Vuestra edad a mis ojos respetable,
Como la privacion, que os condecora
Del precioso sentido dela vista,
Arrojan de mi pecho enteramente,
Las dudas, que anidaban en el mismo,
De la sinceridad de vuestros ruegos
Sobre la paz, y avivan de manera
La confianza que repongo en ella,
Que sin quedar en mi la menor duda,
Me complazco otorgarla en gracia vuestra.
Reciben todos con alegres rostros
La convenida paz. Son admitidos
Dos delos principales Sacerdotes,
En el congreso. Deposita el uno

Sobre una mesa, como sobre una ara,
La efigie de su dios delas batallas.
Pone a sus pies un dardo, y bisbisando
Sobre èl a media voz ciertas palabras
De plegaria, ruega a Cortès se acerque
Al altar con Cololco, conducido
Por la mano del hijo, y entregando
A uno, y otro los cabos de aquel dardo,
Les dice, que lo rompan, si prometen
En nombre sus de Dioses respectivos
La paz, y la alianza. Prometida
Por uno, y otro, rompen la saeta.
Danse todos los mutuos parabienes,
I la paz se publica, y solemniza
Con fiestas populares, y combites.
Testigos de ella los embajadores
De Motezuma, en nombre de èl renuevan
A Cortès las escusas del Monarca,
De no estar en su mano permitirle
En Megico la entrada, que las leyes
I estatutos del trono, lo vedaban
I aunque èl condescendiese a recibirle,
Como lo deseaba, se opondria
El pueblo a su permiso con las armas.
Cortès se desentiende dela escusa,
Que Motezuma le renueva, y dice

A sus embajadores; que tampoco
Podia dejar èl de dar salida
Al orden de su excelso soberano,
De hablar a Moteznma; y que si el pueblo
De Megico le hiciera resistencia,
Se abriria el camino con las armas.
Amoinados los embajadores
Con tan firme respuesta, y con las paces
Zanjadas con los fuertes Tlascaltecas,
Apresuran a Megico su buelta,
Para hacerlas saber a su monarca.

Canto 8.°

Apenas se ausentaron de Tlascala
Aquellos embiados megicanos,
Nada contiene al animo resuelto
De Hernan Cortès, de proseguir la marcha
Acia la capital de aquel imperio,
Despues de establecida la alianza
Con los fuertes, y fieles Tlascaltecas.
El Senado informado por el mismo
De su resolucion, unir resuelve
En una expedicion tan arriesgada,
Las fuerzas de Tlascala. Las admite
Hernan Cortès; y mas asegurado

Con ellas de su empresa, pone en orden
Su acrescentado egercito, y destina
El dia dela marcha. Mas la impide
Un estraño accidente. Descollaba
Sobre los otros montes, que en distancia
Cerraban a Tlascala el orizonte
El terrible volcan Popocatepe,
Que al cielo encaramaba su alta frente,
Encanecida de perpetuas nieves,
Humeando su boca, como suelen
Las del Etna, y Vesuvio. Mas entonces
Conviertiendose en llamas de repente
El humo acostumbrádo, parecian
Ir a lamer los astros sus vellones,
Embueltos en torrentes de betumes,
Que dilatandose por la admosfera,
A manera de montes, sobre puestos
Los unos a los otros, convirtieron
Al dia en tetra noche, amenazando
La total destruccion del universo.
El pueblo consternado, con lamentos,
Y tristes alaridos, exhalaba
Su gran consternacion, abandonando
Sus techos, sin hallár en parte alguna
Seguridad r y alivio a su existencia.
Acosados del miedo, acuden muchos

De aquellos principales Tlascaltecas
Por amparo a Cortès, estimulados
Del superior concepto, que formaron
De su divina descendencia. Rie
Cortès de su terror, y les explica
La causa natural de aquel incendio,
Quando Diego de Ordaz se le presenta
Para que le permita ver de cerca
La erupcion del Vulcan. Quedan pasmados
Aquellos Tlascaltecas, al oirle,
Admirando tan grande atrevimiento,
I le ruegan desista de su empeño.
Mas èl acompañado de españoles,
I de indios obligados a seguirle,
Se encamina acia el monte. Le ofrecieron
Sus faldas el retrato de un Elisio.
Troncos inabarcables, cuyas copas,
Nidos de muchos siglos, extendian
Sus vigorosas ramas, y sus sombras
A una inmensa distancia. Discurrian
Por ellas ostentando sus colores
Mil peregrinas aves, que encantaban
Con sus suaves trinos, y gorgeos,
Mientras pacian libre por el monte
Diversidad de fieras apacibles,
Atraidas alli delos verdores

Del suelo, y delas fuentes cristalinas,
Caidas de peñascos, que en arroyos
Bulliciosos, y mansos esparcidos,
Fertilizaban las declives faldas
I prados de aquel monte, tapizados
De mil diversas flores admirables,
I hiervas olorosas. Mas apenas
Dejan aquel ameno paraiso,
Para subir a la elevada cumbre,
Solo se les presentan a los ojos,
Los denudos peñascos, y quebradas
Dela elevada sierra, que mostraban
Los lechos, y vestigios horrorosos
Del Vulcan en cenizas, y betumes
De sus antiguas erupciones. Jnsta
El animoso Ordaz, y con su egemplo
Anima a sus postrados compañeros,
Que faltos ya de fuerzas, no pudiendo
Resistir a la lluvia de ceniza,
Que les cubria de sus gruesos ampos,
I abrasaba sus plantas, mal calzadas,
A milagro atribuyen el refugio
De una hermita erigida en santuario
Al dios de aquella sierra, por los indios
Que abitaban las proximas comarcas.
Queda admirado Ordaz, de ver alzada

En aquel sitio, hermita semejante
A las que alla en los montes de su patria
La piedad erigir acostumbraba
A las sacras imagenes. Tenian
Las paredes tambien colgados votos,
Que los devotos indios ofrecian
Al idolo por ellos venerado.
Exige la piedad delos mortales
El mismo culto a sus diversos Dioses.
Acogidos Ordaz, y sus sequaces
De aquella hermita exalan su contento
Viendose en ella libres del peligro,
Que les amenezaba. Dioles tiempo
Aquel feliz descanso prolungado,
A que cesada la crupcion del monte,
Ordaz, como otro Empedocles, movido
Del curioso deseo de su esfuerzo,
Superior a los riesgos que corria
Su intrepidez, llegase al alta cima,
Sin que le contuvieran los mugidos,
Conque el monte impedirle parecia
La llegada a su cumbre. Pero sola
Obra no fue de su valor y aliento
La conseguida empresa. Lo fortuna
Hecha ministra de Cortès, sostuvo
Sus vacilantes pasos, y a la cumbre

Del volcan le condujo de su mano,
Para monstrarle los diversos sitios,
Abundantes de azufre, y del nitroso
Material dela polvora homicida,
Si a faltar les llegase en la conquista.
Con tan feliz hallazgo, satisfecho
El intrepido Ordaz, buelve a Tlascala,
Donde admirados todos le reciben
Con gozo al verle sano. Su llegada
Esperaba Cortès, determinado
A emprender el camino de Cholula
Para llegar a Megico, y oyendo
El hallazgo de Ordaz en aquel monte
Del azufre, y salnitro, su osadia,
I su valor ensalza, y le distingue,
Entre sus animosos capitanes.
Pone luego su egercito en camino
Acia Cholula, donde bien sabia
La traicion, que urdida le tenia
Aquel Cacique con la inteligencia
De Motezuma; pero prevenido,
I asegurado de sus fuerzas, sigue
Su marcha sin rcelos, no sabiendo
Que Motezuma urdida le tuviese
Mas seria traicion en aquel pueblo,
Por medio del Cacique, con intento

De aniquilar alli todas sus fuerzas.
Creyò disimularlo, y encubrirlo
Aquel Cacique en el recibimiento
Magnifico, y pomposo, con que obsequia
En su llegada a Hernan Cortès, que aloja
Cerca de si sus tropas receloso
Dela fè del Cacique, y delas tramas
De Motezuma, quando a darle llega
Un Tlascalteca principal aviso,
De hallarse alli mui cerca de Cholula,
Dos numerosos cuerpos de soldados,
Que devian entrarla por la noche,
I unirse con aquellos ciudadanos
Para matarles mientras que se hallaban
Entregados al sueño. Sorprendido
Cortès de aquel aviso, quiere luego
Certificarse; y a este fin embia
Un cuerpo de soldados españoles,
A prender al Cacique. Este traido
A la presencia de Cortès, confiesa
I descubre la trama, mas se escusa
Achacando la culpa a Motezuma,
Que embio los soldados. Reconoce
Hernan Cortès el animo dañado
De aquel emperador, que sin valerse
Del honroso derecho dela guerra,

Digno de su poder, y su grandeza,
Se servia de bajos expedientes,
Para oprimirle; en que manifestaba
Su timidez, y flojos sentimientos.
Mas Cortès no queriendo dar oido
A la declaracion de aquel Cacique,
Para dar mayor miedo a Motezuma,
I mayor escarmiento a sns ministros
Ajusticiarle manda, y dar el saco
A ciudad, y saqueada, luego
Entregarla a las llamas, que borrasen
Para siempre asta el nombre de Cholula.
Todos en paz sufrieron la justicia
Del Cacique; mas luego al ver cebarse
Los soldados furiosos en sus bienes,
Llaman a los soldados megicanos
Que estaban en celada a corto trecho
Dela ciudad. Se manifiesta entonces
La traicion, a cara descubierta,
I empuñando las armas con la furia
De desesperacion, defender quieren
Sus Dioses, sus hogares, y familias.
Dan la señal los fieros alaridos,
Con que los Cholúleses acometen
A los ya encarnizados españoles
En el saquco. Plazas, calles, casas

Llenas se ven de pueblo enfurecido,
Que se arroja en las lanzas enemigas,
I en las tarribles bocas de cañones
I arcabuces, a cuyo horrible estruendo
Unense los lamentos, y alaridos
De animosas mugeres, y muchachos,
Que desde los terrados, y ventanas
Arrojaban los pesos, que por armas
La desesperacion les sugeria,
Sobre los indignados enemigos,
Que aterradas las puertas delas casas,
Penetraban en ellas, y mataban
Madres, hijos, doncellas, y paridas
De su honor, de sus bienes despojadas.
El terror, el espanto, y la venganza
Como aves de rapiña iban bolando
Por las plazas, y calles, encharcadas
De sangre entre cadaveres, y heridos.
No por eso desisten los furiosos
Choluleses, ni ceden a la fuerza
Superior delos fieros Españoles,
I de sus aliados, los feroces
Totonaques, y fuertes Chichimeques,
Ni delos Tlascaltecas. Se refugian
Los que quedan en vida en los castillos
De sus templos, y en ellos se difienden,

Sostenidos alli delos furiosos
Sacerdotes. Mas baten entretanto
Las pelotas vulcanicas las puertas,
I paredes de aquellos santuarios
Dela supersticion; y como troncos
Insensibles, y mudos se estremecen
Los idolos horribles en sus aras
A los terribles golpes repetidos,
I fuerza delas balas disparadas,
Que abren al vencedor la entrada en ellos,
I a los pies de sus dioses sacrifican
Los que alli se defienden sin rendirse,
Como furiosas reses, que no ceden
Heridas mortalmente a fuerza alguna,
Sino despues de desangradas. Corren
Desde alli los feroces vencedores
Por la hierma ciudad, sin resistencia,
A saciar su lujuria, y su codicia
En los brazos, en vano repugnantes,
De consternadas virgines, y madres,
Que ven con su pudor arrebatadas
Sus preciosas alajas, y preseas
Sin padres, sin esposos, ni maridos,
Pasados a cuchillo, y entregadas
Sus casas a las llamas, que atizadas
Por tanto brazo vencedor, presentan

El total exterminio de aquel pueblo
Con sus hermosos templos, y edificios.
Apenas en pie quedan las paredes
Para asilo, y mansion de solas fieras.
Desarmò solo entonces la victoria
Al brazo destructor dela venganza,
I sacudio la sangre de sus alas,
En ellas empapada, precediendo
La marcha del egercito, cargado
Delos ricos despojos de Cholula,
Del todo desolada, y convertida
En desierto espantoso. Le quedaba
A Cortès por vencer la iniesta cumbre
Del Chalco, cuyas fauces recelaba
Puesto huviese en defensa Motezuma
Con tropas aguerridas. Lejos de ello,
Medroso, y espantado dela suerte
Dela infeliz Cholula destruida
Embia de antemano dos Ministros
Con copiosos refrescos, y regalos,
Que a Cortès esperaban en la cumbre,
Para obsequiarle, acaso con lisonjas
De obtener disistierra del intento
De llegar asta Megico; Recibe
Cortès sobre ello delos dos ministros
Otras nuevas instancias; mas de nuevo

Se desentiende de ellas, preferiendo
Tener atado a Motezuma al lazo
De su perplegidad, en recibirle,
I al temor, en que estaba de irritarle
Con una negativa manifiesta,
Asi vencida la elevada cumbre
Del Chalco sin estorvo, y recibidos
Los agazajos, y copiosos dones
De aquellos dos ministros, les despide
Con mil demonstraciones de su agrado,
I de su gratitud, pero prosige
El camino acia Megico. Oye apenas
Motezuma esta nueva, que se entrega
A un triste abatimiento, que le aviva
Su misma indecision, sin acordarse
De sus inmensas fuerzas, con que al soplo
De su querer, aniquilar pudiera
Aquel puñado de atrevida gente,
Que a su pesar, y a su manifestada
Voluntad se oponia, y semejanle
A una estupida res, que sin esfuerzo
Ni resistencia, deja conducirse
Al sacrificio, por la dura mano
Del sacerdote, que al altar la arrastra,
Para ser degollada; asi se deja
Conducir Motezuma al sacrificio

De su glorioso imperio, por la fuerza
De su irresolucion: y como en medio
De su imperio despotico, su pecho
Fomentaba devotos sentimientos,
A sus feroces idolos, y Dioses;
Asi en su abatimiento a ellos recurre,
Con suplicas continuas, y con votos
I con mil inhumanos sacrificios,
Para que no sufriesen la llegada
En su ciudad de aquellos Europeos.
No satisfecho de esto el brazo implora
Del poder de sus magos, y adivinos,
Que consultar desea, con intento
De sosegar su timida conciencia.
A este fin los convoca en su palacio,
En grande consistorio, a que preside
El mismo Motezuma, revestido
De todas sus insignias imperiales;
I con rostro abatido, despojado
De su eminente magestad, les dice,
Ninguno de vosotros, creo, ignore
Las antiguas, sagradas predicciones
De nuestros santos Dioses, derivadas
De lengua en lengua de remotos siglos,
Sobre la duracion de nuestro imperio,
Que devian los grandes descendientes

Del gran Quesalcoal, de aqui partido
Acia las ricas tierras, donde tiene
Su claro lecho el sol, que nos conduce
El resplandor del dia. Por ventura
Seran esos venidos estrangeros
Los descendientes, que indicarnos quiere
La tradicion de nuestros muertos padres?
I si lo son, devemos admitirles?
O antes bien repelerles con las armas?
Por una parte temo a nuestros Dioses,
Si a su suprema voluntad me opongo;
Por otra dudo sean esos hombres
Del gran Quesalcoal los descendientes.
Vosotros, cuya ciencia, los designios
Penetra delos Dioses, acertadme
Delo que devo hacer, y con las luces
Dela adivinacion, arrojad lejos
De mi pecho, las dudas, que lo afanan.
Pone en consternacion este discurso
De Motezuma a todo el consistorio
De aquellos reverendos adivinos,
I amoinados Magos, que en su vana,
I fantastica ciencia, no sabian
Que contextar al tema soberano.
Encogidos les tiene el embarazo,
Que les ata las lenguas. Motezuma,

Viendoles oprimidos del silencio,
Creyendolo respeto, que guardaban
A su suprema Magestad, dirige
A Tezcusin, primero sacerdote
Su soberana voz, y de èl exige
Su parecer. Entonces, reforzado
Su aliento Tezcusin, asi le dice;
Soberano señor, a cuyo imperio
Se humillan las naciones dela tierra,
Grandes adversidades amenazan
A tu trono los Dioses; mas no deven
Afanar ellas a tu augusto pecho;
Pues semejantes a las tempestades
Que entorno delos templos de los Dioses
I de sus altas torres, se enfurecen,
Sin poder derribarlas, de su asiento,
Asi tampoco aquellos contratiempos
Aunque combatan a tu solio augusto,
I a tu sacra persona, removerlos
No podran de sus solidos cimientos,
Ni deslindar al orlo de tu manto.
Tales adversidades te amenazan
Esos hombres estraños, declarados
Enemigos de nuestros buenos Dioses,
I de sus sacerdotes. Esto os deve
Asegurar, que lejos de ser ellos

Los ya pronosticados descendientes
Del gran Quesalcoal, deveis creerlos,
Como yo lo reputo, advenedizos
De alguna delas islas principales,
Que sostienen los mares en su dorso.
Si asi fuese, señor, vuestra grandeza
Vuestra soberania, y el decoro
De vuestra magestad, exigirian
Les vedaseis la entrada, y les hicieseis
Sentir el peso del poder, y fuerzas
Con que podeis aniquilarles todos,
Sin temor delos Dioses, que os asisten.
Dijo asi Tezcusin; pero no deja
Su discurso del todo Satisfecho
Al animo del triste Motezuma,
A quien deja en la misma incertidumbre,
Que qual gusano roedor, metido
En su animo perplejo, fomentaba
El temor a Cortès, y le impedia
Ceder a los impulsos de su enojo,
I del resentimiento, que a las veces
Compelia su pecho a la venganza,
Contra la obstinacion, y pertinacia
De aquel, que a pesar suyo, pretendia
Entrar en su ciudad. Pero en el punto
En que le llega la sensible nueva,

Que despues de Cholula destruida,
Cortès se encaminaba acia Tezcuco,
Se deja apoderar enteramente
Dela consternacion, que le transtorna
El animo, y la mente, semejante
A quien un rayo repentino hiere
Sin privarle de vida, le enagena
La razon, y le embarga la palabra.
No de otra suerte la sorpresa, y miedo
Se apoderan del animo aflagido
De aquel Emperador, cuyo transtorno
Jnducele a creer, que un Dios estraño
Lo conduce a su imperio, o ser el mismo
Hernan Cortès un numen, a quien deve
Tener grato, y propicio en su llegada,
Antes que provocarle a la venganza
Moviendole la guerra. Prepondera
Esta resolucion, que le sugiere
El temor que concibe delos rayos
De que venia armado aquel temible
Semidios estrangero, y determina
Ganarle con obsequios superiores.
I siendo en su concepto el mayor de ellos,
Èl sacreficio de hombres, que solia
Hacerse a sus deidades en sus templos,
Hace embiar al bosque de Tezcuco

Cien hombres delos muchos destinados
Para los sacrifios, con encargo
Al señor de Tezcuco, su sobrino
Cacumatzin, para que en el arrivo
De Cortès a Tezcuco, les hiciese
Degollar en su obsequio. Prevenido
Cacumatzin del orden del monarca,
Dispone en aquel bosque el sacrificio,
I espera la llegada del excelso
Caudillo del oriente, para darle
Los devidos honores; y avisado
De acercarse a Tezcuco, sale a fuera
Dela ciudad, llevado en ricas andas,
Sobre los ombros de indios; mas apenas
Descubre a Hernan Costes en su cavallo
Desmonta delas andas. Le previene
Cortès ya desmontado del caballo,
I le impide el obsequio que iba a hacerle
De inclinarse asta el suelo en su presencia,
I de tocar el polvo con la mano
Para allegarla al labio; y con lucido
Cortejo delos nobles de Tezcuco,
A su mismo palacio le acompaña.
En èl le hospeda con magnificencia
Digna de un soberano. Alli no tarda
Cacumatzin de prevenir su huesped

Del superior obsequio, con que quiso
Honrarle Motezuma, destinando
En su honor un solemne sacrificio.
Queda Cortès atonito, y pasmado
De aquel atroz obsequio. No eran nuevos
A sus ojos aquellos sacrificios:
Los havia abolido en Zempoala,
Con los Dioses, y altares, y llevado
De su devoto zelo, iba a dar suelta
A la lengua indignada, sin reparo
Para no recibir aquel obsequio
Abominable, digno de Caribes.
Mas se le ofrece, en el momento mismo,
Que pudiera sacar mejor partido
De su cuerdo silencio por entonces,
Asta que el sacrificio comenzase;
A este se deja conducir con pompa
De un acompañamiento mui lucido
Hernan Cortès. En medio de aquel bosque
Veianse erigidos diez altares
En que devian ser sacrificadas
Las victimas humanas, sobre potros,
En que tendidas boca arriba, abria
Con un agudo pedernal sus pechos
El sacerdote, y arrancado de ellos
El corazon, ahun vivo, y palpitante,

Sobre el altar le colocaba. Estaban
Aquellos infelices entretanto
Atados, como reses, a los troncos
Dela selva, esperando la llégada
De Cortès, numerando entre congojas,
I mortales angustias los momentos
De su funesto fin, mientras en medio
Del bosque los crueles sacerdotes,
De sus abitos sacros revestidos,
Iban purificando los altares
Con diversos rocios, y oraciones
Con altibajos, discordantes tonos,
A vista délas victimas desnudas,
Cuyo misero aspecto acrecentaba
El horror delas sombras de aquel bosque,
Pareciendo tenian por mirones
De su terrible muerte los espectros
Del Averno, colgados delas ramas,
Como aves de rapiña, que a la vista
De un cadaver de perros devarado,
Esperan atentas, que se alegen estos,
Para roer los huesos a su turno.
No de otra suerte las estigias sombras
Asidas delas ramas parecian
Esperar el horrible sacrificio
Hecatombe nefando, que escusaba

La barbarie del ara samotrace ,
Oprobrio abominable de natura ,
Que a la tierra , y al cielo horrorizaba ,
Mas no a los ojos , a ni los corazones
De aquellos inhumanos sacerdotes ,
Que complacer creian a sus Dioses ,
Con aquellas ofrendas detestables ,
I expiar ellos mismos sus delitos ,
Con ritus dignos de voraces fieras.
A excesos tales de un cruel delirio
Jnducir pudo a la razon del hombre
Le religion , que avasallò su mente !
Estando todo pronto , y puesto èn orden
Para la egecucion del sacrificio ,
Cortès acompañado del cortejo
Del señor de Tezcuco , llega al bosque
Donde sele tenia destinado
Una especie de altar , bajo de un toldo ,
Con elevado asiento , como al numen
En cuyo honor se hacia el sacrificio .
Una gran muchedumbre , alli atraida
De su curiosa devocion , entorno
Del recinto del bosque , en que devia
Hacerse el sacrificio , se apiñaba
Para satisfacerla . Estaba a todos
Proibida la entrada , en el recinto

Fuera, que a los soldados españoles,
Que Cortès quiso, que con el entrasen,
Para que quando viesen, que llevaban
Los sacerdotes al dispuesto potro
Las infelices victimas, se hechasen
Sobre las mismas, y las arrancasen
Delas manos de aquellos sacerdotes,
Luego que hechase èl mano dela espada.
Ciñò al bosque en distancia, con los cuerpos
De sus confederados Tlàscaltecas,
Zempoales, y fuertes Totonaques,
Con orden, que si acaso suscitase
El pueblo algun tumulto, le oprimiesen.
Con tal disposicion Cortès no duda
De ir a ocupar su asiento. Le tenia
Cacumatzin cortejo en otro asiento
Algo inferior, quando los sacerdotes
Despues de algunas cortas ceremonias
Mandan traer las victimas al potro.
No puede entonces contener su zelo
Hernan Cortès, y de èl arrebatado,
Puesto furioso en pie saca la espada,
Señal a sus soldados prevenidos
Para librar las victimas, y buelto
Acia Cacumatzin, con rostro un tanto
Aplacado le dice; Perdonadme,

Si el horror de espectaculo tan fiero
Me enagena, y me induce a este transporte.
Nuestras leyes humanas, y divinas,
No nos permiten ver horrores tales,
Conque creyò, sin duda vuestro tio
Darme la mayor prueva de su afecto.
Mas al tiempo, que aprecio, y agradezco
Su intencion soberana, rehusarme
Devo a la egecucion, que a mi persona,
A la piedad, y a la natura ofende.
I si pretendio acaso Motezuma
Hacerme grata ofrenda con la sangre
De cien humanas victimas, no fuera
Mas digno de èl, de mi, y de su grandeza,
Darmelas con la vida, como esclavos,
Para que me sirvieran? Que provecho
Saco yo delos muertos? Si los Dioses
Fueran o buitres, o voraces fieras
Gustarian sin duda apacentarse
En humanos cadaveres. Mas ellos
Lejos de devorarlos, si son pios,
I buenos, y piadosos, como deven
Serlo los Diosos, deven asi mismo
Aborrecer atrocidades tales.
Mas como quiera este favor os pido,
Como tambien lo pido a Motezuma,

Queden libres las victimas con vida
A mi desposicion. Enagenado,
Aturdido, y confuso, queda mudo
Cacumatzin de aquel fiero transporte
De Cortès, ni sabia que decirle;
Pues a mas de su escandolo, veia
Que sin haverle dado el menor tiempo
Para otorgarle el don, que le pedia,
Alzabase con èl, como otorgado,
Mandando a sus soldados, que pusieran
En libertad los presos, y a la vista
Delos desesperados sacerdotes,
Que como furibundos, con los brazos
Levantados en alto discurrian
Por el bosque arrojando maldiciones
Con altos, y rabiosos alaridos.

Canto 9.°

No hai cosa mas sensible, ni que tanto
Irrite la opinion delos mortales
En su supersticion, quanto el ultrage
Cometido en sus dioses, en sus templos,
E imagenes sagradas, y en su culto.
El suscitado horror, que enciende en ellos
Qualquier profanacion, les arrebata

La razon, y la mente, y les transforma
En fieras mas voraces, y temibles,
Que los ambrientos tigres, y leones,
Pues a falta del hierro, y delas llamas,
No dudarian de emplear sus dientes,
Si vengar de otro modo no pudieran
Sus dioses ofendidos, mientras estos
Lejos de resentirse, o de ofenderse
Delos ultrages recibidos, callan,
Ni se mneven, como àpatos maderos,
O como el marmol, que los representa.
Solà la fuerza superior, que entonces
A Cortès asistia, tener pudo
En freno a los furiosos sacerdotes
I al pueblo de Tezcuco escandecido
Para dejar de ensagrentar sus manos,
O de despadazar los españoles.
Mas el temor de verse expuestos todos
A perecer por la superior fuerza,
Que les amenazaba, les obliga
A retirarse todos a sus techos,
Tristes, mohinos, y escandalizados
Sin chistar. Ni cubrir tampoco pudo
De disimulacion sus sentimientos
Cacumatzin por el solemne ultrage
Cometido en sus dioses; mas el cargo

En que se hallaba, y las temibles fuerzas
De Cortès, le obligaron a obsequiarle,
I a proveer de viveres sus tropas
Asta llegar a Megico. Anticipa
La fama esta llegada a Motezuma,
I el suceso sacrilego del bosque,
En aquel profanado sacrificio.
Pone en consternacion esta noticia
Sus inciertos, y flacos sentimientos,
Dudoso dela suerte de su imperio,
Desamparado delos mismos Dioses,
Que no vengaron tan horrible ultrage,
Como si los tuviese acovardados
El brazo de Cortès; y penetrado
De esta idea, confuso, y temeroso
Iba por su palacio, semejante
Al casco de una nave, quebrantada
Entre escollos, la que los bravos vientos,
I las olas agitan, y lo llevan
A grado de su vario movimiento,
De este modo llevarle parecia
Una invisible mano, sin dejarle
Arbitrio, o voluntad para oponerse
A lo que no queria, ni tampoco
Para lograr aquello, que queria.
Predominar se deja del anuncio

Antiguo delos Dioses, que tenian
Pronosticado el fin, y la ruina
De aquel imperio: y de este temor mismo
Avasallada su turbada mente,
Merito creyò hacerse con los Dioses,
Cediendoles el trono, y la corona,
Sin jamas acordarse de vengarles
Delos ultrages, que ellos recibieron
De aquella gente advenediza, opuesta
A su sagrado culto, y sacrificios.
Lejos de esto, sabiendo que ya estaba
Para llegar Cortès a Quatlavaca
Trata con sus Ministros dela forma
I ceremonias, del recibimiento,
Con que honrarle queria en su llegada.
Pero Cortès llegado a Iztacpalaba
Ciudad puerta de Megico, asentada
En la ribera del grandioso lago,
En cuyo centro aquella, como reina
Levantaba su frente coronada
De excelsos chapiteles, y altas torres.
Iztacpalapa asta ella dilitaba,
En forma de un gran brazo, la calzada
Que era el solo camino que ofrecia
Para llegar a Megico el gran lago.
Encantado Cortès de aquella vista

Se acovarda , y arredra sus disignios
La temible extension dela calzada ,
Que presenta a su mente los peligros ,
A que exponia su gloriosa empresa ,
I a si mismo , y su egercito con ella ,
Si la pasaba , sin tener segnro
El regreso por ella , o a lo menos
Sin dominar al liquido elemento .
Mas su mente indignada del asomo
De aquel temor , fiada en su Destino ,
Atropella con èl , y resoluto
A pasar la calzada , le sugiere
Hablar a sus soldados de este modo ;
Despues de tantos riesgos superados ,
I de tantos trabajos padecidos ,
I alcanzadas victorias , nos hallamos
A las puertas de Megico . Sin duda
Os maravillareis vosotros mismos
De hallaros a la vista del obgeto
De vuestra ilustre empresa , a donde os trajo
La poderora mano del destino ,
De uno en otro portento ; pues son tales
Los que dejan gravados vuestras huellas ,
Desde que las pusisteis en las playas
De Cozumèl . Pudierais sin prodigio
Manifiesto del cielo , y sin su ayuda ,

Dejar atràs, no digo superados,
Sino fieles amigos, y aliados
Que el paso nos cerraban, y que ahora
Unidos con nosotros contribuyen
A nuestro ilustre intento? Reservadas,
No lo dudeis, a vuestro esfuerzo, y gloria
Tiene el cielo esas torres, esos templos,
I palacios magnificos. Que digo?
Ese trono, ese imperio, a quien acatan
Tantos barbaros pueblos, que sus frentes
Desgreñadas los vereis inclinan
Al glorioso estanderte, y sacra insignia
De nuestra redemcion, y sacro culto,
Sobre la destruccion de esos horribles
I fieros simulacros, que se pacen
De humanos sacrificios, y de horrores,
Que hacen aterecer a la natura.
Por fruto tan glorioso dela empresa,
Quien hai, que dege de exponer su vida
I su sangre a peligros, y trabajos
Mucho mayores, que los que asta ahora
Entregò vuestro esfuerzo a un noble olvido.
Vamos pues, que lo que el Destino tiene
Establecido, en el augusto templo
Dela imortalidad, deve cumplirse.
Animados no poco los soldados

De este discurso de Cortès, desean
Poner los pies en Megico. Previene
Con ordenes severos su llegada
Hernan Cortès, atento, y se encamina
Con su egercito al fin de su alta empresa,
Siguiendo la calzada sobre el lago.
Millares de canoas, atraidas
De aquella novedad, iban en buelo
De sus remos, por una, y otra parte,
Ansiosas de admirar, aquella gente,
Sus trages, sus caballos, y sus armas,
Mientras los españoles a su turno
Admiraban aquel inmenso pueblo,
Que pasar les dejaba sin estorvo,
I gozar dela vista deliciosa
De diversas ciudades, que emulaban
En somtuosidad las curopeas;
Los vastos edificios, y jardines,
Que nadar parecian por el lago,
Semejantes a Cicladas frondosas,
Por el placido Egèo. Sobre todo
Llamaban su atencion maravillada
Los magnificos templos, y palacios
Dela ciudad de Megico. El concurso
Del pueblo, y principales ciudadanos,
Vistosos por sus ricos atavios,

De joyas, y plumages diferentes.
Llegaban succesivos mensageros,
Que embiaba ante si, de trecho en trecho
Motezuma, señores de su corte,
A dar aviso a Hernan Cortès, que el mismo
Emperador salia a recibirle.
Jban ante èl los principes, y grandes
De su real familia, relucientes
De joyas, y oro en todos sus adornos.
Llevado en ricas andas les seguia
Motezuma sobre ombros de otros nobles
Bajo un precioso palio, sostenido
De algunos de sus proximos parientes.
Iban delante quatro magistrados,
Llevando en uano unas varillas de oro,
Exigiendo que todos se inclinasen
Para reverenciar al soberano.
Al avistarse, desde corto trecho,
Motezuma, y Cortès, ambos se apean
De sus preciosas andas Motezuma,
Cortès de su caballo, y se encaminan
Para encontrarse entrambos. Apoyaba
Sus brazos Motezuma sobre el ombro
Del señor de Tezcuco, su sobrino,
I de su deudo el Rei de Iztacpalapa,
Tendian otros nobles sobre èl suelo

Succesivas alfombras. Una mitra
De oro resplandeciente, rematada
En punta por delante, le abarcaba
Las sienes por corona, y abrochado
El manto por los ombros sobre el pecho,
Con diversas preseas, le caia
Por la espalda asta el suelo. Una cintura
De oro macizo, con preciosas joyas
Engastadas en ella, sostenia
Un faldellin de plumas exquisitas,
Que a cubrirle llegaban las rodillas.
Unas sartas de perlas, y diamantes
Adornaban sus brazos, y su pecho,
Desnudos, camo estabanlo las piernas,
En las que sostenian ricos lazos
A sus sandalias de oro. Respiraba
Afable magestad su augusto rostro,
En que sele contaban ocho lustros.
Llegados uno, y otro ya de cerca,
Fue el primero Cortès a prevenirle
Con sumision profunda de cabeza,
A que correspondio, con un exceso
De dignacion, y de respeto humilde
Aquel gran soberano, que inclinado
Con la mano asta el suelo, levantola
Para aplicarla a sus reales labios,

Luego dice a Cortès; Huelgo de veros
Descendiente del sol, de cuyos rayos
Vienes armado a mi ciudad. En ella
Confio me seras constante amigo.
Como tal te recibo, y destinado
Te tengo alojamiento. Luego buelto
Acia Cacumatzin, Honra, le dice
Tus pasos, y acompañale al palacio.
Asombrado Cortès de obsequios tales,
I casi enagenado de si mismo,
Le responde con rostro respetoso,
I placentero; ilustre soberano,
Vuestra dignacion suma, y generosa
Mi admiracion, y gratitud exalta,
I deve grangearse el justo aprecio
Del augusto monarca, que me embia
A requirir vuestra amistad. El tiempo
I el lugar no permiten por ahora
Jncomodaros mas. Os reverencio.
Apenas esto dicho, Motezuma
Apoyado al señor de Iztacpalaba
Buelve a tomar las andas. Cortès queda
Apeado, siguiendole el caballo
De por si. Le exigia este respecto
Cacumatzin que a pie le acompañaba,
I que de quando en quando se bolvia

Con ademan de miedo del caballo,
Que suelto le seguia, asta que llegan
Al grandioso palacio, destinado
Para su alojamiento, en que le deja,
Despues de renovarle mil obsequios.
Asi llegò la victoriosa mano
De Cortès a tocar el fin ansiado
De su admirable, e inconcevible empresa,
Viendose a la cabeza de un imperio,
Cuya existencia solo era un problema
En el antiguo mundo: y semejante
Al que entregado al sueño cree hallarse
En los paises de supuestas Hadas,
De encantos, y prodigios, que arrebatan
Su admiracion, asi mirar devia
Hernan Cortès, su intento, sus viages,
Sus riesgos, sus proezas, y victorias,
Los templos, los palacios, la laguna,
I una ciudad, emporio de un imperio,
I a su gran Soberano, poco menos
A su querer rendido, como a un numen,
Deseando ganarle con regalos,
I sumas atenciones, que no hiciera
Poro con Alejandro, ni el Rei Lago
Con Cesar, y Pompeyo. Sobre todo
Fue de admirar el grande

Sumtuoso combite, que dispuesto
Le tuvo Motezuma en el palacio
I en los alojamientos mas vecinos
Para sus aliados, con que quiso
Prevenir los estorvos, y embarazos
Para las provisiones dela tropa
En su llegada a la ciudad. Devia
Ser igual en sus fuertes capitanes
La admiracion, al verse en un combite,
Como dispuesto por encanto, en donde
Los gratos dones de una nueva Ceres,
I los licores de otro nuevo Baco,
Recreaban sus almas, y discursos.
Quiso entre estos tener tambien el suyo
Hernan Cortès, diciendoles a todos;
Hemos llegado, amigos, y esforzados
Compañeros, al colmo, no de gloria,
Que aun deve coronar nuestros esfuerzos,
Nuestros trabajos, y valor; mas solo
Al delas esperanzas concebidas
De llegar a este suelo, y a esta grande
Ciudad cabeza detan vasto imperio.
Nos hallamos ya en ella, y disfrutamos
Como en sueños, pues tales me parecen
Estos nuevos manjares, que nos vienen
Dela provida mano del destino,

Pues la de aquel, que aqui nos los ofrece,
Tentò ayer de impedirnos la llegada,
Haciendonos, caer en las celadas
Del Zocatan, y de Cholula, y otras,
Para vernos en ellas oprimidos.
I si se muestra hoi dia tan amigo,
I generoso con nosotros, devo
Atribuir esta mudauza al cielo,
I recelar peores acechanzas
De estos mismos obsequios, y favores.
Es siempre sospechosa la mudanza
De un corazon aleve: sin milagro
El traidor no se muda en favor vuestro.
Sè, que el animo fuerte no se arredra
Por el mal, que recela, ni se afana
Por venideros contratiempos. Sea.
Mas no se deja transportar tampoco
Del bien que goza, sin afan presente.
Os digo la verdad, porque que puedo
Tener oculto a tales capitanes?
Quatro leguas de trecho de laguna,
Al tiempo, que encantaban a mis ojos,
Perturbaron a mi animo perplejo,
Y tuvieronle en duda, si devia
Ensayar el arrojo de pasarlas.
Oì siempre decir que la bajada

Al Averno, es mui facil, mas es ardua
Su salida, y la buelta al claro cielo.
Tal comparè yo entonces la calzada,
I estuve a punto al verme en Quatlavaca
De renunciar a tan temible empresa,
I a dar la buelta a Veracruz, o a España;
Antes, que por un ciego atrevimiento
Exponeros a todos al peligro
De perecer, por fin de tal jornada.
Pero poniendo los turbados ojos
De mi esperanza, y confiada mente
En el potente brazo del Destino,
Que nos hizo triumfar de tantos riesgos,
Sin apartarlos del valor, y esfuerzo
De vuestros brazos, e invencibles pechos,
Arrogè el dado a la futura suerte,
Casi seguro, que qualquier peligro,
Que la calzada nos oponga, un triumfo
Conseguireis igual a los pasados.
Esto oyendo Alvarado, dijo entonces,
I quien dudarà de ello? Acostumbrados
Como estamos a riesgos, y a prodigios,
Dignos de riesgos tales, temeremos
Que se desacredite nuestro esfuerzo,
Ni el valor español, mientras os tenga
A vos por conductor en tal empresa?

Aquel Destino, que os mostrò la gloria
De emprenderla, y de haverla conducido
Al increible grado, en que la vemos,
Permitir podra acaso, que ella vaya
A naufragar al pie dela calzada?
Entretenian de este modo el ocio
Despues de aquel combite sumtuoso,
Quando les llega el increible aviso
De venir Motezuma a visitarles.
Maravillados de tan grande obsequio,
Corren a recibirle. Cortès baja
Asta el principal patio, con sus gefes
Para acatarle, y conducirle luego
A su magestuoso alojamiento.
Una gran comitiva de Ministros,
De Principes, y nobles, le seguia
Con rico; y ostentoso lucimiento.
Entrado ya en la estancia, con despejo
Magestuoso, toma asiento, y quiere
Que junto asi tambien Cortès se siente.
Luego con rostro afable asi le dice,
Antes que vos cumplais con el encargo
De vuestro gran Monarca, que os embia
Desde el Oriente, quiero preveniros,
Que al fin por los anales mas antiguos,
I sacras tradiciones, descubrimos,

Ser vuestro gran Monarca descendiente
De nuestro gran Quesalcoal, monarca
Delas dos veces tres, y medio cuevas
Navatlacas, legitima cabeza
Delas siete naciones, de que que toma
Su origen el imperio Megicano.
El nos dejò un sagrado vaticinio,
Partiendo a la conquistà delas tierras,
I pueblos, donde tiene el sol su lecho,
Desde donde los siglos, dando bueltas
Sohre bueltas, harian que llegasen
A Megico, sus claros descendientes,
Donde mejorarian las costumbres,
I leyes del imperio. Si asi fuese,
Nos hallais con el cargo de obsequiaros,
De que creo tengais algunas pruevas.
Las quiero acrecentar con el motivo
De mi venida a veros. I tomando
Delas manos de un principe su deudo
Un precioso collar, lo puso al cuello
De Cortès, con sus manos. Agradece
Hernan Cortès con el mas vivo aprecio
La dignacion, y el don de Motezuma,
De que adornado, asi a decir empieza;
Confuso, agradecido, y admirado
De bondad tan excelsa, no hallo voces

Correspondientes al devido aprecio,
I suma gratitud, que me merece.
Vuestra munificencia me presenta
Ocasion, y motivos mas honrosos
Para exponeros con mayor afecto,
I mayor confianza la embajada,
Con que me honrò mi excelso soberano.
Esta, señor se cinè a requiriros
De alianza, y de paz, y dela digna
Amistad, que travar con vos desea
Mi augusto soberano. Ni en la inmensa
Distancia, que os separa, sera vana
Esta real union de voluntades;
Pues a mas dela gloria, que redunda,
En uno, y otro principe, del lazo
Precioso del afecto, contribuye
Para dar mayor auge a la grandeza
Respectiva, y tambien a las riquezas
A las comodidades, y a las luces,
No menos que a la industria, y a las artes
De ambos a dos estados, y vasallos,
Con el trafago, y giro del comercio.
A esto, señor, se añade la noticia,
Que me dais, dela antigua profecia
Del gran Quazolcoal, de quien desciende
Segun decis, mi augusto soberano;

Pues al precioso lazo del afecto,
Se uniria tambien el dela sangre.
I talvez el de un mismo, y sacro culto.
Pues si Quesacoal allà en oriente
Adorò a un solo Dios, humano, y justo,
Como ès, que aqui adorais a unas deidades
Barbaras, inhumanas, y feroces,
Que exigen detestables sacrificios,
Que hacen horrorizar a la natura?
Por lo que mi clemente soberano
Si esto supiera, en el glorioso nombre
Del gran Quezalcoal os rogaria,
No permitais en vuestro grande imperio
El culto abominable de unos Dioses,
Peores, que las fieras; mas que fuese
De un solo sacro culto la pureza,
Entre vuestros imperios, y personas.
Esta es mi comision. Mas de mi exige
La gratitud a vuestro don precioso
Lo desempeñe, con inferior prenda
De mi agradecimiento. Querais solo
Dignaros de acceprarlo: y desplegando
Un collar con las cuentas de granates,
Engarzados con oro, iba a ponerlo
Al cuello del Monarca, con sus manos,
Quando uno delos proximos Ministros

A la real persona, selo veda,
Como gran desacato. Le reprende
Motezuma; e inclinando la cabeza
Facilita a Cortès, que se lo ponga,
Ayudandole el mismo; y puesto apenas,
Lo mira, y selo muestra a sus parientes,
Como preciosa don. Ellos lo admiran.
En si no tiene precio cosa alguaa,
Ni selo puso la naturaleza.
Selo dà la opinion; esta prefiere
El oro al vidriò aqui, y acullà tiene
Mayor estimacion que el oro el vidriò.
Como quiera contento, y satisfecho
De aquel don Motezuma lo agradece
A Cortès; mas le dice al levantarse
Del asiento; De buena gana accepto
La paz y la amistad, de que os encarga
Vuesto Monarca; pero no es posible
Que admita yo otro culto, ni otros Dioses,
Que los que recibi de mis mayores.
I sin añadir mas, parte al instante.

Canto 10.°

Devio Cortès en el siguiente dia
Restituir su obsequio al soberano,
Jendolè a visitar a su palacio.
Pero las acechanzas de Cholula,
I las del Chalco, ponenle delante
De los ojos, el riesgo, que corria
Su vida, y su persona, en la visita
Bienque por otra parte indispensable,
A un Monarca, que haviale colmado
De tan grandes obsequios, y favores.
Mas indignado el mismo de un recelo,
Que engrndrar en su pecho parecia
Los asomos del miedo, lo sufoca.
Bienque sin entregarse enteramente
A una sobrada, y ciega confianza,
Acompañado de sus capitanes,
El valiente Alvarado, el animoso
Sandoval, el intrepido Velazquez,
I el esforzado Ordaz, acia el palacio
Con ellos se encamina. A quien pudiera
Temer Cortès, siguido de hombres tales?
Le servian de escolta, y de cortejo
Pocos, pero escogidos, y valientes
Soldados españoles, que quedaban

A observar las entradas del palacio.
Eran treinta sus puertas, que podian
Talvez bastar a la ciudad de Tebas.
A la principal de ellas coronaba
Por defuera en el frontis un escudo,
I en èl gravado un grande semigrifo
Que extendia sus alas a los vientos,
Llevandose en la garras una tigre.
Blason de aquel imperio, que de adorno
Sirvia a la fachada del palacio,
Que llenaba al espacio dilatado
De una grandiosa plaza. Merecian
La admiracion de aquellos Europeos
El primor, y destreza delas artes
En los adornos del real albergue,
En muebles, en tapices, y en alajas,
I en las raras pinturas, cuyos tintes
De solas plumas de aves, adaptadas
A los obgetos, que representaban,
Daban las mismas sombras, y colores.
No menos sorprendente era a sus ojos
La riqueza en el trage, y atavio
De aquellos cortesanos, esmerados
En su recibimiento, con obsequios,
I humildes reverencias; las que lejos
De infundir los recelos concebidos

De Hernan Cortès, respeto del Monarca
Mostraban al contrario, el gran respeto,
Que èl exigia de sus cortesanos,
Para con los venidos españoles.
Una superior fuerza parecia
Haver trocado todos los inciertos,
I vagos sentimientos del Monarca,
En afecto, y respeto temeroso,
Que infundia a su pecho la presencia
De Hernan Cortès, qual la de un Dios presente.
Ni contento de haverle renovado
En su larga visita, los esmeros,
I obsequios generosos de su afecto,
Quiso al fin abajar, en cierto modo,
A los ojos del pueblo su grandeza,
I excelsa magestad de su persona,
Llevandole con sigo a ver el templo,
De su superior Dios Vizilipuzi.
Cien magnificas gradas conducian
Al atrio superior del santuario,
En que su sacra efigie se veia
Sentada sobre un globo. Sostenia
A una sierpe en su diestra, y ocupaban
Su siniestra tres dardos. Una faja
Le cubria la frente, otra el espacio
Entre la boca, y ojos, que horrorosa

Comparecer hacian su figura.
No satisfecho de esto Motezuma
Quiso tambien mostrarle por menudo,
Los otros santuarios de otros Dioses,
I las habitaciones, y oficinas
Que contenia entorno el vasto espacio
Del primer atrio, y plazas de aquel templo.
Mas mientras Motezuma se esmeraba
En mostrarle los trages y los ritus
I estrañas ceremonias, con que honraban
Aquellos sacerdotes a sus Dioses,
Los capitanes, que a Cortès seguian,
No pudiendo tener atada al freno
Del respeto su risa, la mordian
En vano con sus labios, de manera,
Que a pesar del escarnio sufocado,
Lo notò Motezuma, y resentido,
De aquella befa, bien que reprimida,
Desiste en aquel punto de su obsequio;
I de seguida, sin decir palabra,
Acompaña a Cortès fuera del templo,
I alli le dice, con airado rostro;
Os dejo: bolver devo sin vosotros
A suplicar a Dios, que me perdone
El mucho sufrimiento, que he tenido
Por vuestras irrisiones. No podia

Mostrar un, religioso soberano,
Con modo mas atento, y expresivo
Su indignacion, contra los capitanes.
I aunque tentò Cortès reconciliarle
Con ellos, admitir no quiso escusa,
I se metiò en el templo sin pararse.
Tan sensible a Cortès no huviera sido
La perdida total de sus haciendas,
Quanto aquel accidente, que podia
Destruir la armonia establecida,
Entre el Monarca, y èl, y ser la causa
De que se malograse aquella empresa.
I aunque ya disgustado Motezuma
De haver dado la entrada a tales hombres,
De su Dios enemigos, en su estado
Nada obrase, alli en Megico contra ellos
Pero secretamente embiò el orden
A Qualpopoca, para que juntase
Quanta tropa pudiera, y asaltase
Con ella, a Vera Cruz, y la asolase.
Tanto irrita a los animos devotos
La irreligion. En Megico entretanto
Jgnoraba Cortès esta mudanza
Del animo, y favor de Motezuma,
En los ordenes dados al Ministro
De asolar Vera Cruz, y lo ignoràra

Si huviese conseguido Qualpopoca
Destruir la ciudad, si un Tlascalteca
No le huviera traido la noticia
Que Escalante, que estaba a la defensa
De Vera Cruz, sabiendo que juntaba
Qualpopoca la tropas megicanas
Para embestir la plaza, no saliera
A prevenirle, y destruir sus fuerzas,
Con pocos españoles, y aliados,
Como lo consiguio; mas con la muerte
Del valiente Escalante, de resulta
De las muchas heridas recibidas,
En la batalla, dada en Guacalzingo,
I que en ella haviendo hecho Qualpopoca
A un español herido prisionero,
Mandò sele cortase la cabeza,
Para embiarla a Megico a la corte.
Agitado Cortès de estas notizias,
Que trastornaban todos sus designios,
I que comprometian a la larga
Su permanencia en Megico, atendido
El silencio del mismo Motezuma,
Jndicio de mayores traiciones,
Comunicarlas luego determina
A sus mas esforzados capitanes,
Pidiendo tan funestas circunstancias

Mui prontos expedientes. Alvarado,
Al oirlas, sugiere, que se pidan
A Motezuma prontos pasaportes
Para salir de Megico, alegando
Por honroso pretexto, haver cumplido
Cortès con la embajada. No lo aprueva
Velazquez, temeroso, que les fuesen
Negados los pedidos pasaportes,
I en tal caso quedaba desairada
La peticion, y todos obligados
A vengar la injuriosa negativa,
Haciendose tambien mas peligrosa.
Era su parecer salir de noche,
I ganar todo el treche, que pudieran
Dela calzada. Mas Ordaz se opone
A tal resolucion, y les sugiere
Permanecer en Megico, sin darse
Por entendidos del suceso infausto
De Escalante, asta ver si Motezuma
Escusaba aquel hecho, o si el primero
Les movia la guerra descubierta;
Pues entonces les era mas decente,
I menos peligroso, dar el saco
A la ciudad, y entre sus mismas llamas,
Abrirse el paso mucho mas seguro,
Que en vergonsosa, y mas temible fuga.

Sandoval aprovaba este consejo.
Pero Cortès oidos los diversos
Pareceres de aquellos capitanes,
Asi empezò a decir. Amigos mios,
En los casos mas graves, jamas basta
Un solo parecer, sino conviene
De muchos pareceres encontrados
Abrazar uno solo, depurado
Delas contradiciones que lo liman,
En las arduas empresas. En la nuestra
No pudimos hallar mayor peligro,
Que el que se nos presenta. Antes de verme
Embarazado en èl, ya lo previne,
Mas previne tambien el expediente.
Alabar devo en vuestros pareceres
El aliento, y valor, que los animan.
Pero los grandes riesgos, siempre exigen
Superiores recursos, que propuesto
Al parecer ageno, le arrebaten
La aprovacion: mas en los vuestros noto,
Si me lo permitis, que ora pidamos
Ese salvo conducto a Motezuma;
Ora como nocturnos fugitivos
Eludir pretendamos sus desvelos,
Ora, como es mas digno del esfuerzo
De un español, aqui perseveremos,

Asta ver lo que intenta Motezuma,
Para abrirnos el paso entre las llamas,
Con la espada en la mano, siempre damos
En el peligro, que eludir queremos.
En medio de expedientes tan dudosos,
Un atajo me ocurre, que aunque en parte
Temerario, y terrible a primer vista,
Nos es el mas seguro, sin que impida
Las otras tentativas, si no basta
Para de pronto prevenirlas. Digo,
Que resolvi arrestar a Motezuma,
En su mismo palacio, y con tal hecho,
Que enarcar os hara talvez las cejas
Aturdir a ese pueblo consternado
De tal resolucion. Con la cabeza
Cortamos el fomento delas tramas
De sus Ministros, y otros cortesanos,
Que llevan mui a mal las atenciones,
I obsequios, con que èl quiso distinguirnos.
Lejos de ellos, tendremos en las manos
Una prenda preciosa, que nos pone
Como aquella de Giges, al cubierto,
I en salvo de qualquiera hostil intento.
Ni obrarà Motezuma, sino aquello,
Que creamos nosotros conveniente,
Seremos sus mas fieles consegeros,

I ministros de sus disposiciones.
Pretextos no nos faltan, y plausibles
Para cohonestar un tal arrojo,
Por no decir justa razon. La muerte
De Escalante, y sus otros compañeros
I la cabeza ha poco presentada
Del infeliz Arguello, a Motezuma,
Pidiendo nos estan justa venganza,
Mientras escusan nuestro atrevimiento,
Que creeran apenas los presentes
I de que dudaran los venideros.
Sorprendidos aquellos capitanes
De una resolucion tan formidable,
I solo digna del esfuerzo, y mente
De Hernan Cortès apruebanla al instante,
Ni proseguir le dejan el discurso,
Sino que piden se egecute luego.
Mas esta egecucion, Cortès replica
Pide tambien consejo, asi en sus medios
Como en su traza. La dejamos todos
A desposicion vuestra, dice entonces
Sandoval, a la que nos remitimos.
Manda Cortès armar toda su gente,
I poner en defensa los quartales;
Escoge treinta entre los españoles,
Para que en apariencia le cortegen,

Sirviendole de guarda en el camino.
Lleva con sigo entre sus capitanes
Sandoval, y Alvarado, con Velazquez,
I el animoso Ordaz, a quienes dice
Al subir la escalera del palacio;
Qualquiera, en preferencia de los otros,
Abrogase el derecho, si lo puede,
Dela defensa dela propria vida,
A costa dela agena. Este fue siempre
El supremo derecho de natura,
O dela fuerza, si quereis. Tentemos.
Penetra, esto diciendo, en las estancias,
Donde encontrando algunos cortesanos,
I guardas del palacio, les pregunta,
Si se hallaba visible Motezuma;
Pero sin esperar respuesta alguna
Prosigue su camino con sus gefes
I entra con ellos dentro dela estancia
En que se entrenenia el soberano
Con dos de sus ministros. Sorprendido
Motezuma de ver, que sin aviso,
Cortès entrase en su real demora,
Su indignacion refrena, y se perturba
No poco, viendo el superior dominio
Con que Cortès entraba: pero en fuerza
De sus misma sorpresa, le pregunta;

Que estraña novedad acà os conduce,
Sin saberlo el que deve recibiros?
Despojado Certès de aquel agrado
Con que solia hablar a Motezuma,
Con rostro algo severo, le responde.
Señor, vengo a saberla de vos mismo;
Pues no puedo dudar, que la leisteis
Gravada en la cabeza del soldado,
Que os trageron en triumfo. Si asi fuese,
Bien veis, quan justo, y quan forzoso sea
El sensible motivo, que me trae
Para saber de vos, el que os indujo,
A colmarnos aqui de mil obsequios,
I a degollar allende mis soldados.
Confuso, y oprimido Motezuma
Del cargo de Cortès, el color pierde,
I la turbacion misma le sugiere,
Madre de escusas falsas, responderle;
Puesto, que lo sabeis, negar no puedo,
Haverseme traido la cabeza
De ese soldado vuestro; mas queria
Tener el hecho oculto, para ahorraros
El justo sentimiento, que devia
Causaros dicha muerte, antes que daros
Justa satisfaccion, con el castigo
Del que sin orden mio, ha cometido

Tan cruel desacato. Asi lo creo,
Continua a decir Cortès airado,
Dela sinceridad, y confianza,
Con que os dignais honrarme: pero devo
Satisfacer la indignacion, y enojo
De mis soldados, que creer no pueden
Haverse cometido tal delito
Sin vuestra autoridad. Por lo que os ruego
Querais, señor, fiaros de nosotros,
I venir al quartel, en que alojamos,
Pues es palacio vuestro, asta que conste
Que Qualpopoca, sin el orden vuestro
Cometio tal maldad. Queda aturdido,
Como de un trueno repentino, y hierto
Motezuma, al oir tan atrevida
Demanda de Cortès; y apenas buelto
Sobre si, parecia, que le quisiese
Mostrar su indignacion, que manaba
Por los ojos, y labios blanquesinos.
Pero atado del miedo, a la presencia
De aquellos resolutos capitanes,
Dice solo; que quando èl se abatiera
A ceder a su ruego, sus vasallos
No lo permitirian. Que al instante
Mandaria prender a Qualpopoca
I le castigaria, o le pondria

En sus manos, a fin que sin reserva
Le diera aquel castigo, que quisiese
I que sino bastava a sus deseos
Esta satisfacion, de buena gana
Le daria en rehenes sus dos hijos,
Antes que ser llevado prisionero
A vista de su pueblo. Le replica
Hernan Cortès, diciendole; bien lejos
De ser, y de llamaros prisionero,
Usaremos con vos aquel respeto,
I riverencia, que prestar solemos
A nuestro soberano, y os tributan
Vuestros mismos vasallos. Basta solo
Quiteis la odiosidad a la apariencia,
Viniendo de buen grado con nosotros
A nuestro alojamiento, a que por cierto
Nos veremos forzados finalmente,
Si resistis mas tiempo. Arrebatado
Velazquez de Leon de su impaciencia,
Prorrumpe en voz de enfado, desabrida,
Diciendo; para que contemplaciones?
Jnsta el tiempo, o que venga con su gana,
O llevemosle preso. Amedrentado
Motezuma del fiero desenfado
De Velazquez, se rinde, y se levanta
De su asiento, diciendo; No os detengo;

Me fio de vosotros. Vamos luego
A vuestro alojamiento. Asi lo tienen
Destinado los Dioses, segun veo.
A su suprema voluntad me rindo.
Apenas esto dicho, embia el orden
Para que sele tengan prevenidas
Las andas, y llamando a sus ministros,
Les dice, asi; He creido conveniente
A mi estado, y persona, pasar luego
Al palacio, cedido a mis amigos,
Con ellos quiero estar algunos dias.
Asi decidlo al pueblo; y entretanto
Venid alla vosotros, y dad orden
Para que Qualpopoca quede preso.
I sin mas dilacion, acompañado
De Hernan Cortès, y delos capitanes,
Sále de su palacio, y se encamina,
Sin nota de su pueblo, que ignoraba
Su determinacion, y causa de ella,
Al quartel vencedor de su porfia.
De su porfia? Mas que digo? Cielos!
O mägestad excelsa del imperio!
A que estado te veo reducida!

Canto 11.º

No acababan los mismos capitanes
De Cortès, de salir de aquel asombro,
En que la admiracion tuvo a sus almas,
Viendo tan felizmente conducida
La determinacion de su caudillo,
En el temible arresto de un monarca,
En su mismo palacio, y en el medio
De su ciudad, y de su amante pueblo,
Al solo imperio de su voz; No pudo
Sin alta admiracion gravarlo Clio
En las hojas aonias. Pero luego,
Que la fama, no menos admirada,
Lo divulgò entre el pueblo, este aturdido
I consternado, como dela vista
De un terrible cometa aparecido,
Acude de tropel a los quarteles,
I con altos sollozos, y lamentos,
Mesandose los unos los cabellos,
Otros dandose golpes en los pechos
No pocos rebolcandose en el polvo,
I sucios de èl en alto levantaban
Los brazos, lamentando la desgracia
De su amado Monarca. Fue preciso
Que el mismo Motezuma, se mostrase

En persona a su pueblo, y con las manos
I con la voz tentase de acallarle
Persuadiendoles, no hallarse preso,
Como ellos lo creian, sino libre,
I que de voluntad alli se hallaba,
Mas no se contentaba el triste pueblo,
De las satisfacciones escusadas,
I en su llanto, y lamentos persistia,
Asta, que se mostrò la real guardia,
A despejar las calles, y la plaza,
Entorno del palacio, con la fuerza.
Se retira la triste muchedumbre,
I deja sosegado a su monarca,
En su real aunque forzoso albergue;
Sin que hechara alli menos la grandeza,
Ni las comodidades, que dejaba.
Recibia sus deudos, y ministros,
Y con ellos trataba los asumtos
De su imperio, como de su familia.
Mantenia sus guàrdas, y tenia
A titulo de honor, y de respeto
Los guardas de Cortès, que le velaban
En su libre prision. Borraba el tiempo
Poco a poco este titulo de encierro,
A que se acostumbraba el mismo pueblo,
I a que se acostumbraba Motezuma,

Como al trato, y frequente compañia
De Cortès, y de aquellos españoles,
Resuelto a no bolver a su palacio;
O porque recelaba, no le fuese
Facil de conseguirlo, o porque buelto
Temio exponer su imperio a una funesta
I total subversion, mientras quedasen
Las fuerzas españolas en su estado.
Bolvio entretanto el capitan de guardia,
Que devia arrestar a Qualpopoca,
Con su cumplida comision, y entrega
El arrestado reo a Motezuma,
Que le embia a Cortès. Inexorable
El dolor de Cortès a todo afecto
De comiseracion, en aquel lance,
Por las sensibles muertes de Escalante
I del misero Arguello, entrega el reo
A un militar consejo, que lo juzga,
I le condena a las voraces llamas.
Cortès aprueva la fatal sentencia;
I como no dudaba, que el monarca
Dio a Qualpopoca el orden del asalto
A Vera Cruz, temiendo que impidiera
La egecucion, con ordenes secretos,
Prevenirlos resuelve, sugetando
A grillos al Monorca. A este fin lleva

Con sigo dos soldados con los grillos,
Con quienes, se presenta a Motezuma,
I con sañudo rostro asi le dice;
Và Qualpopoca a padecer la pena
De su grave delito, confesado
Por el mismo; mas en disculpa suya
Os achaca la causa; y no parece
Su justificacion descarriada.
No lo huviera creido sin embargo,
Si en la noche pasada, no me huviese
Aparecido en sueños Escalante.
Era su aspecto triste, y lamentable,
Con el semblante palido, abatido.
Los parpados caidos que mostraban
El ojo amortiguado, y con aguda,
Mas debil voz, llamandome, me dice;
Cortès me reconoces? Reducido
Me veo a sombra vana. Motezuma
Fue causa de mi muerte, aunque en los brazos
Dela victoria; destrui sus tropas.
Mira quantas heridas en mi cuerpo
Abrieron las saetas enemigas
I mostrandomelas chorrando sangre,
Me pidio le vengase. Devo al alma,
Señor, de tal amigo la venganza;
Pero como respeto a vuestra vida,

Sugetaros deveis a menor pena,
Que aplacar pueda al alma de Escalante.
I buelto a sus soldados con imperio
Les dice; Sugetadle a esas esposas.
Esto dicho, le buelve las espaldas
I se ausenta, sin duda desdeñoso,
De ver a grado tal envilecidas
La magestad, y la soberania
De aquel ilustre imperio. Motezuma
Aturdido, asombrado, y despechoso
A un mismo tiempo, cree aquello un sueño;
I como el que durmiendo, si se sueña
Que una fiera le sigue, y le persigue,
En su congoja quiere huir, y siente
Que el esfuerzo, y vigor le desemparan,
Conque sele acrecienta el sobresalto;
No de otro modo siente Motezuma
Al ver que se ensayaban los soldados
A ponerle los grillos con respeto
Que la voz, y el aliento le abandonan;
I sin poder moverse de su asiento,
Apenas buelto en si de su profundo
Abatimiento, exclama; Asi lo quieren
Los superiores dioses, asi sea.
Mientras esto sufria Motezuma,
Hallandose dispuesto ya el cadalso

Delante del palacio, contornado
De guardas españolas, y aliadas,
A vista de un gentio inumerable,
Sobrecogido de terror, y espanto,
Con terrible aparato se ve el reo
Al funesto suplicio conducido;
I puesto en el cadalso, y aplicada
La voraz llama por diversas partes,
Se dilata el incendio, que sofoca
Al desgraciado reo con el humo,
Consumiendo las llamas al cadaver
De aquella infeliz victima de estado
Cortès asegurado del asombro,
I del terror, que tuvo en freno al pueblo,
Sin que causar pudiese alguno tumulto
Aquella escena tragica, resuelve
Poner en libertad a Motezuma;
I acompañado de sus capitanes
Se le presenta con alegre rostro,
Como quien pide albricias; y le dice;
Queda, señor, el reo ajusticiado,
I satisfecho mi difunto amigo
Puedo asi grangearme el gusto, y honra,
De devolveros con mis proprias manos
La libertad. Esto deciendo, dobla
La rodilla en el suelo, y con respeto

Le quila las esposas; y quitadas
Como indignado de ellas, las arroja
Lejos de si, como instrumento odioso,
De agravio tan indigno de un monarca.
Quanto es sensible el mal que se padece,
Es otrotanto dulce, y estimable
El verse libre de èl. Ni una doncella
En los floridos años de su nubil
Hermosura, a los ojos renacida,
De su doliente esposo, que creyòla
Para siempre perdida; ni una joya,
Ni un tesoro perdido, y recobrado,
Jnfunden alborozo semejante
Al del buen Motezuma, al verse libre
Del peso del oprobrio, que sufria;
I sin poder el mismo contenerse,
Al cuello de Cortès hecha los brazos
Como si recibiera de su afecto
La mayor gracia, y don inestimable.
Quiso entonces Cortès poner a prueba
La libre voluntad de Motezuma
Diciendole; señor, sabeis que suele
La guerrera politica abrogarse
Derechos superiores a los fueros
De qualquier soberano, y de sus leyes.
Aunque sea por manos de un soldado

El mas obgeto, si la fuerza usurpa.
Es esta la que reina en este suelo.
I la que dona, o quita las coronas;
Sin las armas los cetros no se empuñan.
En estado de guerra nos hallamos;
Pues me la declarasteis con los hechos.
Las escusas son armas del culpado
Que no por eso la verdad ocultan.
Por mi parte, os lo acierto, disipado
Queda todo disgusto, con la muerte
De Qualpopoca. Ni bastarme puede
Haveros dado prueva de mi afecto,
I gratitud, que os devo, en el recobro
De vuestra libetad. Quando os agrade
Podeis restituiros desde ahora
A vuestro real techo, que dejasteis,
I abrazar vuestros hijos, y familia.
Al oir esto Motezuma dice;
No paseis adelante; esto me hasta.
Otra prueva no quiero, ni pretendo
De vuestro noble afecto, y para daros
Una otra igual del mio, os aseguro,
Que no quiero, ni devo aprovecharme
De vuestro generoso ofrecimiento.
Me hallo bien con vosotros, y recelo
Dejar esta mansion, y vuestro lado.

No podrè estar mas libre en mi palacio,
De lo que aqui lo estoi, y tendrè el gusto
De trataros con toda confianza,
I teneros tambien por consegero
En todos los asumtos de mi imperio
Cortès le manifiesta el sumo aprecio
Que hacia de tan finas espresiones,
I entrambos se despiden satisfechos
De sus resoluciones respectivas.
Mas la de Motezuma acompañada
De la sinceridad, y confianza
De un alma irresoluta, y bondadosa
Fomentaba en Cortès las esperanzas
De que asi como havia conseguido
Dominar sus afectos, e inducido
El Monarca a quedar en los quarteles
En preferencia de su libre albergue,
Con su real familia, asi su zelo
Religioso, creyò le induciria,
A que abrazara el culto de un Dios solo
Dejado el de sus dioses carniceros.
I como consiguieron se abstuviese
De manjares humanos, esperaban
Arrancarle tambien delos altares
De sus horribles idolos. Llevaba
Hernan Cortès en esto igual empeño

Que en el de su conquista. Este ciudado,
Que abandonò el autor dela natura,
Al tiempo destructor de todos ritus,
I religiones, como de los reinos,
E imperios dela tierra, y sus naciones,
Apropriarselo quiso el zelo ardiente
De Hernan Cortès, como adalid del cielo,
Queriendo conducir aquel monarca
Al sacro templo dela fè cristiana.
Mas como no se vencen las conciencias
Con la fuerza imperiosa delas armas,
I aunque la luz dela razon no siempre
Consigue destruir las opiniones,
Embueltas en tinieblas espantosas,
A la sola razon devio ceñirse
El zelo de Cortès; y de ella armado,
Con el motivo dela confianza
I del afecto, que le permitia
Motezuma, introduce asi el discurso;
Creo, que la amistad, y buen afecto
Con que os dignais honrarme, me conceden
Derecho, y libertad, para rogaros,
Que asi como nos vemos enlazados
Con el afecto, asi tambien lo estemos
En una misme fè, y sagrado culto,
Al Ente superior, de cuyas manos

Salicron cielo, y tierra sol, y luna,
I ese conjunto inmenso delos astros,
I esos montes, y rios, y esas selvas,
I las diversas fieras, y las aves
Que las corren, y alegran con sus cantos;
I el hombre al fin, a quien se dio el imperio
Dela razon, y excelso entendimiento
Sobre todos los otros animales.
Lo que se reproduce, y que perece,
No puede ser eterno; sino deve
Su existencia a un espiritu divino
Cuya esencia no sufre compañeros.
Mas la razon del hombre torpe, y ciega
No alcanza estas verdades sin las luces
Dela revelacion; puesque sin ellas,
El hombre, queda embuelto en las tinieblas
De su tosca ignorancia abandonado
A sus ciegas pasiones, con que el mismo
Se forja quanto dioses sele antojan,
I les da los feroces atributos,
Que las mismas pasiones les sugieren
No estraño por lo mismo, que los vuestros
Exijan los horribles sacrificios
De humana sangre, y vida, y que os induzcan
Esos vuestros crueles Sacerdotes
A devorar las carnes delos hombres.

Basta ver las efigies espantosas,
Delos que venerais en los altares
Para formar idea delos dioses
Que representan. Muestra Motezuma
No asentarsele bien aqnel discurso,
I en ademan de enfado asi le dice;
I que empeño llevais, en que los otros
Abandonen el culto de sus dioses,
Para adorar los vuestros? Que digerais,
Si entrase yo en empeño semejante,
De que adoraseis a nuestras deidades
En vez de ese Dios vuestro? Me diriais
Lo que os puedo decir; ese ciudado
De que adoren los otros al Dios vuestro,
Dejadle a ese Dios mismo, a quien diviera
Jnteresar su culto. Mas si èl lejos
De interesarse en ello, no le ocurre
Tomarse pena alguna por tal causa
Porque quereis tomarosla vesotros?
I si alla en las regiones del oriente
Ese Dios os hablò; si èl os dio luces,
Que ilustraron a vuestro entendimiento
Por que no vino aqui a nuestras regiones
A darnos esas leyes, y esas luces,
Para ilustrar al nuestro, y nuestras almas?
I al cabo, como quiera que os parezcan

Nuestros Dioses horribles, y espantos
Inhumanos, y fieros, que os importa,
Si asi nos avenimos bien con ellos?
No es peor, que vosotros, segun oigo,
Hagais de vuestro Dios el sacrificio,
I os lo comais en cuerpo, y alma entero,
Despues que quiso ser sacrificado
Por vosotros, a fin de redimiros,
Que no que aqui nosotros solo hagamos
Los sacrificios de hombres? Son mas llanas,
I mucho mas sencillas nuestras leyes,
Por barbaras que sean, y os parezcan.
Por lo que os ruego, os dispenseis la pena
De insistir con porfia en un asumto,
Que ofende a mis oidos. Resentido
El zelo de Cortès de esta respuesta,
Que no esperaba, pudo sin embargo
Contenerse, y su enojo disimula,
Con la lisonja de obtener su intento,
I con afable modo le replica;
Permitidme, señor, os diga solo,
Que no basta ser bueno en esta vida
Para obtener la gloria alla en el cielo,
Pues los que fè no prestan, ni profesan
La verdadera religion, y culto,
Qual es el que nosotros profesamos,

Aunque el alma mas candida se vea
Que la nieve asentada en la alta cumbre
Del gran Popocatepe, y en pureza
Jguale a los raudales cristalinos
Que en las peñas del Chalco, se quebrantan
Lejos de consiguir aquella gloria,
Se verà sepultado en el infierno.
Esta es, señor, la causa de mi empeño
En vuestra conversion. Luego no es tanto,
Le interrumpe enfadado Motezuma,
El bien obrar, aquello que mas ama,
I aprecia vuestro Dios, quanto su culto,
I las adoraciones delos hombres?
Sin duda deve ser mui ambicioso
De adoracion, y culto, sin cuidarse
De vuestras buenas obras. Sin embargo
Oigo decir tambien, que son diversas
Las religiones, y diverso el culto
Que vuestro Dios recibe alla en Oriente,
Prueva de que no todos le entendieron
Quando les revelò su culto, y leyes,
O que no le creyeron; pues profesan
Un culto diferente. Asi no deve
Pareceros estraño, que nosotros,
Que no oimos, ni vimos, al Dios vuestro,
Tengamos otros Dioses, que adoraron

Nuestros antepasados. Asi, amigo,
Antes se elevaran los hondos valles,
A la alteza sublime delos montes,
I el gran Popocatepe de su seno
Hecharà en vez de llamas, y torrentes
De fuego abrasador, rios de leche
Que desampare yo mis santos Dioses,
I la fè de mis padres, y mayores.
Cortès, embarazado en su discuro,
Iba a soltar el freno del enojo
De su indiscreto zelo; Lo sufoca
El mismo Motezuma, prosiguiendo
Su discurso, diciendo; contentaos,
De no haver yo querido contrastaros
La entrada en mis estados, y aun en esta
Mi ciudad, y que en ella os he admitido
Como amigo, y qne os hice en ella dueño
De quanto yo poseo, y de mi arbitrio,
voluntad, rendida al querer vuestro.
Mas no querais tambien tras tantas prendas
De mi animo real, y confianza,
Arrancarme los dioses de mis brazos,
I delos de mi pueblo. El que si asta ahora
Por mi, os tolera, y sufre, y agazaja,
Estad seguro, que por esto solo
Despedazarà el freno del respeto,

Que profesa a su rei; y este perdido,
No lo dudeis, Cortès, vuestra existencia
No queda aqui segura; ireis por cierto
A perecer con toda vuestra gente.
Ni pongais la lisonja en vuestras fuerzas,
I en vuestras armas, aunque superiores
A las nuestras. La sola muchedumbre
Con sus solos cadaveres, el paso
Os cerrarà a la buelta. La ruina
Sufriran entes de sus proprias casas,
Dela de sus familias, y el saqueo
De sus muebles, y alajas, y el incendio
De todas sus haciendas, y cosechas,
Que dejar a sus dioses, y a su culto,

Canto 12.°

Del resentido, y vigoroso tono,
Con que expresò sus vivos sentimientos
Motezuma, vio Hernan Cortès, que fuera
Vana temeridad, e inoportuna
Insistir en su empeño religioso.
Mas como el que obstinado en su discurso,
Quiere tener razon, ni mostrar quiere
Ceder con el silencio, no se diga
Que le faltan razones a su tema,

Asi Cortès en parte desistiendo
De querer convencer a Motezuma
Sobre su religion, añade solo;
Sè que todos los pueblos se horrorizan
De ver vilipendiados a sus Dioses
En su ciega ignorancia; mas por poco
Que al resplandor dela verdad se prestan,
Sus mentes alumbradas, la conocen,
I aprecian su hermosura conocida.
Nada muda de aspecto de repente,
Ni facilmente se despoja el alma
Del velo del error; y aunque se nieguen
De pronto a sus consejos, y palabras,
Obran estas en ellos, como suele
La semilla entragada al fertil suelo,
Que aunque olvidada en èl, brota a su tiempo
I se reviste de verdor, y frutos.
Pero viendo Cortès, que Motezuma
Dejaba de atender a su discurso,
Desesperado, y sin lisonja alguna
De reducir su corazon opuesto
A la sagrada fè, pues contrastaban
Las luces de su claro entendimiento,
A pesar de su barbara ignorancia,
Con la oculta verdad delos misterios,
Cubiertos siempre con el sacro velo

De la revelacion, a que su mente
Rehusaba humillarse; se despide
De Motezuma, ageno dela fiera
Tempestad, que se estaba condensando,
I que le amenazaba la ruina.
Hallarse parecia adormecida
La paciencia del pueblo megicano,
Como si nada, o poco le importara
El encierro, creido voluntario
De su Monarca, cuyo antiguo afecto
Descansar parecia en el olvido,
Semejante a la mar adormecida
En brazos dela calma, sin moverse.
Mas luego, que los vientos encontrados
La exasperan, levanta asta los nubes
Sus irritadas olas con bramidos,
Con que baten los asperos escollos.
No de otra suerte el pueblo megicano
Del rencor incitado, y dela saña
De sus exasperados sacerdotes,
I del resentimiento delos nobles,
Se enfurece, y levanta en la defensa
De sus fueros, y dioses despreciados,
I de su Emperador envilecido,
Por la fuerza de aquella gente estraña,
Que mostraba aspirar a la conquista

De su ciudad, y trono. De repente
La sedicion rebienta, semejante
A la siembra de Cadmo con los dientes
Del dragon. Cien mil brazos vense armados
De instrumentos de muerte, como quiera
Que el acaso a sus manos las ofrece.
I en confuso tropel de sacerdotes,
De nobles, y plebeyos incitados,
Precipitanse todos, como un rio
Que sale de su cauce, y muge entorno
Del edificio, que hace resistencia
Al curso impetuoso de sus aguas,
Que sobre èl se desploman. Asi el pueblo
De su furor llevado, embiste a ciegas
Los quarteles, y entorno brama, y grita,
Pidiendo con denuestos, y amenazas
La libertad de su Monarca, al tiempo
Que otros tentaban derribar las puertas,
Para abrirse la entrada. Prevenidos
Del popular tumulto, y de sus gritos
Los españoles, ponense en defensa,
I rechazan la fuerza con la fuerza,
Sin malograrse alguno delos tiros
De arcabuces, o dardos disparados,
Desde las azoteas, y ventanas,
Sin que el daño pudiese amedrentarles

Ni hacerles desistir de su porfia.
Sentia Motezuma aquel tumulto,
Como ofensa, y ultrage hecho a si mismo;
I creyò que su aspecto, y su presencia
Tuviera mayor fuerza que las balas,
I disparados dardos; y al instante
Revestido de todas sus insignias,
Con manto, y real mitra, acompañado
De algunos de sus deudos, y ministros
Se asoma a la azotca, desde donde,
Con voces, y ademanes repetidos
De imperio, y de enojado sentimiento,
Sosegar procuraba aquel desorden,
I obligar asi al pueblo a retirarse.
Mas en vez de respeto, y de obediencia,
No se grangea sino mil denuestos.
Llamarse oye covarde, y apocado,
E indigno dela mitra, que llevaba.
I ojalà que se huviese contenido
El pueblo en sus ultrages, mas entre ellos
Huvo quien asestandole un guijarro
Dirigido al impulso dela suerte
Fatal, que le esperaba, a herirle llega
Mortalmente en las sienes, y en el suelo
Le derriba, privado de sentidos.
De tal atrocidad, que no creia

El pueblo aconteciese, se consterna
El mismo, y mui confuso se retira
Teniendo ya por muerto al soberano,
I deja al quartel libre, y sosegado.
Mas no sosiega el animo afligido
De Cortès, que preveia las fatales
Resultas de aquel golpe, si moria
Motezuma, por ser la herida grave,
I llevado en los brazos de sus deudos,
I del mismo Cortès, interesado
Mas que todos los otros en salvarle,
Aplicaronsele quantos remedios
El arte podaliria sugeria;
Con que logran bolverle los sentidos.
Mas buelto en si de aquel aturdimiento
Se abandona a la rabia, y al despecho
Como loco furioso, y detestando
Dela vida, y la luz, tendia el brazo
A la muerte, que a gritos invocaba,
Para que fin pusiese a su angustias,
I mortales congojas, que su pecho
Despedazaban, como ambrientas fieras.
Resoluto a morir, se veda el mismo
El alimento, y con furiosa mano
Rempujando el manjar, y todo alivio,
De su furor, y rabia sufocado

Arrojò el alma despechada al viento.
La que apenas salida de su cuerpo
Fue a frizar con las alas en su buelo
La frente de Cortès desesperado,
Que recibio su eterna despidida.
Tras el alma, la fama iba en sus alas
Como ave chilladora, que abandona
Su despojado nido, y con sus gritos
Asombra a la ciudad, e infunde al pueblo
Tardo arrepentimiento del ultrage
Hecho a su soberano. Resonaban
Las plazas, y las calles dia, y noche
De sus tristes gemidos, y lamentos.
La emperatriz Ulzua desolada,
Mui semejante a Niobe, postrada
En la presencia del señor de Delos
Para implorar su gracia, y su clemencia,
En trage de dolor, y acompañada
De sus lijos, no duda presentarse
A Hernan Cortès, tendido su cabello
Por el rostro, y espaldas, y seguida
Del precioso rescate del cadaver
De su difunto esposo, asi le dice;
Viuda infeliz, y desgraciada, vengo
A pediros, señor los tristes restos
Del despojo mortal de mi marido

Para honrar como devo a su memoria,
I a sus virtudes. Estos hijos mios,
I suyos, puedan con su infeliz madre
Regar con justo llanto sus cenizas
I entregar a los Dioses las ofrendas,
Para que den a su afligida sombra
Digna mansion en su celestial reino.
Ofrenda igual os traigo, y os presento,
Que acompaña a mi duelo, ya mis ruegos;
Dignaos acceptarla, como prenda
Del reconocimiento tan devido
A la gracia, que imploro. Comovido
Hernan Cortès de aquel doliente aspecto,
Dela afligida viuda del difunto
Soberano, del suelo la levanta,
En que postrose de rodillas ella,
I la dice; señora, a vuestros Dioses
Deveis solo ese obsequio tan humilde,
I esas ricas ofrendas. Ni uno, ni otro
Accepta mi dolor, y el sentimiento
Con que acompaño al vuestro y que yo devo
A la memoria, como a las virtudes
I a los tantos favores recibidos
De vuestro digno esposo. Sus despojos
Mortales alli estan; sois dueña de ellos.
La agradecida Emperatriz demuestra

A Hernan Cortès su aprecio, y con sus hijos,
I deudos acrecienta el gran cortejo
De los nobles, que al feretro seguian.
El pueblo distraido en los obsequias
I en las honras, y ritus funerales,
Desistio por entonces de tumultos.
Mas apenas dejaron encerrado
Al monarca en la tumba, parecieron
Salir de ella el furor, y la venganza,
Que incitaban al pueblo con encono
Mayor, y con mas ciega pertinacia
Contra los españoles. De repente
Ven estos ocupado un alto templo
Vecino a su quartel, que dominado
De cerca por aquel, estaba expuesto
A los continuos tiros enemigos,
Sin dejar asomar a las ventanas
Arcabuz, o ballesta, mientras otros
Entorno lo sitiaban por las calles
I batian las puertas para entrarlo.
En tan terrible circunstancia atiende
Cortès forzosamente a su defensa,
I mientras da el encargo al esforzado
Escobar de escalar, y apoderarse
Del imediato templo, determina
Acometer al pueblo, que inundaba

Las calles, y la plaza. Como rayos
Salen los de a caballo, y atropellan
Al apiñado pueblo; mas su misma
Muchedumbre, los impetus contiene
De los caballos. Vense precisados
Abrirse el paso entre ella con la espada
Los caballeros; mientras los cañones
I arcabuces las calles arrasaban,
Dejando los quarteles despejados.
Mas el vicino templo resistia
A todos los esfuerzos, y al aliento
De Escobar, y sus fuertes compañeros,
Quando llega Cortès; y aunque acababa
De recibir una molesta herida
En el brazo siniestro, se lo cubre
Con una adarga, y a sostener corre
A Escobar, rechazadc por tres veces
Delas gradas del templo. Los sitiados
Tenian hecha provision de bigas,
I de enormes peñascos, que arrojados
Desde el superior atrio por las gradas
Las arrasaban, sin valer esfuerzo
Para poder acometer al atrio;
Pero viendo Cortès embarazada
La eminente escalera por las bigas
I las piedras enormes, que impedian,

I hacian imposible la subida,
Atiende solo a desembararla.
Todos en esto emplean sus esfuerzos,
I conseguido el trabajoso intento,
Trepa Cortès al frente delos suyos,
Al tiempo, que ya exausta enteramente
La provision de bigas, y peñascos,
Solo oponer podian los sitiados
Su desesperacion a los aceros
Prifierendo la muerte al rendimiento.
A ella oponen sus pechos, y asi solo
Dejan a Cortès dueño de aquel templo.
La noche puso fin al obstinado,
I sangriento combate de aquel dia,
El que les hizo ver, que no podian
Permanecer mas tiempo en los quarteles,
Ni en aquella ciudad, ya declarada
Enemiga, sin viveres, y faltos
De todas provisiones. Sobre todo
Agoviaba a sus animos el triste
I terrible recelo, que cortase
El pueblo enfurecido la calzada,
I con ella el camino a la salida.
De este temor èl animo agoviado
De Cortès, determina proponerlo
A sus mas esforzados capitanes,

Los que todos a una le sugieren
Abandonar a Megico quanto antes,
I sin dejar pasar, si se pudiera
Aquella misma noche. Conformarse
Deve Cortès con la imperiosa fuerza
Dela necesidad, y se dispone
Desde aquel mismo punto la salida.
Da el primero lugar en la vanguardia,
Confiada a los fieles Tlascaltecas,
Con ducientos soldados españoles,
I asta veinte caballos, con los gefes
Sandoval, Acevedo, Ordaz, y Lugo.
Prisioneros, bagage, artilleria
Ocupaban el centro. conducian
La retaguardia con los Zempoales
I numero mayor de castellanos,
I de caballos, Davila, Alvarado
Velazquez de Leon, Olid, y Tapia.
Entre el centro, y vanguardia
Hernan Cortès, con sigo conducia
De reten cien soldados, con intento
De acudir al peligro mas urgente,
Ya la llegada noche comenzaba
A estender sobre el suelo el triste manto
De sus tinieblas, mientras se afanaban
Los españoles con los aliados,

A disponer de priesa en los quarteles,
En grande confusion, no sin congojas,
Los tan varios obgetos necesarios
A su forzosa fuga. Pero luego,
Que entre preñadas nubes, los triones
Jndicaron haver la noche oscura
Llegado a la metad de su carrera,
Da principio el egercito a su marcha.
Parecian dormir los megicanos
En un placido sueño. No se oia
Resuello en la ciudad de alma viviente
Ni quien les disputase la salida,
Mas no tardan a ver, hecha de industria,
En alguna distancia una rotura
En la calzada, que les cierra el paso.
Remediala de pronto con un puente
Movedizo de tablas, que llevaba
Por precaucion Cortès en su salida,
I aunque admitio el vacio la largueza
Delas bigas, y tablas, de manera
Que pasar pudo la vanguardia, y centro,
Pero la obscuridad, y los deseos
De accelerar la marcha, y el gran peso
Delos caballos, y cañones, hacen
Que las tablas tascasen en las piedras
Dela rota calzada, y les obligan

A privarse del uso de aquel puente,
Para ganar camino, con lisonjas
De hallar tambien dormido al enemigo.
Mas de alli a corto trecho encuentran luego
Otra mayor rotura en la calzada,
Que les impide enteramente el paso.
Mas mientras tientan los posibles medios
Para pasar a la otra parte, vense
De repente cmbestidos por los lados
I de frente, por una inumerable
Multitud de canoas, con flecheros,
Que con sus tiros, e insultantes gritos
El terror, y congojas acrecientan
Delos que no sabian, ni podian
Encontrar otro medio de salvarse
Que defenderse, y resistir al fiero
I terrible conflito, asta que el dia,
Grangearles pudiese un expediente.
Resisten sin embargo con su esfuerzo
Acostumbrado asi los españoles,
Como los aliados, sin que el daño
I continua matanza que sufrian
Los fieros megicanos, les hiciesen
Desistir de su empeño. Las angustias,
I desesperacion, en tan funesto,
E inevitable lance, al cabo incitan

A Sandoval, ya Lugo a hecharse al agua
Para sondar el fondo en aquel sitio
Dela laguna, junto a la calzada.
Reconociendo el vado transibable
Con el agua asta el cuello, que podian
Esguazar los caballos, con tal medio
Salvan parte del centro; mas quedaba
Cortada enteramente en la calzada
La retaguardia con porcion del centro,
Con todo el gran bagage, y los cañones,
Sin esperanza alguna de salvarlos,
Ni de socorro alguno, embueltos todos
Los fieles Zempoales, y españoles
En las tinieblas, y el horror, y espanto,
I entre el furor, y rabia, y la venganza
Del enemigo, que por todas partes
Con lanzas, dardos, chuzos, y alaridos
Acometianles, con que aumentaban
La confusion, los ayes, y lamentos
Delos heridos, y delos que a ciegas,
Entre los moribundos, y los muertos,
I azorados caballos, y cañones,
Se defendian con furor, y encono;
Asta que abandonados de sus fuerzas,
I del vital aliento, se dejaban
Matar, o conducir maniatados

Al sacrificio horrible delos Dioses.
Entre los pocos, que evilar pudieron
La muerte en tal confito, distinguiose
El valiente Alvarado, que apoyado
A su lanza en las alas de su aliento,
Dio el salto a la otra parte, mas caido
En el agua, la suerte le depara
Una canoa, de que se apodera,
Matando a su barquero, con que pudo
Quando ya alboreaba el nuevo dia
Llegar a salvamento a la ribera
Dela laguna, casi al mismo tiempo
Que huyò el horror de aquella fatal noche
Cortès desesperado, y sin consuelo,
Viendo serle imposible humanamente
Socorrer a los suyos, que quedaban
Cortados sin remedio en la calzada,
Temiendo al mismo tiempo, le cortase
En lo restante de ella el enemigo
La retirada, embia los caballos
A recorrerla, mientras por su parte
Apresura la marcha entre tinieblas,
Mas fortunadamente hallando libre
El restante camino, refugiarse
Pudo en Iztapalapa, con el dia,
Dar descanso a su salvada gente,

Lamentando la perdida de tantos
I tan valientes gefes, y soldados.

Canto 13.°

Oprimido del fiero sentimiento
Entre horribles angustias, y congojas,
Esperaba Cortès en la ribera
Dela vasta laguna con los pocos
Que salvò dela muerte, que abrazados
Con el suelo pidianle el descanso
De que necesitaban, rebentados
De los trabajos, penas, y peligros
De aquella horrible noche, deseoso
De pasar por revista los salvados,
Para ver quanta gente cayò en manos
Del enemigo, y dar al mismo tiempo
Lugar para que algunos se salvasen
Como Alvarado. Asi en aquel descanso,
Forzoso, y oportuno, reconoce
Faltarle mil valientes Zempoales,
Ducientos Españoles, con quarenta
Caballos, todo el tren delos cañones,
I el bagage preñado del tesoro
Jnmenso, que asta entonces recaudado
Todos tenian en aquella impresa,

I llevaban consigo. Perecieron
Entre sus esforzados capitanes,
Amador de Lariz, Francisco Morla,
Francisco de Salcedo, Juan Velazquez
De Leon, capitan incomparable,
Por su valor, y prendas singulares.
Sensible Hernan Cortès a tantas muertes,
Sufocando en su pecho el sentimiento,
Apresura su marcha acia Tlascala,
Temiendo verse luego perseguido.
No tardò a ver cumplido su recelo
En la campiña rasa de Tacuba
Por numeroso egercito enemigo
Qué le fuerza a pararse, y defenderse.
Mas falto de cañones, les opone
Los solos arcabuces, y ballestas,
Que le quedaban bienque sostenidas
Del valor delos fuertes Tlascaltecas,
I delos Zempoales, que escaparon
Del funesto conflito en la calzada.
Mas a pesar del esforzado aliento,
Con que todos el choque sostenian,
I del estrago delos megicanos,
Vè Cortès que su numero crecia,
I teme verse de ellos circundado.
Este afan le sugiere embiar luego

Dos Tlascaltecas, para ver si havia
Por aquellos contornos algun sitio
Algo elevado, donde refugiarse.
Praticos dela tierra, le aseguran
Los Tlascaltecas, que allí cerca havia
Una loma con un adoratorio,
O especie de convento, en que podia
Caber toda su gente, y sostenerse.
Abrasele de par en par el cielo
Al alma de Cortès con tal noticia,
I comunica el orden a los suyos
De retirarse, sin bolver la espalda
Al enemigo, al modo delos Parthos.
Consigue asi ganar aquella cuesta
Con el odoratorio, conteniendo
Las mangas de arcabuces, y mosquetes
A la hueste enemiga: la que viendo
Apoderados ya los fugitivos
De aquella fortaleza, pues podia
Pasar por tal, en tales circunstancias,
Desiste de empeñarse en la subida
Dela cuesta, no sin favor del cielo,
I dela noche, que con lento buelo
Estendia su manto tenebroso
Sobre la tierra. Respirar pudieron,
I descansar los fuertes españoles

Al abrigo de aquel adoratorio,
Erigido a los dioses delos campos,
I abandonado por los sacerdotes
O monges, que cuidaban de aquel templo
Donde les deparò lambien la suerte
No pocas provisiones, que dejaron
Aquellos sacerdotes campesinos.
Descansaron alli por pocas horas
Los fugitivos, que Cortès arranca
Delos brazos del sueño, y del descanso,
Diciendoles; La suerte, no nos deja
Otra obcion, que la muerte, o bien la marcha.
No son para ensayarse por dos veces
Los trabajos, y penas, que sufrimos
En el pasado dia, y que el siguiente
Nos està amenazando, si nos halla,
El enemigo. Es bien sacrifiquemos
La pereza, y descanso a nuestras vidas
No nos queda otro medio de salvarlas.
Con esta exortacion ponense en marcha,
Rompiendo con sus pechos las tinieblas
Con que cubria la pesante noche
Los campos; y caminos. Mas la suerte
Apiadada tal vez de sus trabajos,
Les ofrece a tres leguas de su marcha
Un otro adoratorio, que les muestra

El sol naciente con sus vivos rayos.
Toman alli descanso, mas holgado
I seguro, perdido ya el recelo,
De que les persiguiera el enemigo.
Al abrigo del templo, en una tierra,
Que les abastecia de sustento,
Permanecen en ella algunos dias
Los españoles, con sus aliados,
Para emprender con mas holgado aliento
Las cuestas, y los cerros delos montes,
Conque la serrania les cortaba
El paso acia Tlascala. Continua
El trabajado egercito por ella
Su fastidiosa marcha, superando
A lento paso las iniestas faldas
Delos collados aridos, y secos,
Que el manjar, y bevida les negaban
Asta que ven de cerca sobre un cerro
El pueblo de Alcotan, que les parece
Una jòya engastada en un peñasco.
Semejantes entonces a un rebaño
De sedientas ovejas, que agroviadas
Del ardiente calor en el estio,
En un arido suelo, si a dar llegan
En un arroyo, o en raudal de un rio,
Van todas de corrida, desaladas

A dar mate a su sed adusta en ellas;
No de otro modo la incitada gente
Del hambre, y sed, y penas del camino,
Apresura su marcha acia aquel pueblo,
Ansiosa de descanso, y de sustento.
Acrecientan su gozo en su llegada,
Los atentos obsequios, y regalos,
Conque aquellos humanos montañeses,
Aunque enemigos delos Tlascaltecas,
Les acuden con viveres, y asisten
En sus alojamientos, con que alivian
Sus pasados trabajos. Admiraba
Hernan Cortès aquellas atenciones
En gente sospechosa, y enemiga
Sin poder atinar con el motivo
Entonces de tan finas atenciones,
Asta que averiguò ser el intento
De detener cebados con regalos
Los españoles, asta que llegase
A ocupar antes que ellos el gran valle
De Otumba tras aquella serrania,
El formidable egercito compuesto
Detodas las provincias del imperio,
Que junta en Tacuba Guaqualzingo
Deudo del succesor de Motezuma
El que formado havia aquel proyecto,

De hacer los españoles prisioneros
En el valle de Otumba, si podia
Ocuparlo primero, y antes que ellos,
Para sacrificarlos à sus Dioses.
Por lo que embiò avisos a los pueblos,
Por donde Hernan Cortès se encaminaba,
Para que con obsequios, como amigos,
Retardasen su marcha. Nada de esto
Sabia Hernan Cortès, ni lo temia,
Quien jamas se recata de regalos?
I aunque llevaba en mira dia, y noche
Accelerar su marcha, la distancia
En que se hallaba ya del enemigo,
Sin haverle asta entonces alcanzado,
Le hizo esperar, que no le alcanzaria,
Holgaba asi de ver, que sus soldados,
La mayor parte heridos, disfrutasen
Los alivios, con que les acudia
El pueblo de Alcotan, y su Cacique,
Musa, dime entretanto los estraños
Nombres de aquellos pueblos que juntaba
En Tacuba el caudillo Guacalzingo,
Alli acuden llamados los Toltecas
Los Olpagues, Alcuas, y Taracas,
Xocatencal conduce a los primeros,
I a los otros, el fuerte Orostopeco.

Llegaron los Tirabas, y Otomies
Dejando las opuestas serranias
A la calzada; llevan por caudillo
A Xoconolco. Siguenles los Gualpas,
Los brutales Mestiques, y Urupapas.
Abandonando aquellos las laderas
Del dilatado Parazoquimalco,
I estos los campos fertiles, que riega
El rapido Alocolca. Aquellos tienen
Por gefe el esforzado Xiquimalco,
Mizitencal los otros, mozo ardiente.
Capitanca el tuerto Guazalpingo
Los Atualcas, y Temistopecas,
Que Neuzapil embia bajo el mando,
De aquel valiente tuerto; le impedia
Conducirles el mismo la reciente
Rotura de una pierna. Seles juntan
Los Caciques Guaxilco, y Temistalco,
Con los Mecuaneses, y Apalteques,
Que cultivan los campos, que el Totones,
I el caudaloso Tolca fertilizan.
No distinguen los trages, ni las armas
A todos estos pueblos. Arco, y flechas
Empuñan todos ellos, o cortantes
De pedernal, o los pesantes chuzos.
Atado a la cintura llevan todos

Un ceñidor con plumas, que les cubren
Los muzlos recatados, y desnudos
Los demas, destinguendo a los caciques
Su adorno peculiar. Aunque faltaban
Otros cuerpos lejanos, determina
Accelerar la marcha Guacalcingo
De aquella inmensa tropa que tenia,
I prevenir con ella la llegada
De Hernan Cortès a Otumba, y lo consigue
Por asperos atajos. Entretanto
Viendo Cortès en parte recobrabos
Los enfermos, y heridos, se aprovecha
Del ardid mismo, y traza, en apariencia
Amigable, y sincera del Cacique,
Para juntar los viveres bastantes,
Para aliviar su tropa asta Tlascala;
I obtenido esto intento, continua
Su marcha por el monte, que enlazado
Con otras dos cadenas de collados.
Tendidos acia el austro, sojuzgaba
Con su cumbre aquel valle memorable.
Caminaban alegres los saldados,
Con los muchos alivios, y socorros
Recibidos por manos enemigas,
Pero luego que llegan a las fauces
Que formaban el paso de aquel monte

Para bajar al valle, les aturde,
I sorprende la vista no esperada
De aquella inumerable muchedumbre
De tropas megicanas, que llenaba
Aquella vasta hondura. Se veia
El real estandarte en medio de ellas,
Que Motezuma desplegar no quiso,
I que entonces llevaba Guacalzingo,
Defendido de toda la nobleza,
Que entorno delas andas relucia
Por sus ricos adornos, y atavio.
A un aspecto tan nuevo, y formidable,
Mandò tomar Cortès a sus soldados
El descanso, y aliento que exigia
La fatigosa marcha en la subida
Del empinado monte, y examina
En todos los semblantes, los afectos
Que la consternacion arrancar suele
Al animo asustado en el peligro.
Mas viendoles a todos mui agenos
Del acovardamiento, que pudiera
Causar en todos ellos aquel riesgo,
El mayor, que asta entonces encararon
Sus esforzados pechos, disponerles
Quiere para el combate, asi diciendo;
Quien pudiera creer entre vosotros,

Que en el riesgo mayor que nos presentan
Todas las fuerzas juntas de este imperio,
En ese inmenso valle, nos deviese
Sonreir de ante mano la victoria,
I prometerme un triunfo el mas ilustre,
De quantos lograr puedan vuestros brazos?
Tal es la confianza, que me infunde
Esa multitud misma de guerreros
Allegadizos. El presentimiento
Del alma ès a la veces adivino,
Al ojo de un caudillo. Como suelen
Descubrir en las sombras los pintores
Luces, que no se ofrecen a los ojos
Delos que no profesan la pintura,
Asi puedo tambien lisongearme
De ver en esa hueste inumerable,
El motivo mayor dela victoria,
Mas facil, y segura, en la batalla.
Os lo diran mis ordenes a tiempo,
Mas no sin el concurso delos brazos,
I del valor, y aliento, que os animan.
Con esta confianza, vamos luego
A ensayar el combate. Los tambores
I trompetas les llaman a la marcha,
Por la larga bajada de aquel monte.
Responde con horríbles alaridos

El egercito barbaro, confusos
Con los sones de cuernos, y bocinas,
Que retumbando en las concavidades
De aquellas eminencias, parecian
Asemejarse al fordidable estruendo
Delos astros caidos a pedazos;
Al son delas trompetas animadas
Del soplo delos genios celestiales,
Que a los pies del gran trono omnipotente
Llamaran a juicio los mortales
En el valle, al de otumba semejante,
Segun nos pronostican. No guardaba
Dispuesto ya en batalla el enemigo
Orden particular; mas cada pueblo
Formaba un cuerpo a parte, separados
Los unos delos otros, en distancia
De poder darse mano, acaudillados
De sus caciques respectivos. Todos
Puestos tenian sus ansiosos ojos
En el sacro estandarte, como en norte
De su cierta esperanza en la victoria.
Estas mismas lisonjas no les dejan
Esperar, que llegase el enemigo
A entrar en aquel valle, mas le asaltan
Sobre la misma cuesta de aquel monte.
Llevaba Hernan Cortès en la vanguardia

Todos los arcabuces, y mosquetes,
Que hicieron de ellos general matanza,
I entre ellos a su gefe, que les deja
Parados, y aturdidos. Pero luego
Arremeten de nuevo, y acumulan
El numero de heridos, y de muertos
Unos sobre otros, y sobre los mismos
Trepan para embestir los que les siguen.
Mas pruevan igual suerte. Se adelantan
Sobre aquellos cadaveres, y heridos
Los Españoles para abrirse el paso
Con los caballos en el valle, y logran
Atropellar a los que les querian
Contrastar el camino; forma entonces
Cortès una columna de sus tropas,
Con orden de atender al solo centro,
I sin cuidar sino de defenderse
Delos que acometian la columna
Por los lados, su marcha dirigiesen
En derechura al centro, en que se hallaba
La nobleza de Megico. Mas antes
Les cerraban el paso los Tolmecas
I los Acatamies, y Urupapas
Con los que cuerpo a cuerpo combatian
Los fuertes Tlascaltecas, que a la frente
Puso Cortès dela columna, y estos

Sostenidos delos continuos tiros
Dela mosqueteria el paso se abren
Asta el principal cuerpo delos nobles,
Que defendian la imperial enseña.
A su vista Cortès lisongeado
De obtener la victoria, si podia
Llegar a conseguir el estandarte,
Forma un cuerpo de todos sus caballos
I atropella con ellos la nobleza
Que se les oponia; mientras dura
El combate con ella el atrevido
Salazar acercandose a las andas
Con la lanza acomete a Guacalzingo,
I le derriba de ellas en el suelo
Con el sacro estandarte. Se apodera
El mismo Salazar de aquella insignia,
Que entrega a Hernan Cortès, el que la muestra
Levantandola en alto a sus soldados;
Que toda via en diferentes partes
Del campo combatian. Mas su vista
Como la de un cometa formidable,
Atierra a los guerreros megicanos,
Que huyen por todos lados, a manera,
De vandada de vagos estorninos
Aturdidos de un trueno repentino.
Celebran con mil gritos de alegria

Los españoles, y confederados
La victoria por siglos memorable.
Entrega Hernan Cortès a sus soldados
Los despojos del campo da batalla.
I dadoles el tiempo de descanso,
Con ellos se encamina acia Tlascala.
Le havia precedido ya la fama
Dela victoria, dela que admirado
El senado, salir a recibirle
En triumfo determina. No contentos
Algunos senadores de este obsequio,
Quieren adelantarse a recibirle
En Gualipar, frontera del estado
De Tlascala, y ser ellos los primeros
A darle sus gozosos parabienes.
El buen Magiscatzin era uno de ellos,
Que entre los senadores de Tlascala
Fue el primero en votar se le otorgase
A Hernan Cortès la paz, y la alianza,
Que el pretendia en su primer llegada.
Jba con èl el senador Cololco,
Bien que privado dela vista, padre
Del que fue gefe delos Tlascaltecas,
Xicotencal, que se mostrò enemigo
De Cortès, en la guerra, que sostuvo.
Magiscatzin al verle, qual pudiera

Un hijo al padre victorioso, le abre
Sus impacientes brazos, y le estrecha
En ellos sin soltarle, y le miraba
Con tierna admiracion, con que decia
Seguir quiero a tu Dios; el solo puede
Producir hombres tales. L tendia
Tambien Cololco sus ancianos brazos,
I en ellos le palpaba el rostro, y cuerpo,
Supliendo con el tacto delas manos
La privacion sensibie dela vista.
A la magnificencia, y a la pompa
Con que le recibiò la vez primera
El senado, añadir en esta quiso
Nuevas publicas fiestas, y combites,
Con que zanjò el senado para siempre
Su indeleble alianza con la España.

Canto 14.

Pero como las glorias de este mundo
No siempre durar pueden, mas expuestas
Estan a escurerse, como el dia
Sugeto a las tinieblas de la noche;
I como por sus leyes la natura,
Mezclar quiso los bienes con las males
A la natura humana inevitables;

Asi las glorias de Cortès temieron
Extenguirse con èl en el sepulcro,
Aunque nó en la memoria delos hombres,
Salido havia herido en la cabeza
Del combate de Otumba; mas la herida
Jndignada talvez de su descuido,
O de su menosprecio, cobrò fuerzas
De inflamacion, interna de cerebro,
Que al trance dela muerte le redujo.
Tenian en Tlascala a Xocoluca,
Dios de la medicina, venerado
En templos con ofrendas, y con votos
Como el Dios Esculapio en Epidauro.
El temor dela muerte en todas partes
Siempre indujo a los hombres a forjarse
Deidades tutelares de sus vidas,
Como si prolungarsela pudiesen.
No podian los fieles Tlascaltecas
Dar a Cortès prueva mayor de afecto
I de su estimacion, que en el concurso
Del pueblo y del senado, que acudian
A implorar su salud a Xocoluca.
Tenian sin embargo Podalirios,
Que al favor ayudaban de los Dioses.
Sobresalia entre ellos Oxicoa
En el conocimiento delas hiervas,

Con que obraba prodigios. La natura
Encerrò solo en ellas los tesoros
Dela humana salud. Llamado, acude
Oxicoa, y la herida examinada,
Aplicala primero ciertas hiervas,
Que la agravada inflamacion aplacan;
I sirviendose de otras diferentes,
Mitiga los dolores, y con otras
Cicatriza la llaga. Se celebra
No menos on Tlascala aquella cura,
Que la salud del todo recobrada,
De Hernan Cortès, a quien amenazaba
Otro nuevo peligro, mas temible,
Que aquel del que salia. Resentido
Contra èl Diego Velazquez, que entregole
El mando dela armada, destinada
Para el descubrimiento delas tierras,
En aquel continente, en cuya empresa
Se hallaba Hernan Cortès, creyò Velazquez
Quitarsela del todo delas manos,
Con diez y ocho naves, confiadas
A Pamfilo Narbaez, con ochenta
I mas caballos, y ochocientos hombres.
Con los que pudo luego apoderarse
De Vera Cruz, y entrar en Zempoala.
Pone en consternacion esta noticia

Al alma de Cortès, en quien suscita
El recelo de ver desvanecida
Su trabajosa empresa, en el momento,
En que se prometia, que la gloria
La coronase de sus resplandores.
Pero para no verla malograda,
I perdido del todo el fruto ilustre;
Regado con la sangre esclarecida
De tantos esforzados españoles,
Resuelve dividirla con Velazquez
I la ofrece a Narbaez con el pacto
De establecer la paz, que le pedia
Antes que la Discordia se cebase
En la sangre civil. Pero Narbaez
Ufano de sus fuerzas superiores,
Deshecha el generoso ofrecimiento.
Viendo Corlès su honor comprometido,
Resuelve sostener aquella guerra.
I sin mas esperar, con el socorro,
Que le ofrece el Senado de Tlascala,
I con los españoles que tenia
Se encamina al encuentro de Narbaez,
Que estaba toda via en Zempoala,
I asienta sus reales cerca de ella,
De esta parte del rio de Canoas.
Sabida por Narbaez su llegada

Resuelve acometerle en aquel rio
A donde se encamina con su tropa.
Mas le contrasta el paso una nubada,
Que impelida del viento impetuoso,
Descargaba el granizo contra el rostro
De sus soldados, que desavenidos
Con la intemperie, amigos del descanso
Maldicen la salida intempestiva,
I piden retirarse a lor quartales.
Condesciende Narbaez, que tampoco
Amaba la inclemencia delos tiempos,
I se retira a su quartel. Sabido
Por Cortès este lance, servir hace
La desabrida noche, y el mal tiempo,
Para asaltarle en Zempoala. Aprueban
Esta resolucion sus capitanes,
I cubierto del manto dela noche,
Sin ser visto ni oido, ni esperado
Del dormido enemigo, pone en orden
Sus soldados, los que al quartel asaltan
Al repentino son delas trompetas,
I cajas militares. Se apoderan
El terror, y el ospanto del confuso
I aturdido enemigo, sin acierto
En lo que hacer devia. Mientras unos
Acuden a las armas, buscan otros

La senda dela fuga. Mas do quiera
Encuentran las espadas vencedoras,
Que les obligan a rendirse. Sale
Atonito Narbaez a informarse
De aquel tumulto. Mas Farsan soldado
De Cortès le acomete con la espada,
I pasandole el ojo le derriba
Medio muerto en el suelo. Se difunde
La voz por el quartel de esta desgracia,
Que induce a todos ellos a rendirse
Al vencedor humano, y generoso,
Que en vez de prisioneros, les recibe
Por soldados amigos. Asi se halla
Dueño de un nuevo egercito, formado
Con tren de artilleria, y con caballos,
Sin poder esperarlo, ni pensarlo.
Con tan fausto suceso, no podia
Dejar Cortès de bendecir la mano
Del propicio Destino, y de admirarlo;
Pues delos accidentes mas adversos,
Nacer hacia medios, y recursos
Para hallanar las sendas a su empresa,
La que no duda de llevar al cabo
Con la conquista de aquel vasto imperio,
Dandole al parecer justo motivo,
La nueva que recibe, dela muerte

De Quatlavaca, succesor al trono
De Motezuma; y que en su vez nombrado
Quedò Guatimozin, joven guerrero,
Que pertrechaba a su cuidad, resuelto
A impedirle la buelta a la laguna.
Pero Cortès seguro de su empresa
Con aquel nuevo egercito, apresura
A Megico su buelta, y sin contraste
Llega a ocupar la plaza de Tezcuco,
Primera sobre el lago, y la destina
Para su gran quartel, y como centro
De sus operaciones militares.
Alli teniendo juntos sus soldados,
A la vista de Megico, que en medio
De aquella gran laguna, como reina
Delas muchas ciudades populosas
Que entorno la formaban la corona,
Levantaba sus torres. Con el dedo
Se la muestra diciendoles; Es esa
Magnifica ciudad el grande premio,
Que la gloria promete a vuestro esfuerzo,
I el descanso final delos trabajos,
I de tantos peligros, que vencimos.
Os quedan solo por vengar en ella
Las lamentables, y funestas muertes
De nuestros compañeros, arrastrados

A los altares delos fieros Dioses,
A quienes, como reses carniceras,
Fueron barbaramente degollados.
Os queda alli el tesoro, que perdimos,
En nuestra retirada; aunque no es este,
Ni serlo deve, el principal obgeto,
Que anime a vuestros nobles corazones;
Mas si la Religion, cuyo estandarte
Vais a sentar en ella, para siempre
Sobre el alta ruina de esos templos
De crueles deidades, que alimentan
De humanas carnes a sus sacerdotes.
Vais a vengar la Humanidad, que os tiende
Sus descarnados brazos; y los suyos
La natura tambien, para que queden
Libres de tales abominaciones
Vais a ceñir de gloria, y de riquezas
Las sienes delas España, y su monarca,
Que premiarà a su turno vuestro esfuerzo
I valor, para siempre memorables.
Poco despues de su feliz llegada
A Tezcuco, a Cortès se le presentan
El Cacique del Chalco, y el de Otumba,
Para eximirse delas violencias,
Que en ellos cometian los ministros,
I los recaudadores de las tasas,

I tributos del Megico. La Suerte
No podia ofrecer mas oportuno
Ni mas propicio medio a los intentos
De Hernan Cortès, para su grande empresa,
Pues sumisas aquellas dos provincias,
Del Chalco, y la de Otumba, le dejaban
Libre asta Vera Cruz, desde Tezcuco,
Toda aquella extension delos paises
Intermedios del Megico, y abiertas
Las comunicaciones, sin estorvo
Para la conduccion delos navios,
Que estaba construyendo Martin Lopez
En uno delos montes Tlascala,
Sin los quales haciase imposible
Asaltar la ciudad, y conquistarla.
Pero exigia tiempo aquel trabajo
I nuevos artificios con arreos
Para animar los insensibles buques.
Jmpaciente Cortès de aquella espera,
Hace servir el tiempo, y su tardanza,
Para sondar mejor su gran designio,
Recorriendo los pueblos, y ciudades,
Que entorno coronaban la laguna,
I que pndieran darle algun estorvo,
O bien facilitarle la conquista.
No era su intento destruirlas, digna

Solo ès de acero barbaro tal obra;
Queria avasallarlas a la sombra
Del arbol de Minerva, y delas leyes
Dela clemente humanidad, en nombre
De su augusto monarca, antes que al hierro
Destructor. Mas su zelo intolerante
La sola destruccion llevaba en mira
Delos templos, y altares delos Dioses,
I de su cruel culto; mataderos
De victimas humanas, contra quienes
Armò su brazo del acero. Vieron
Asi sus templos; y sus falsos dioses
Del todo destruidos, la graciosa
Jolcatan, y la bella Tenayuca;
Ni eximir pudo sus sangrientas aras
Del hierro vencedor la populosa
Colbatizlan. Mas sobre todas ellas
El castigo temia, y la venganza
De Hernan Cortès Tacuba, que en grandeza
En hermosura, y fuerzas competia
Con su rival Tezcuco. Deseaba
Vengar Cortès en ella la matanza
De sus muchos soldados, y aliados,
En su primera, y lugubre salida
Dela ciudad de Megico, y contra ella
Encamina sus fuerzas; mas la encuentra

Puesta en toda defensa, protegida
De numerosas tropas, ordenadas
Delante de ella, como si quisieran
Admitir la batalla. Mas apenas
Ven mover a los fieles Tlascaltecas,
Para cerrar con ellas, se retiran
De priesa en la ciudad, mostrando miedo
De ser acometidas. Mui ageno
Cortès de algun engaño, embestir manda
A la ciudad. en que penetran luego,
I sin oposicion los Tlascaltecas
I Zempoales, con los españoles,
Creyendo averse apoderado de ella.
Mas viendoles ya dentro el enemigo,
Les buelve cara, y con feroz denuedo
Por calles, y por plazas les embiste,
Mientras desde las casas, prevenidas
De armas arrojadizas, les oprimen
Las furiosas mugeres, y con gritos
De ultrages, y de horribles maldiciones
Sus tiros acompañan. Sostenian
Los fuertes españoles, y aliados
Aquel continuo choque, quando a un tiempo
Ven correr, y estenderse por las calles
A largo paso el agua, y convertirse
La ciudad en un lago repentino.

Sobrecogidos de terror, y espanto
Los españoles, y los aliados,
De verse alli anegados, y oprimidos
Del furor delos fuertes Tacubenses
Quieren huir, y resistir a un tiempo
Al furor popular, que les apremia,
Con las armas, y voces insultantes,
No menos, que con recias carcajadas
Al verles salpicar embarazados
El agua, que crecia. Costernado
Cortès como los otros, a acaballo
Corria a todas partes, asistido
De sus dos escuderos, exhortando
A todos a la fuge, sostenida
De sus armas. Mas mientras anda en esto,
Le acomete, y separa delos suyos,
Un esquadron de tropas megicanas,
Que le mata al caballo. Por fortuna
Le deja en pie el caballo en su caida,
I armado del escudo, y dela espada,
Dela pared vecina protegido,
Con denuedo increible se defiende
Contra los muchos que prenderle intentan,
Para llevarle vivo al soberano,
Sin poder defender sus escuderos
Urrea, y Castillon, que de sus ojos

I corazon le arrancan, circundado
De tantos enemigos, contra quienes
Con increible esfuerzo se defiende
Como leon cinifio, que cercado
De cazadores, que prenderlo intentan,
Eriza sus guedejas, y en su quedo
Terrible, gira en torno su sañodo
Semblante, en que los ojos centellean;
I afirmado en sns garras, ver espera
Si alguno le acomete, de mas cerca
Para despedazarle: o bien qual bravo,
I vigoroso toro, alla en los pastos
Del xarama, que al verse acometido
De incitados mastines, que hacer presa
Quieren en èl, ora traspasa al uno
Con sus agudas astas las entrañas,
Ora al otro patea, y cascamaja,
Con sus duras pesañas, ora al otro
Arroja de si al aire, y se defiende
De todos juntos, en furiosa lucha,
Tal Cortès parecia en aquel lance,
Asaltado de aquella muchedumbre,
Ora matando al uno, ora dejando
Herido al otro mortalmente, y ora
Pasando al uno el pecho, al otro el rostro,
Con que dio tiempo al esforfiado Olea,

Que acaso por alli se retiraba,
Para que se arrojase como tigre
Sobre la muchedumbre de enemigos;
I seguido de Ordaz, y de Velazquez,
Salvasen a Cortès, ensangrentado
Delas muchas heridas recibidas.
No correspondiò el daño padecido,
Al terrible peligro, en que se vieron
En aquella forzosa retirada
Los españoles, y aliados; pocos
Fueron los Zempoales, que murieron;
Fue el numero mayor delos heridos,
Entre los Tlascaltecas. Todo el peso
Dela mayor desgracia de aquel dia,
Cayò sobre los solos escuderos
De Hernan Cortès, y sobre el mismo, a riesgo
De quedar prisisionero, y de perderse
Aquella ilustre empresa con su vida,
Sacrificada acaso a las deidades,
Que destruir queria. Mas velaba
Su destino sobre èl, y asegurado
De su favor, menospreciar solia
Los mayores peligros. No fue inutil
Sin embargo a Cortès, y a sus soldados,
Aquella escorreria por los pueblos,
Entorno a la laguna, mientras daba

Tiempo a la construccion delos navios,
Que esperaba en Tezcuco. Mas devia
Correr alli su vida mayor riesgo
Por la conjuracion delos soldados,
Que dejò en estacion en aquel pueblo,
Jnducidos por cierto Villafaña
Arcabucero, que pescar solia,
Sobre un somero escollo en la laguna.
Era el Dios de toda ella Moxualco,
Que en Megico tenia altar, y templo,
Donde era venerado, como numen
Tutelar de aquel pueblo. Amedrentado
Guatimozin delas grandiosas naves,
Que Cortès en Tlascala construia,
I dominar devian la Laguna,
Manda acudiesen todos por remedio
Al templo de aquel Dios; interesado
El mismo en conservar su sacro culto
Parece oyò los ruegos Mexualco
Del pueblo Megicano; y deseoso
De ampararle, su gran poder no encuentra
Medio mas eficaz para el intento,
Que el de hacer, que matasen sus soldados
A Hernan Cortès. Mas como? I con que traza?
Asegurarla espera por conducto
Jndigno a la verdad de un Dios; mas era

Eficaz otrotanto, y poderoso
Coechando un soldado que pescaba
Con frequencia en èl lago. A este fin habla
A su nimfa Chulòe, la mas bella
I la dice; Chulòe, amada mia,
A la seguridad de nuestro imperio,
I al culto, que en las aras recibimos,
Jmporta summamente, que perezca
Quanto antes el caudillo de esa gente
Advenediza, a manos del soldado,
Que està pescando alli, en aquel escollo.
Tu sola puedes conseguirlo: corre;
Cebale con tus gracias, y atractivos,
I en merced dela muerte de su gefe
Prometele prestarle tus favores;
Pero solo despues de conseguida.
Asi le dice el Dios, Ella responde;
Que puedo yo negar al tierno afecto,
Con que me distinguis? Obedecido
Vais a ser al instante. Parte luego
Chulòe, mui preciada de su encargo;
I como quien ignora de ser visto,
Verguenza no padece de sn propria
Desnudez, y de nadie se recata;
Fingiendo asi Chuloe no ser vista,
Sale fuera del agua sin reparo,

I tomando en sus manos los cabellos
Para exprimirlos, muestra sin recelo
Todo su terso cuerpo. Desconcierta
Tal vista a Villafaña: y qual sabueso
Que se arroja a la presa apetecida,
Que lleva la corriente, temeroso
De perderla, se lanza asi en el agua,
I se apodera de ella aquel soldado.
Ella grita, y qual Dafne perseguida
De Apolo, tienta huir, pero de modo
Como la que en su fuga ser desea
Alcanzada, y prendida. Villafaña
La enlaza con sus brazos, y rendirla
A su viril esfuerzo pretendia.
Mas ella resistiendose con fuerza
De deidad recatada, asi le dice;
Piensas, hombre atrevido, y temerario
Rendir a la que trata con los Dioses?
Todo el humano esfuerzo nada puede
Sobre mi, si de grado no me rindo.
Ni me veras rendida, si primero
No das ia muerte a tu caudillo. Entonces,
Pues lo devo saber, si lo egecutas
Me tendras aqui mismo sometida
A tu querer. Ardiendo Villafana
En lujuriosa llama, y disgustado

Por otra parte con Cortès, no duda
Prometerla su muerte, y deseando
Gravar su juramento con los labios
En el rostro de aquella bella nimfa,
Ella en el agua se zabulle, y deja
Comprometido al torpe Villafaña
En su ruin, e indigna alevosia.
No era esta nueva, ni tampoco estraña
A su animo indignado, y resentido
Contra Cortès. Tramada la tenia
Con otros compañeros conjurados
Que asaltarle divian sobre mesa,
I quitarle la vida a puñaladas.
Para poner en obra este designio,
Esperaba su buelta de Tacuba.
Ageno Hernan Cortès del atentado
De sus proprios soldados, atendia
A formar en Tezcuco el astillero
Para las naves que esperaba: pero
Por èl velaba su propicia suerte
Que indujo a Duero, complice en la muerte,
A delatarla a su caudillo. Queda
Aturdido Cortès de aquel designio,
Que le recuerda a quantos accidentes
Adversos, van expuestos en la tierra
Las glorias, y las vidas delos hombres.

Se aturde mucho mas al ver la lista
Con los nombres de aquellos conjurados.
Pero vista, al instante la suprime
En su pecho magnanimo, y la olvida.
Se ciñò su castigo sin venganza
Al solo Villafaña, a quien Chuloe
No pudo ver de buelta a la laguna.

Canto 15.

Havia dado fin a sus trabajos
En la industriosa construccion de aquellas
Doce guerreras naves en Tlascala,
El ingenioso Martin Lopez, digno
De que la fama en aquel nnevo mundo
Escribiera en los templos dela Industria
Su nombre entre los mas esclarecidos
De Archimedes, y Dedalo. Faltaba
La operacion no menos admirable
De su dificil conduccion, por trecho
De camino tan largo asta Tezcuco.
A este fin el senado de Tlascala
Destina mil tamenes, o bien hombres
De carga, que en sus ombros los llevasen
Era de ver por cierto aquellos buques,
Que descansaban sobre humanos ombros,

Superar las subidas delos montes
Mas encubrados, y bajar los mismos
Por precipicios, y asperas quebradas,
En que abrirles devia el hierro el paso,
Por donde no cabian sus costados;
O inventar otros nuevos artificios,
Para pasar los rios, y torrentes,
Que el paso les cruzaban. Que no vence
La industria delos hombres! Finalmente
Despues de mil trabajos, y fatigas
Llegan los buques a Tezcuco. Sale
Cortès alborozado a recibirles
Con su tropa, y con grita de alegria.
Digno era de ella su feliz arribo,
I dela admiracion de humanos ojos,
Viendo en los ombros de millares de hombres
Llegar aquellos dilatados cuerpos
Por tan largo camino. Los celebran
Con voces de contento los soldados,
I el pueblo de Tezcuco, acompañadas,
De tiros de cañones, y arcabuces.
No bastaba al intento dela empreza
Su increible llegada; les faltaban
Los estendidos brazos, y las alas
Que devia aplicarlas su ingenioso
Constructor, para que las animase

El viento, y dominasen la laguna.
Abastecidos ya de sus arreos,
Quiso darles sus gefes y sus nombres
Respectivos, Cortès, y les destina
Veintecinco soldados, con remeros;
I adornados de flamulas al agua
Lanzarlas manda desde el astillero,
Que dispuesto tenia. Todas ellas,
Como vandada de pesados gansos
Que desde el borde de una balza, en ella
Se arroja uno tras otro, y asentados
Sobre sus anchos, y pomposos pechos,
Con que se pavonean mui ufanos,
Rompen a nado el liquido elemento,
En que dejan el rastro de su curso.
Por largo trecho; son asi lanzadas
Unas tras otras las pomposas naves,
Al estruendo festivo y jubilante
De los ardientes bronces, y arcabuces
I al delas altas veces del contento
I admiracion del pueblo de Tezcuco,
Viendo señorar al agua y viento
Aquellas nuevas maquinales aves,
Con sus pomposas alas, arrojando
Por tantas bocas llamas de su seno.
El Dios del lago al ver desvanecida

Su venganza con la funesta muerte
De Villafana, y que señoreaban
Las naves la laguna impunemente,
No pudo contenerse en su despecho,
Viendo a Cortès sobre su capitana,
Que el rumbo delas otras dirigia;
I salido del agua enteramente,
Sobre una vasta concha, que de carro
De nacar le servia, se endereza
Acia la nave da Cortès. Ceñia
Sus chorreantes sienes un penacho
De admirables colores, que en tributo
Sus aquatiles aves le rendian,
Graznando unas entorno en cortos buelos,
Otras sobre sus pechos asentadas,
En su pausado nado, parecian
Hacer alarde ufano de sus plumas,
Teñidas por el iris. Muchas nimfas
La seguian a nado; y acercado
Acia la nave de Cortès, le dice
Con ronca, voz, y fiero continente.
Valia tanta pena, temerario,
I ambicioso mortal, que aqui vinieses,
Desde un remoto mundo, a rebolvernos
Este, en que nos hallabamos felices,
I que oculto tenian tantos siglos

A la codicia, y ambicion del hombre!
Es otro acaso el deplorable obgeto,
Que acà te trajo, què el sonido vano
Dela fama, y del oro, que la muerte
Arrebatarte deve en el sepulcro?
Podras alzar tu tumba de trofeos,
I de vanas insignias, y a tus hijos
Dejar en manda titulos y honores;
I allegados tesoros. Mas las sombras
De tantos infelices degollados,
I por ti despojados de sus bienes,
Arañaran la tuya con chillidos
Lamentables, do quiera qua la encuentren,
Sin que entonces las armas te difiendan.
O quanto mas valiera, que entregases
A las voraces llamas esos buques!
No viera yo entregada a los horrores
Del estrago, y ruina, que amenazan
A esa grande ciudad, que levantaron
Los siglos mas remotos, ni a su pueblo
Destruido, ni el trono derribado,
Ni entregado a las llamas su monarca!
Sombra de Motezuma, es este acaso,
El premio, y la devida recompensa
Dela amistad, y generoso afecto,
Con que diste la entrada a tales hombres,

Que imploraban la paz, y la alianza
En nombre de su Rei? O fatal suerte
De infelices mortales destinados
A destruirse entre ellos con las armas!
Pero evitar ne pueden su destino!
Esto dicho con impetu de enojo
Se zabulle en el lago. Responderle
Quiso Cortès. Mas desaperido,
De su vista, dirige su discurso
A su nave, diciendola; No importa;
Anda, y embidien tu mejor destino
El Eta, y Otris. Suelen aplacarse
Con humo las deidades. Se jactaron
Argos, y Tifis del potente auxilio
Dela esposa de Jove. Ser no suelen
Del mismo parecer, y sentimiento
La Dioses en el cielo. A su venganza
Reservò Juno al Ilion, que Venus
Proteger pretendia. Mas es uno
El aspero camino dela gloria,
Que ellos mismos al hombre señalaron,
Negado al los covardes, y apocados.
Satisfecho Cortès de aquel ensayo
Primero de sus naves, determina
Acometer a la cuidad. Acia ella
Desde la tierra firme conducian

Tres calzadas magnificas de piedra,
Que a los ojos de Cesar, y Luculo
Pudieran ser de admiracion. Las daban
Sus nombre respectivos tres ciudades
Asentadas en ellas, de Tecuba,
De Istapalapa, y Jalcotan. Por ellas
Acometer la capital resuelve,
Dividiendo su egercito en tres cuerpos
Mandados por Olid el uno de ellos,
Por Sandoval el otro, y el tercero
Por Pedro de Alvarado. Èl con las naves
Devia sostener los tres ataques
Por las calzadas. Mientras se encamina
A dar principio con sus doce naves
Al acometimiento, ve que salen
De la ciudad millares de canoas,
Que le acometen, con atrevimiento,
Que haciase increible a Cortès mismo.
Este dirige el hervoroso curso:
De sus naves contra ellas, que las hechan
A pique con sus proas, o destrozan
Con tiros a mitralla, mientras otras
De los choques entre ellas, todas cubren
De muertos, y de heridos la laguna.
Conviertense en lamentos, y altos ayes
Sus antes jactanciosos alaridos.

Se ven unos nadar desesperados
Rebufando la sangre, que tragaban,
De que havian teñido la laguna
Otros llamar socorro, y aferrarse
De los vagantes cascos, en que expiran
Cogidos de otros tiros. No les vale
La ligereza, a las que escarmentadas
De aquel destrozo, entreganse a la fuga;
Los tiros las alcanzan. Pocas fueron
Entre millares las que se salvaron.
Estremeciose Megico a tal vista,
Mirona de aquel tragico combate,
Arrojando lamentos las mugeres
Los jovenes, y viejos, que cubrian
Todas las azotcas de sus casas.
La noche puso fin a la matanza.
Mas al rayar el alva, que auyentaba
Las postreras tenieblas dela noche,
Hecha de ver Cortès, aunque en confuso,
Que adelantado Olid en la calzada
De Julcatan, le contrastaba el paso
El enemigo sobre sus canoas.
Acude alli Cortès, y disipando
Aquellas con los tiros, coopera
A que Olid con los suyos llenar pueda,
Con tierra, y con faginas, las roturas

De la misma calzada, que impedian
Llegar a la ciudad, y ya cegadas
Pasa toda su gente con cañones,
I caballos, y llega al fin a tiro
De fusil dela entrada, defendida
Del intrepido pueblo megicano.
En vano los cañones aterraban
Las casas fronterizas; sus ruinas
Servian de pertecho, y de castillos
A los que sin temor las ocupaban,
Para oponer mas fuerte resistencia.
A pesar de esta, se abre Olid la entrada
En la cuidad con los arcabuceros,
Mas encuentra la casas, y las calles,
Defendidas al tope por el pueblo,
Que le resiste con furor, y traya
Cuerpo a cuerpo el combate. En èl les deja
Cortès, y les destina quatro naves
De socorro, y defensa, mientras buela
Con las otras a dar pronto socorro
A Sandoval en punto de perderse.
Havia este logrado con su gente,
Cegar en la calzada, dos roturas
I pasar los caballos, y cañones,
Prosiguiendo su marcha. Mas llegado
A la tercer rotura, le acometen

Millares de canoas, mientras otras
Rompen a sus espaldas las roturas,
Que dejaba cegadas. Oprimido
Por uno y otro lado delos dardos,
Sin permitirle adelantar el paso,
Ni cegar los roturas, que quedaban
Por pasar, buelve atràs; mas halla roto
El paso en la calzada, que acababa
De cegar, y pasar, con los cañones,
Sin poder avanzar, ni retirarse.
En tal conflito vè los bergantines
Venir en su socorro a remo y vela,
Que socorro del cielo parecia.
A su vista desvandanse al instante
Las canoas, y dejan libre el paso
A Sandoval, que puede, sostenido
Delas llegadas naves, acercarse
A la ciudad, llenando las roturas,
Que le quedaban por pasar. Le deja
Cortès en su defensa, y en su ayuda
Otros quatro navios; con los otros
Quatro que le quedaban tambien buela
A sostener a pedro de Alvarado
En la calzada de Tacuba, falto
De mucha gente, que perdido havia
En aquella calzada. Divididas

De este modo las naves, facilitan,
I protegen a un tiempo los ataques,
De Olid, de Sandoval, y de Alvarado;
Mas mientras estos ganan palmo a palmo
Las calles, y las casas, defendidas
Por el furioso, y enconado pueblo,
Que selas contrastaba, corren riesgo
De perderse las naves, que mandaban
Pedro Barba, y Trugillo, con su gente.
Viendo los Megicanos las ventajas
Que llevaban las naves españolas
A todas sus canaos, meditaron
Construir otras naves a su modo,
Que en grandeza, a lo menos compitiesen
Con aquellas. En esto ellos emplean
Jnfinidad de gente noche y dia.
Llamabanlas Piraguas. Acabadas
Las ocultan en unos carrizales
Espesos, que criaba la laguna
En sus someros fondos. Alli esperan
Distraer los molestos bergantines,
De los ataques delas tres calzadas,
Saliendo a provocarlos con canoas.
Cortès sin recelar algun engaño,
Embia a perseguirlas las dos naves
De Barba, y de Trugillo. Fingen ellas

Huir; pero se meten, y refugian
En aquellos carrizos. Las persiguen
Sin recelo las naves, que llevadas
Del curso impetuoso a remo, y vela,
Metense incautamente en los carrizos,
I encallan en el cieno, en que zozobran.
Cargan luego sobre ellas las piraguas,
Llenas todas de armados, que con gritos
De jubilo, y de escarnio las asaltan.
Vense los españoles precisados
A saltar delas naves en el cieno
Del carrizal, quedando rebolcadas
Aquellas de costado, y a pie firme
En el agua, defiendense, y combaten,
Con sns solas espadas, y rodelas
Casi todor heridos, y sin fuerzas
Para hacer frente a tantos enemigos.
Era ya inevitable su ruina,
Si Cortès advirtiendo desde lejos
Jnclinados los arboles, y antenas
Delas dos naves, sospechando luego
Su zozobra, no huviese destacado
Verdugo con su nave, a socorrerlas.
Bajo su fuego pueden refugiarse
Los españoles, mientras las piraguas
Batidas delos tiros, se retiran,

Maltratadas, y dan lugar, y tiempo
Para desencallar los bergantines,
I aunque con gran trabajo lo consiguen.
Entretanto seguian los ataques
Por la ciudad de Megico, resueltos
A morir sus furiosos ciudadanos,
Antes que someterse. Resonaban
En las calles y plazas, los lamentos
I alaridos de madres, y doncellas,
I gente desvalida, que imploraban
En vano la asistencia de sus dioses,
Hachados por el suelo, combatiendo
Los demas como tigres. Al fin pudo
Alvarado llegar a la gran plaza,
De Trateluco, en que tener solia
Sus mercados el pueblo megicano.
Hallala llena al tope de guerreros,
Que le impiden la entrada. En vano espera
Abrirse el paso en ella con èl fuego.
A los caidos muertos sucedian
En pie los vivos, que le acometian
Sin darle tiempo a que cargàra. Suolen
Las espadas, y dagas, mas encuentran
La misma resistencia, asta que llegan
Olid, y Sandoval por otras partes
A entrar, segun el orden que llevaban;

En aquella gran plaza. Se refugian
Entonces las furiosos Megicanos
En los tres grandes templos, que alli havia,
I en ellos se defienden, sostenidos
Delas imprecirciones, y conjuros
Delos enfurecidos sacerdotes,
Que con ellos perecen. Mas quedaba
Por ocupar, y por vencer la parte
Dela ciudad opuesta a las calzadas.
Donde el emperador con la nobleza
Se havia refugiado. Recelando
Cortès que se esadiera con su corte
Guatimozin, a Sandoval da el carga
De recorrer con parte delas naves
Los surgideros, para que impidiera
La fuga del monarca. Prevenido
Sandoval vè a lo lejos gran concurso
De gente con canoas, y piraguas,
Que indicaban hacerse alli un embarco,
Acià allà se encamina con sus naves
Para reconocerlo; le acometen
En su rumbo millares de canoas.
Pero advierte a lo lejos seis piraguas
Llenas todas de gente distinguida,
Como lo demostraban los penachos
Que llevaban; remar a toda voga.

No le deja tal vista duda alguna,
De que Guatimozin huyese en ellas
Con su real familia; y al instante
Embia el bergantin el mas velero
Para darlas alcance. Lo consigue
El capitan Holguin, que lo mandaba.
Llegado a tiro de ellas, oye gritos,
Con que sele decia, no tirase,
Poes iba alli el Emperador. Desea
Saber Holguien en qual de las piraguas.
Jndicada, la aborda, y entra ella
Con la espada en la mano, preguntando
Por el Emperador. Este asustado
Se le presenta, y dice; aqui me tienes
Prisionero; te sigo a donde quieras.
Solo te rueojo atiendas al decoro
De esta, que es mi muger. Temblaban todos.
Holguin selo promete; mas le ruega
Con imperioso tono, que pasase
Al Vergantin, inclina èl la cabeza
I se somete al imperioso ruego,
Tan sobre si, que oyendo, que Holguin daba
Orden a las piraguas de seguirle,
Guatimozin le dice; no lo dudes,
A morir vendran todos, donde muera
Su Soberano. Holguin parte al instante

I lo conduce a Mègico. Avisado
Cortès de su llegada, sale luego
A recibirle, y con atento obsequio.
Le entroduce, seguido de su esposa
La Emperatriz, en decorada estancia,
I les ofrece asiento. Le responde
Guatimozin, en tono de despecho;
Que aguardas capitan, que no me matas?
Embarazosos son los prisioneros
Como yo al vencedor. Aqui me tienes,
Decide de mi vida: y esto dicho
Prorrumpe en un gran llanto. Comovido
Cortès de aquella vista lastimosa,
Le responde diciendole; mui lejos
De ser mi prisionero, lo sois solo
De mi gran soberano, a quien yo sirvo.
Podeis esperar de èl, me lo prometo,
La libertad; y vuestro mismo imperio,
Si lo reconoceis por soberano.
I por amigo vuestro. Luego buelto
Acia la emperatriz, que acompañaba
Con sus sollozos al amargo llanto
De su marido, y decila; señora
Sosegaos os ruego; no caisteis
En manos enemigas; soi amigo
De vuestro padre Motezuma, y vuestro

Teneis derecho a todos lo cuidados
I atenciones, que devo a vuestro padre,
Como lo vais a ver. Da luego el orden
De pasar lo quarteles al palacio
Del mismo Emperador, a donde lleva
Libre Guatimozin con su familia
Seguido de su tropa victoriosa.
Pasmda, y atudida tendio el buelo
La fama por los pueblos, y ciudades
Divulgando con voces lamentables
La prision del Monarca, y la caida
De aquel glorioso imperio. Se apoderan
De todos los pasmados corazones
El dolor, y el asombro, que las armas
Hacen caer a todos delas manos;
I el rencor; y el econo de sus pechos
En sumision convierten, y en respeto
Al vencedor dichoso, a quien tributan
Los principes vicinos, y lejanos
El forzoso Omenage; sometidos
Al imperio de aquel ilustre trono,
Que reconoce del valor, y esfuerzo.
I del talento militar, y gloria
De Hernan cortès, tan rica Monarquia.